

San Marcos

LAS RIVALIDADES ANGLO-AMERICANAS
Y LA EMANCIPACION HISPANOAMERICANA

R. A. HUMPHREYS

ASPECTOS DE LA CIENCIA EN LA
EPOCA DE PERALTA Y BARNUEVO

ENRIQUE SILGADO F.

UNA MISION CIENTIFICA ESPAÑOLA
EN TIERRA DE LOS INCAS D.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

RAFAEL ALBERTI: GRAN DESTERRADO

PEDRO RUIZ MARTINEZ

DAN RION DE LARGO
ALCANCE EN LA ARQUEOLOGIA

ROBERT F. HEIZER



DIRECTOR:

RECTOR INTERINO: JUAN DE DIOS GUEVARA.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

REPUBLICA DE CHILE 295, QUINTO PISO
(EDIFICIO KENNEDY)

PUBLICACION TRIMESTRAL

L I M A

“SAN MARCOS” solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados. Puede reproducirse su contenido, siempre que se indique la procedencia.

San Marcos

**REVISTA DE ARTES, CIENCIAS Y HUMANIDADES
EDITADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS**

NUMERO ONCE

SEGUNDA EPOCA

san marcos

MAYO-JUNIO-JULIO 1969

SUMARIO

<i>Las rivalidades anglo-americanas y la Emancipación Hispanoamericana, por R. A. HUMPHREYS</i>	5
<i>Aspectos de la ciencia en la época de Peralta y Barnuevo, por ENRIQUE SILGADO F.</i>	33
<i>Una misión científica española en tierra de los incas, por MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS</i>	39
<i>Rafael Alberti, gran desterrado, por PEDRO RUIZ MARTÍNEZ</i>	53
<i>Datación de largo alcance en la Arqueología, por ROBERT F. HEIZER</i>	67

POESIA

<i>Poemas de ANTONIO CASTAÑEDA</i>	113
--	-----

BIBLIOGRAFIA

<i>El caso de Luis Loayza: Una piel de serpiente, por WOLFGANG LUCHTING</i>	117
<i>La poesía de Efraín Huerta, por MANUEL MEJÍA VALERA</i>	145
<i>Publicaciones de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela</i>	147
<i>Publicaciones de la Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, por ALBERTO TAURO DEL PINO</i>	149
<i>De aquí y de allá, por A. T.</i>	153

NOTAS

<i>Carta sobre volcanes, por AUGUSTO TAMAYO VARGAS</i>	157
--	-----

DOCUMENTOS

<i>Academia de Historia de Venezuela convoca a concurso biográfico</i>	165
--	-----

(N. Lincoln, Inglaterra, 1907) es profesor de Historia de la América Latina y Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos, en la Universidad de Londres. Miembro de número de la Royal Historical Society y correspondiente de la Sociedad Peruana de Historia. Ha publicado estudios tan valiosos como: "British consular reports on the trade and politics of Latin American, 1824-1826 (1940)", "The evolution of modern Latin America (1946)", "Latin American - A selective guide to publications in english (1949)", "Liberation in South America 1806-1827 - The career of James Paroissien (1952)". La versión española ha sido especialmente preparada por Alberto Tauro Uriarte.

Las rivalidades Anglo-Americanas y la Emancipación Hispanoamericana

Desde la iniciación del movimiento revolucionario en Hispanoamérica la influencia de Gran Bretaña fue establecida "por dos medios principales —su comercio y su flota"— escribió Sir Charles Webster, hace casi treinta años¹.

Solo raramente, durante el siglo XVIII, había incursionado en aguas hispanoamericanas un navío de guerra británico, a no ser con intentos hostiles. La lista de oficiales navales británicos —Anson, Vernon, Knowles, Pocock, Nelson, Harvey— que comandaron expediciones contra uno u otro puerto hispanoamericano, ya fuera en el continente o en las islas, es larga y distinguida; y la historia de estas expediciones fue completada sólo en el siglo XIX con las invasiones del Río de la Plata en 1806 y 1807². Pero en el invierno de 1807-8, mientras los ejércitos de Napoleón arremetían contra Portugal, barcos de la Armada Real escoltaron a la familia real portuguesa desde Lisboa a Río

¹ Sir Charles K. Webster, **Britain and the Independence of Latin America, 1812-1830. Select Documents from the Foreign Office Archives** (2 vols., London, 1938), I. 11.

² El futuro Barón de Rothesay dijo al Foreign Office en 1809 que Gran Bretaña sólo era "conocida en América del Sur por el ejercicio de nuestro poder sobre la desventaja de sus habitantes, por una larga sucesión de actos injuriosos y voraces, por infruc-

de Janeiro; y allí fue establecida, en mayo de 1808, la estación naval británica sudamericana. El propósito principal de la escuadra así establecida fue patrullar el Atlántico sur y defender las costas brasileras del ataque francés³. Pero cuando España cayó también bajo la garra napoleónica y, en una de las grandes revoluciones diplomáticas de los tiempos modernos, fuera convertida, en julio de 1808, de enemigo en aliado de Inglaterra, la actividad de la escuadra fue extendida. Como los escuadrones de las islas Leeward y Jamaica custodiaban ya las costas del Caribe, ahora, desde la base sudamericana, los barcos fueron regularmente estacionados en el Río de la Plata; después del comienzo de la guerra Anglo-Americana de 1812 se les hizo transponer el Estrecho, en un principio para proteger principalmente la actividad ballenera del sur, no de la agresión francesa sino de la americana⁴; y fue así como la escuadra sudamericana llegó a ser una escuadra de dos océanos, operando en el Atlántico y en el Pacífico.

La escuadra fue desbandada en 1815 (después de la ratificación del Tratado de Ghent)⁵, y sólo permanecieron destacados un par de barcos en el Río de la Plata y el Pacífico. Pero fue restablecida, pronto y sabiamente⁶. En 1817 fue reforzada, parcialmente, "para mantener una buena impresión en nuestro favor", como dijera el Primer Lord del Almirantazgo⁷, y a fines de 1819, cuando tomó el comando el comodoro Sir Thomas Hardy —el Hardy de Nelson— de manos del comodoro William Bowles, fue una fuerza más formidable que la flota del Mediterráneo en el mismo período⁸.

Sus barcos, según las palabras del Capitán Basil Hall, quien

tuosas expediciones contra las partes vulnerables de su costa". Comunicación de Mr. C. Stuart sobre las colonias españolas en América del Sur, 15 de setiembre de 1809, Public Record Office, Foreign Office Records 72/90.

³ W. W. Pole a Sir William Sidney Smith, 25 de enero de 1808, G. S. Graham y R. A. Humphreys, *The Navy and South America, 1807-1823. Correspondence of the Commanders-in-Chief on the South American Station* (London, Navy Records Society, 1962), Doc. 2.

⁴ Manley Dixon a J. W. Croker, 30 de abril, 11 y 21 de junio de 1813, *ibid.*, Docs. 62, 68, 69.

⁵ Croker a Dixon, 27 de diciembre de 1814, Dixon a Croker, 28 de abril de 1815, *ibid.*, Docs. 100, 105.

⁶ *Ibid.*, p. 158.

⁷ Melville a Bathurst, 11 de agosto de 1817, National Library of Scotland, Melville MSS. 3835. Estoy agradecido por esta referencia al Dr. C. J. Bartlett.

⁸ Hardy a Croker, 27 de octubre de 1819, Graham y Humphreys, *op. cit.*, Doc. 168; C. J. Bartlett, *Great Britain and Sea*

serviera bajo las órdenes de Hardy, fueron “distribuidos en aquellos puntos donde era esencialmente requerida la presencia de una autoridad británica, principalmente Río de Janeiro en Brasil; Buenos Aires en el Río de la Plata; Valparaíso en Chile; Lima en Perú; y San Blas en la costa de México”⁹, y sus oficiales no solamente proveyeron una fuente de información para el Almirantazgo y la Oficina de Asuntos Exteriores, sino que —citando a Hall una vez más— “la totalidad de los asuntos consulares estuvo a su cargo; toda disputa que surgiera entre los súbditos británicos y los gobiernos locales era necesariamente solucionada por ellos”¹⁰. Se les había ordenado no tomar parte en las disputas políticas, ni asistir a un español contra otro; pero los británicos, como el Almirante de Courcy había dicho a sus oficiales, debían defenderse contra el mundo¹¹. Estas instrucciones para tiempo de guerra fueron mantenidas en tiempo de paz, cuando los oficiales navales estaban principalmente preocupados en la protección del comercio y la propiedad británicos. Sin embargo, tanto en la guerra como en la paz, actuaban en ocasiones como diplomáticos y también como cónsules, sirviendo de intermediarios no sólo entre los súbditos británicos y las autoridades recién constituidas, sino también entre patriotas y realistas.

Así como fueron pocos los navíos británicos que antes de 1808 se aproximaron al continente hispanoamericano, a no ser con intenciones hostiles, fueron también pocos los mercantes británicos, transportes o balleneros anclados en sus costas o en alguno de sus puertos, en cualquier momento entre la suspensión del “asiento” inglés para proveer de esclavos a Hispanoamérica, en 1738, y las invasiones del Río de la Plata en 1806-7, excepto por algún conflicto o con propósitos de contrabando¹².

Power, 1815-1853 (Oxford, 1963), pp. 64-65. El escuadrón había sido considerablemente reducido al final de setiembre de 1822, pero fue reforzado una vez más en 1823, y a fines de 1824 constaba de dos cruceros de línea, seis fragatas y tres corbetas.

⁹ Basil Hall, **Extracts from a Journal, written on the Coasts of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822** (2 vols., 3ra. ed. Edinburgh, 1824), I, 42. El escuadrón solamente operaba “al sur de la línea” en el Atlántico.

¹⁰ Ibid., I, 43.

¹¹ De Courcy a Croker, 29 de setiembre de 1810, Graham y Humphreys, **op. cit.**, Doc. 34.

¹² Pero a los negreros les estaba permitido entrar en puertos especificados de las Indias Occidentales y el Main después de 1789, y este privilegio fue extendido a Cartagena y el Río de la Plata en 1791 y a ciertos puertos del Pacífico más adelante. Ver J. F. King, “Evolution of the Free Slave Trade Principle in Spanish Colonial Administration”, **Hispanic American Historical Review**, XXII (1942) pp. 50 y siguientes.

El comercio de contrabando, a través de los puertos libres de las Indias Occidentales y a través de Lisboa, Río de Janeiro y el Río de la Plata, había sido una rama importante del comercio británico durante el siglo XVIII¹³; aún era importante en los comienzos del siglo XIX. William Jacob, economista y mercader de gran experiencia en el comercio con España e Hispanoamérica, había discutido largamente en favor de un "libre intercambio con Hispanoamérica", y señaló en 1806, que aún en medio de una guerra anglo-hispana las mercancías británicas eran compradas con avidez en Hispanoamérica. Según observó, los "puertos libres en las Indias Occidentales, los neutrales, y algunos navíos británicos eran canales de convergencia"... "altamente beneficiosos"¹⁴, en cuanto ellos operasen. Pero también observó que la mayoría del comercio era contrabando. El contrabando implicaba riesgos, altos precios y ventas limitadas; y lo que los productores y mercaderes británicos habían demandado insistentemente eran canales más seguros, retornos más rápidos y mayores ventas. En pocas palabras, querían completa libertad de acceso a los mercados hispanoamericanos y sus fuentes de abastecimiento; y en 1806-7, con la expedición filibustera de Sir Home Popham contra Buenos Aires, y la consiguiente captura de Montevideo, estuvieron a punto de lograrlo, por lo menos en el Río de la Plata.

Pero Buenos Aires fue reconquistado y Montevideo perdido. Fueron necesarias las invasiones napoleónicas de España y Portugal para abrir el continente al comercio mundial. En 1808, la Corona portuguesa en el exilio, abrió de par en par los puertos del Brasil; y entre 1808 y 1822, gobernantes coloniales faltos de dinero o nuevas autoridades revolucionarias abrieron los puertos de Hispanoamérica. Los mercaderes, corredores y aventureros británicos estuvieron preparados para tomar ventaja. Firmas y agencias británicas fueron establecidas en los puertos

¹³ Cf. Allan Christelow, "Great Britain and the Trades from Cadiz and Lisbon to Spanish America and Brazil, 1759-1783", *Ibid.*, XXVII (1947), 2-29, y D. B. Goebel, "British Trade to the Spanish Colonies, 1796-1823", *American Historical Review*, XLIII (1938), 288-320, y, para el sistema de puertos libres, extendido después de 1787 de Jamaica y Dominica a otros puntos estratégicos de las Indias Occidentales, Frances Armytage, *The Free Port System in the British West Indies. A study in commercial policy, 1766-1822* (London, 1953).

¹⁴ Memoria de las ventajas que obtendría Gran Bretaña de un libre intercambio con Hispanoamérica, 14 de febrero de 1806 (?), F. O. 72/90. Ver también su plan para ocupar Hispanoamérica..., 26 de octubre de 1804, P. R. O., Chatam Papers, 30/8/345. Jacob era M. P. por Rye 1808-12, y fue hecho R. F. S. en 1807.

y en las capitales. Las manufacturas británicas saturaron el mercado. Y para el tiempo en que la misma España, en 1824, se diera cuenta de que la era del monopolio había pasado, quedaban pocas partes de Hispanoamérica con las cuales los mercaderes de Londres, Liverpool y Glasgow no hubieran establecido alguna conexión¹⁵.

Estos pioneros de la empresa económica británica en Hispanoamérica, así como los oficiales navales, fueron importantes canales de influencia e información¹⁶. Pero no constituyeron los únicos. Por ejemplo, los soldados británicos sirvieron en los ejércitos revolucionarios y los marinos británicos en las armadas revolucionarias, proveyendo generales y almirantes así como muchos oficiales de menor rango. El Tesoro, profundamente interesado en el abastecimiento de lingotes, tenía sus propios representantes financieros en México y algunas veces en otros lugares. Había comprado dólares en Veracruz, con licencia de la Corona hispana, aún cuando España y Gran Bretaña estaban en guerra¹⁷; y, hecha la paz, estuvo, tan descarriada en 1809 como enviar al deshonoroso tío de Lord Cochrane, Andrew Cochrane Johnstone, en calidad de agente comprador¹⁸. Estaba aún apenado por este error, y tratando de resarcir sus pérdidas, mucho tiempo después de que Johnstone hubiera sido depuesto y reemplazado por dos irlandeses, Thomas y Mathew Murphy, y luego aun por Charles Parke y James Dick de Jamaica¹⁹. Finalmente, en la embajada de Río de Janeiro, donde Lord Strangford ejerció una influencia casi virreinal desde 1808

¹⁵ Ver, en este párrafo, Goebel, *op. cit.*, y mi discurso sobre Raleigh, **British Merchants and South American Independence**, reimpreso de los **Proceedings** de la Academia Británica, vol. LI, London, 1966.

¹⁶ Así, Alexander Mackinnon, quien arribó a Montevideo el 19 de junio de 1809 como sobrecargo y en parte propietario del **Richard** de Londres, y tempranamente se convirtió en Presidente del Comité de Comerciantes Británicos en Buenos Aires en 1810, sostuvo correspondencia regularmente con el Foreign Office hasta junio de 1811. Robert Staplès (ver más abajo, n. 20) y los hermanos Parish Robertson son otros ejemplos.

¹⁷ Spencer Perceval a Canning, 6 de marzo de 1809; William Huskisson a George Hammond, 19 de julio de 1809, F. O. 72/90. Cf. Armytage, *op. cit.*, pp. 110-11, 118-19.

¹⁸ G. Harrison a Hon. A. C. Johnstone, 17 mar. 1809, Secret, F. O. 72/90.

¹⁹ La cantidad de plata obtenida por compra directa nunca fue mucha. W. F. Cody, "British Interest in the Independence of Mexico, 1880-1827", una tesis doctoral inédita de la Universidad de Londres (1954), p. 70, da una figura de menos de \$ 11 millones para los años 1810 a 1820.

hasta 1815, la Foreign Office mantuvo un puesto diplomático muy importante. Tenía también un puesto de observación en La Habana, donde sirviera Henry T. Kilbee como un miembro altamente informativo de la Comisión Mixta para la Regulación del Comercio de Esclavos, establecida bajo la convención anglo-hispana en 1817. Y en 1811 trató de establecer un cónsul, un Robert Pensonby Staples, de la firma Belfast de Montgomery, Staples & Co., "en las márgenes del Río de la Plata". Pero la Regencia en España, declinó garantizar un exequátur a Staples y el gobierno de Buenos Aires le rehusó el reconocimiento²⁰. Por supuesto, no fue hasta muchos años después, al final de 1823, que fueron enviados a Hispanoamérica los primeros cónsules, y comisionados británicos de investigación.

Pero los Estados Unidos también tenían una armada. Tenían también una flota mercante. Los mercaderes americanos como los británicos, proveían de armas y suministros a los insurgentes hispanoamericanos. Los soldados y marinos americanos, como los soldados y marinos británicos, aunque en cantidades mucho menores, combatieron con los ejércitos y las armadas revolucionarios²¹. Y cónsules y comisionados de investigación americanos fueron enviados a Hispanoamérica en una fecha bastante más temprana que los británicos.

Es cierto que en la época de la guerra de 1812 la armada era poco más que una "rasguñada fuerza de navíos de combate"²².

²⁰ El nombramiento de Staples estaba fechado el 16 de marzo de 1811. Habiéndosele negado reconocimiento, retornó a Inglaterra en junio de 1812 y le fueron dadas 1,200 libras para compensarlo de pérdidas y gastos. Regresó una vez más a Buenos Aires en 1813 para proseguir ciertas especulaciones mercantiles propias y también en procura de barras para el Tesoro, y esta vez permaneció allí. En 1816 accedió bajo su propia responsabilidad al pedido de los comerciantes británicos de la ciudad para representarlos de manera oficial e incluso asumió el título de cónsul, que siguió utilizando hasta que le llegó una censura oficial en 1819. Ver el Memorándum concerniente a Mr. Staples y el Consulado de Buenos Aires, F. O. 6/1; Staples a Plana, 6 de diciembre de 1825, F. O. 6/10; y, para mayores detalles de su carrera, mi *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America, 1824-1826* (Royal Historical Society, Camden Third Series, LXIII, London, 1940), p. 331, n. 2, citado en adelante como **B. C. R.**

²¹ Cf. W. F. Neumann, "United States Aid to the Chilean Wars of Independence", *Hispanic American Historical Review*, XXVII (1947), 204-19, y C. L. Chandler, *Inter-American Acquaintances* (Sewanee, Tennessee, 1915).

²² G. S. Graham, *Empire of the North Atlantic. The maritime struggle for North America* (Toronto, 1950), p. 242.

Y aunque después de la guerra proporcionó una limitada protección al comercio americano en aguas hispanoamericanas, no estableció un control naval permanente en el Pacífico sur hasta 1821, y en el Atlántico sur sólo hacia 1826²³. Pero cualquiera fuera el descuido de la armada como una efectiva fuerza de combate, tanto antes como después de la guerra de 1812, no podía haber duda alguna con respecto al poder de la marina mercante. Y así como la marina mercante se había expandido firmemente durante las guerras napoleónicas²⁴, también así, debido al comercio de contrabando por un lado, y por el otro a través de las concesiones garantizadas a comerciantes neutrales mediante regulación local o por decreto imperial, se expandió el comercio americano, en Hispanoamérica. Sin este comercio, Cuba pudo haber padecido hambre²⁵. Pero no solamente en el Caribe, donde el volumen del comercio era mayor, observaron los británicos con ojos envidiosos lo que William Jacob llamó "el rápido crecimiento de la navegación de nuestros antiguos compatriotas y ahora rivales comerciales"²⁶; los navíos americanos navegaban hacia el sur, al Río de la Plata; volteaban el Cabo; navegaban a la costa nor-oeste y a Cantón, y se detenían en los puertos del Pacífico en su camino²⁷. El famoso embargo, de Jefferson, así como la guerra de 1812, restringieron este comercio creciente. Pero su recuperación primero a los efectos de uno y después a los de la otra, a pesar de los intereses divergentes en todas partes, es un indicio del vigor de la empresa y de la iniciativa americanas.

Largamente habían buscado los Estados establecer cónsules o agentes consulares en Cuba y otros lugares del Caribe, para

²³ A. P. Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830* (Baltimore, 1941), pp. 279, 298-99.

²⁴ 558,000 toneladas en 1802; 81,000 al final de 1812. Bradford Perkins, *Prologue to War: England and the United States, 1805-1812* (Berkeley y Los Angeles, 1961), p. 29.

²⁵ Cf. R. F. Nichols, "Trade Relations and the Establishment of the United States Consulates in Spanish America, 1779-1809", *Hispanic American Historical Review*, XIII (1933), 289-313; Goebel, *op. cit.*, pp. 295-99.

²⁶ Ver más arriba, n. 13.

²⁷ R. F. Nichols, *Advance Agents of American Destiny* (Philadelphia, 1956), pp. 223-25, da estadísticas del comercio de las Indias Occidentales españolas con los Estados Unidos. Cf. también C. L. Chandler, "United States Merchant Ships in the Río de la Plata (1801-8) as shown by Early Newspapers". *Hispanic American Historical Review*, II (1919), 26-54; Eugenio Pereira Salas, *Buques norteamericanos en Chile, a fines de la era colonial (1788-1810)* (Prensas de la Universidad de Chile, 1936); Whitaker, *op. cit.* pp. 11-16; y Harry Bernstein, *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812* (Philadelphia, 1945), pp. 33-42.

proteger su comercio y asistir a sus comerciantes²⁸; y con la iniciación de los movimientos revolucionarios en América del Sur en 1810, "los agentes de comercio y los marinos" fueron enviados sin tardanza, no sólo a Venezuela y al Río de la Plata, sino también a México. Estos fueron Robert Lowry, de Baltimore, Joel Poinsett, de Charleston, Carolina del Sur, y William Shaler, un aventurado marino de Bridgeport, Connecticut. Shaler no llegó sino hasta Cuba, donde permaneció durante más de doce meses²⁹. Lowry, quien sirvió intermitentemente en Venezuela por muchos años, llegó a temer tempranamente que Gran Bretaña intentaría apoderarse de la provincia de Guayana³⁰, y, resistiendo naturalmente las tarifas preferenciales que en este tiempo fueron otorgadas a los armadores británicos³¹, fue mencionado en 1812 como "algo más que industrioso en hacer circular informes desfavorables para los británicos"³². Acerca de Poinsett se ha dicho que "su mente había sido condicionada por una inquebrantable lealtad hacia su país de origen y una incuestionable antipatía por las cosas inglesas"³³. Su estada en Buenos Aires fue breve. "Ha vivido mucho en Francia", escribió un comerciante británico, "y ha asumido la mayoría de sus modales y costumbres, frívolas e insinuantes... Después de hacer una infusión de su veneno político aquí, nombró un cónsul, también dotado de facultades de propaganda, y él mismo se fue a Chile"³⁴. Allí permaneció aproximadamente dos años, con el título de cónsul general, y según reportó el capitán Peter Heywood, estuvo "ocupado como un demonio", en "contaminar a toda la población de ese lado del continente" (por lo cual Heywood

²⁸ En Cuba, por ejemplo, tan temprano como 1797 y en La Guaira en 1800.

²⁹ Su carrera está descrita en Nichols, *Advance Agents*, pp. 50-156.

³⁰ W. R. Manning, ed., *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin-American Nations* (3 vols., New York, 1925), II, 1153.

³¹ Manning, *op cit.*, II, 1151, 1156; Luis López Méndez a Castle-reagh, 12 de octubre de 1812, F. O. 72/157, dice que las obligaciones habían sido reducidas en favor de Gran Bretaña como resultado de un acuerdo entre la Junta Suprema y el Gobernador de Curazao.

³² Gregor MacGregor a Spencer Perceval, Caracas, 18 de enero de 1812, F. O. 72/171.

³³ H. F. Peterson, *Argentina and the United States, 1810-1960* (New York, 1964), p. 17. Existe más de una biografía de Poinsett. Ver J. F. Rippey, *Joel R. Poinsett, Versatile American* (Durham, N. C., 1935).

³⁴ Alexander Mackinnon a Strangford, 31 de marzo de 1812, F. O. 72/156. Cf. Staples a Castlereagh, 30 de julio de 1812, F. O. 72/157.

quería decir que esparcía informes hostiles a Gran Bretaña)³⁵, y conduciéndose con mucha indiscreción, y tal como finalmente resultaron las cosas, dejó el país después de haber hecho más por dañar el prestigio americano que el británico.

Tal fue la iniciación del servicio consular americano en América del Sur. Comparativamente fueron pocos los comerciantes norteamericanos que se establecieron en las ciudades hispanoamericanas³⁶. Pero después de 1810 el Departamento de Estado estuvo regularmente representado por cónsules o agentes consulares, aunque no siempre fueron escogidos más convenientemente. Una comisión de investigación fue despachada al Río de la Plata en 1817, pero los informes de los comisionados fueron contradictorios y los resultados incidentales de la expedición, en materia de horticultura y botánica, fueron más importantes que los políticos³⁷. Finalmente, Estados Unidos, como Gran Bretaña, acreditó tempranamente un representante diplomático ante la Corte portuguesa en el Brasil, y en 1823 nombró también representantes diplomáticos en Hispanoamérica.

No todos estos tempranos cónsules, enviados y diplomáticos americanos fueron tan enormemente opuestos a Gran Bretaña como lo fue Poinsett. Cuando Richard Anderson, el primer ministro americano en Colombia, conoció a Charles McNeal, el activo cónsul americano en Cartagena, anotó que McNeal era el primer americano que había visto que era "británico en sus sentimientos"³⁸. Pero McNeal era la excepción. La mayoría de los agentes americanos compartían en cierto grado la desconfianza, el disgusto y los celos hacia Gran Bretaña, bastante natural, quizá, en las circunstancias de los tiempos. Después de todo, los hijos de los hombres que pelearon en la guerra de la inde-

³⁵ Heywood a Melville, 4 de diciembre de 1812. F. O. 72/152, y, por una versión un tanto diferente, Edward Tagart, *A Memoir of the late Captain Peter Heywood, R. N.*... (London, 1832), pp. 245-61. Ver también los comentarios del Capitán Bowles en Graham y Humphreys, *op. cit.*, pp. 113, 117.

³⁶ Ver, sin embargo, para dos ejemplos, Benjamín Keen, *David Curtis DeForest and the Revolution of Buenos Aires* (New Haven, 1947), y Eugenio Pereira Salas, *Henry Hill, Comerciante, Vice-Cónsul y Misionero* (Santiago de Chile, 1940).

³⁷ Cf. Watt Stewart, "The South American Commission 1817-1818", *Hispanic American Historical Review*, IX (1929), 31-59, y W. D. Rasmussen, "Diplomats and Plant Collectors: the South American Commission, 1817-18", *Agricultural History*, XXIX (1955), 22-31.

³⁸ 20 de abril de 1825. Alfred Tischendorf y E. Taylor Parks, eds., *The Diary and Journal of Richard Clough Anderson, Jr., 1814-1826* (Durham, N. C., 1964), p. 202.

pendencia pelearon en la guerra de 1812. Y estos sentimientos no eran del todo unilaterales. "No me agradan los americanos"; dice Tom Cringle en *Tom Cringle's Log*; "Nunca me gustaron, y nunca me gustarán; raramente he llegado a conocer a algún caballero americano, en el amplio y completo sentido de la palabra. No tengo deseos de comer con ellos, ni beber con ellos, ni tratarlos, o asociarme con ellos en cualquier forma"; pero, añade, "déjenme decir toda la verdad, ni pelear con ellos, a no ser por los laureles que se adquirirían, por vencer a un enemigo tan bravo, determinado, y alerta, y en todo sentido tan merecedores del acero de uno, como siempre han probado serlo"³⁹. Esa, por lo menos, era una calificación generosa, y hubiera sido bueno, quizá, si todos los ingleses —y escoceses— hubieran mostrado algo de su espíritu.

En la Oficina de Asuntos Exteriores, ni Castlereagh ni Canning permitieron animosidades tales como aquella que afectarían el lenguaje de la diplomacia, y Richard Rush, quien sucedió a John Quincy Adams como ministro americano en Londres en 1817, concilió tan satisfactoriamente su disgusto hacia Inglaterra que incluso fue tomado como un anglófilo. A pesar de que otros problemas, además, hubieran amenazado dividir a Gran Bretaña y los Estados Unidos, o de enredar sus relaciones, ya que la guerra de 1812 había terminado, había al menos un terreno común entre ellos en sus actividades hacia Hispanoamérica. Sus políticas oficiales eran igualmente cautelosas, aunque las razones para esta cautela eran ciertamente diferentes. En ambos países un creciente volumen de la opinión liberal y comercial favorecía vigorosamente a los rebeldes⁴⁰. Ambos gobiernos encontraron difícil la restricción de las actividades privadas de sus pueblos en apoyo de la causa insurgente —el reclutamiento de mercenarios en Inglaterra— por ejemplo, o armamento de corsos con bases tales como Baltimore en los Estados Unidos. Pero am-

³⁹ Michael Scott, *Tom Cringle's Log* (William Blackwood, Edinburgh y London, s. a.), p. 170. *Tom Cringle's Log* fue publicado por primera vez en *Blackwood's Magazine* en 1829-33. Scott había vivido durante muchos años en Jamaica y las principales escenas se sitúan allí y en el Caribe, generalmente en 1815 y 1816.

⁴⁰ Junto con los discursos de Brougham, Macintosh y Lansdowne en Inglaterra, y de Clay en los Estados Unidos, las observaciones de Sir Oswald Mosley, del 9 de febrero de 1818, merecen ser recordadas: "Confiaba en Dios que tal separación (de las colonias de España) se llevara a cabo. Era interés de la humanidad que así ocurriera: era particularmente el interés de este país fino y comercial, que otros países fueran libres, y se hallaran en condición de retribuir ventajas comerciales basadas en principios liberales e ilustrados". *Parliamentary Debates*, XXXVII, 249.

bos hicieron genuinos esfuerzos por sostener los correctos principios de la neutralidad: la legislación neutral americana, precedió, por cierto, a la británica. Cada cual sostenía el derecho de comerciar libremente con cualquier parte del área hispano-americana, y, a no ser por haberse duplicado o casi duplicado en el Brasil los privilegios especiales de los cuales Gran Bretaña había gozado en Portugal, ninguno procuró ventajas comerciales exclusivas. Finalmente, ninguno estaba preparado para contemplar con indiferencia la intervención de las potencias europeas en Hispanoamérica, ya fuese por conveniencia de España o de ellas mismas⁴¹. En lo que a esto concierne, por lo tanto, ambos sostuvieron no solamente el principio de la puerta abierta sino, esencialmente, el de la autodeterminación.

Pero aunque Gran Bretaña y los Estados Unidos compartían así una cierta comunidad de propósito, el conflicto de intereses entre ellos sólo estaba finamente velado. Las repúblicas —algunas veces confundidas con democracias— eran admiradas en América y receladas en Europa. Castlereagh habría estado contento de ver a los príncipes de Borbón —de haber sido hallados— a la cabeza de los nuevos estados hispanoamericanos. Canning estimó la preservación del principio de la monarquía en el Brasil como un punto cardinal en su gran designio de unir Latinoamérica a Europa —o a Inglaterra. Pero Estados Unidos estaba resueltamente opuesto a estas ideas. Ni Castlereagh ni Canning estaban preparados para considerar, en las famosas palabras de Canning, “una división del mundo en europeo y americano, republicano y monárquico”⁴². Pero, en el hemisferio occidental, era un sistema americano y una política americana lo que Estados Unidos deseaba ver predominar. “No puede existir duda”, dijo Clay en 1818, “respecto a que, una vez independiente Hispanoamérica, cualquiera que sea la forma de los gobiernos establecidos en sus varias partes, estos gobiernos estarán animados por un sentimiento americano, y guiados por una política americana. Obedecerán las órdenes del sistema del Nuevo Mundo, del cual serán una parte, en contradicción al de Europa”⁴³. Jefferson había expresado la mis-

⁴¹ Para la advertencia de Castlereagh contra el uso de la fuerza ver el “Confidential Memorandum” de agosto de 1817 del Foreign Office, Webster, *op. cit.*, II, 352-58, y su *The Foreign Policy of Castlereagh, 1815-1822* (London, 1934), pp. 413-21.

⁴² Canning a Hookham Frere, 8 de enero de 1825, G. Festing, *John Hookham Frere and his Friends* (London, 1899), p. 267.

⁴³ Calvin Colton, ed., *The Works of Henry Clay...* (10 vols., New York y London, 1901), VI, 145; C. C. Griffin, *The United States and the Disruption of the Spanish Empire, 1810-1822* (New York, 1937), p. 136.

ma idea muchos años antes; Adams y Monroe habrían de expresarla más adelante ⁴⁴.

Esta contradicción de ideas no era, desde luego, la única barrera para la amistad angloamericana. Los dos países sostenían doctrinas opuestas sobre los derechos marítimos y neutrales, y cada cual deseaba ganar a los nuevos estados a su propia concepción ⁴⁵. Aún más, cada cual sospechaba las ambiciones territoriales del otro. "Norte América", observó *The Times* en 1820, "pretende un engrandecimiento; América del Sur lucha por la libertad" ⁴⁶. Y los temores británicos no sea que los Estados Unidos, por haber adquirido Florida, querrían adquirir seguidamente Cuba, y podrían aún, desde luego, en las palabras de Sir Robert Wilson, "extender sus pretensiones de engrandecimiento a México" y "extender sus fronteras del Océano Atlántico al Pacífico" ⁴⁷, fueron equiparados a través del Atlántico por los temores opuestos de que Gran Bretaña habría de tomar Cuba para sí. El extremo hasta el cual podía llegar la sospecha fue sorprendentemente ilustrado de un lado, por los sobresaltos, del representante americano en Bogotá en 1823 que Gran Bretaña, por haber tomado posesión de Maracaibo y de la ribera sur del Orinoco, reduciría a Colombia al status de una colonia, y, del otro lado, por los del ministro americano en Buenos Aires, tres años después, que Gran Bretaña pretendía establecer un protectorado sobre Uruguay ⁴⁸.

Finalmente, a la rivalidad política y la lucha por la preeminencia y el prestigio, vinieron a añadirse también los celos comerciales y la lucha por los mercados. Brougham había argüido en 1808 que la prosperidad de Estados Unidos beneficiaba a Gran Bretaña: "cuando menos comercie con otras naciones, menos comerciará con nosotros" ⁴⁹. Pero fue un acorde más correspondiente el que empleó ocho años después, cuando

⁴⁴ Ver, más particularmente, A. P. Whitaker, *The Western Hemisphere Idea: its rise and decline* (Ithaca, N. Y., 1954), pp. 28-31, 35-39.

⁴⁵ J. F. Rippy, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America (1808-1830)* (Baltimore, 1929), pp. 109-11, 228-29, 234-35, 238.

⁴⁶ 8 de enero de 1820.

⁴⁷ 3 de junio de 1819. *Parliamentary Debates*, XL, 871-72.

⁴⁸ C. S. Todd a J. Q. Adams, Bogotá, 29 de marzo, 17 de abril de 1823, Manning, *op. cit.*, II, 1248, 1250; John M. Forbes a Clay, 21 de junio, 3 de agosto de 1826, *ibid.*, I, 654, 656. Cf. los temores aún más absurdos de J. G. A. Williamson en Venezuela en 1829, *ibid.*, II, 1343-44.

⁴⁹ Perkins, *Prologue to War*, p. 20.

previno a la Cámara de los Comunes acerca de la "infatigable actividad y los vastos recursos comerciales" de los Estados Unidos y arguyó que sus crecientes manufacturas debieran ser sofocadas "en la cuna"⁵⁰. Los comerciantes británicos y sus voceros expresaban constantemente sus temores por miedo a que cimentando sus relaciones amistosas con los nuevos estados hispanoamericanos, Estados Unidos podría obtener ventajas comerciales decisivas, monopolizar las importaciones, y bajar los precios de los productos británicos⁵¹. Y aunque las clases comerciales en general dieron la bienvenida al anuncio hecho en 1822 acerca del reconocimiento americano de la independencia hispanoamericana⁵², la aprobación se vió mezclada con el espanto. De allí en adelante creció la presión en favor del reconocimiento británico.

¿Qué había de cierto para estas rivalidades y temores? Las diferencias "ideológicas", si así pueden ser llamadas, entre Gran Bretaña y Estados Unidos, y la lucha por el liderazgo político y el prestigio, eran suficientemente reales. Eran ostensibles en cualquier forma. Los agentes americanos y británicos; pero, con mayor particularidad los agentes americanos, estaban dispuestos a insinuar a los oídos hispanoamericanos que "Codlin es el amigo, no Short"; y pocos están dispuestos a disentir del punto de vista del catedrático Bemis, según el cual "la Doctrina Monroe y el memorándum Polignac" se convirtieron en "cartelones rivales sobre América Latina compitiendo por la fidelidad diplomática de los nuevos estados..."⁵³

Las sospechas que cada país mantenía sobre las ambiciones territoriales del otro eran, por contraste, frecuentemente infundadas. En lo que concierne a la política británica, eran, desde luego, completamente infundadas. Las invasiones del Río de la Plata en 1806-7, fueron los últimos intentos británicos de conquista en Hispanoamérica, y aún éstos fueron una aberración.

⁵⁰ 9 de abril de 1816, *Parliamentary Debates*, XXXIII, 1099, 1119.

⁵¹ Cf. Tierney, 18 de mayo, Wilson, 3 de junio, Davies, 10 de junio de 1819, *Parliamentary Debates*, XL 482-83, 859, 1087; Lushington, 11 de julio de 1820. *ibid.*, n. s. II, 381; Memorial of Merchants, Ship-Owners, Manufacturers and Traders of London, 23 de abril de 1822, *Times*, 30 de abril de 1822, *ibid.*, 3 de julio de 1822.

⁵² Cf. Rush a Adams, 10 de junio de 1822, Manning, *op. cit.*, II, 1467.

⁵³ S. F. Bemis, *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy* (New York, 1949), pp. 401-2.

ción, como juzgara correctamente Castlereagh⁵⁴. Los intereses británicos eran comerciales y políticos, no imperiales. No pretendió el territorio, sino el comercio. No tuvo deseos de anexar Maracaibo, o Panamá, o el Orinoco, ni pretensión de ocupar Cuba,⁵⁵ ni intención de convertir Uruguay en una "colonia embozada".⁵⁶ Sus colonos en Belize sobrepasaron ciertamente sus antiguos límites, avanzando hacia el oeste y hacia el sur de los límites españoles del tratado. Pero eso fue todo. Y los territorios dentro de los cuales avanzaron los colonos de Belice estaban desocupados, u ocupados solamente por indígenas.⁵⁷ Ni los Estados Unidos pretendieron seriamente otra anexión, aparte de la adquisición de Florida. Desde luego, estaban interesados en obtener la Florida y hubieran deseado obtener Texas también. Pero aunque Alexander Hamilton había sugerido tempranamente que los Estados Unidos debían "mirar de soslayo" hacia América del Sur,⁵⁸ y aunque muchos americanos, entre ellos John Quincy Adams, creyeron que Cuba debía formar parte de la Unión algún día, el movimiento de la expansión americana iba hacia el oeste, hacia el valle del Mississippi, no hacia el sur, hacia el Caribe, y existían pocas probabilidades de que tomara ambas direcciones a un mismo tiempo.

La rivalidad comercial angloamericana también era parcialmente irreal. Las principales exportaciones británicas a Hispanoamérica eran productos manufacturados —algodones, paños, linos, quincallería, vidriería, porcelana. Las principales exportaciones americanas eran comestibles —harina, mantequilla, provisiones secas y saladas— aunque a éstas debe añadirse también el menaje de la casa, herrajes, tejidos ordinarios y aquella miscelánea colección de artículos llamados "novedades". En varias oportunidades los Estados Unidos construyeron un considerable comercio de provisiones, en el abastecimiento de harina, por ejemplo, a Cuba, el Río de la Plata y Perú.⁵⁹ Pero

⁵⁴ Ver su memorándum del 1º de mayo de 1807. Charles Vane, marqués de Londonderry, *Memoirs and Correspondence of Viscount Castlereagh* (12 vols., London, 1848-53), VII, 314 y siguientes. Cf. H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century* (Oxford, 1960), pp. 47-48.

⁵⁵ Sobre la cuestión cubana ver Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, 34-40; Rippey, *op. cit.*, pp. 78-90; H. W. V. Temperley, *The Foreign Policy of Canning, 1822-1827* (London, 1925), pp. 168-77.

⁵⁶ Webster, *op. cit.*, I, 66-71.

⁵⁷ Ver mi *Diplomatic History of British Honduras, 1638-1901* (London, 1961), pp. 10-19.

⁵⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 45.

⁵⁹ T. S. Hood a Planta, Montevideo, 20 de diciembre de 1824, F. O. 51/1; Woodbine Parish a Canning, Buenos Aires, 5 de di-

fueron sólo los bajos precios de los linos y tejidos corrientes, conocidos como "domésticos", los que compitieron directamente con los artículos británicos.⁶⁰

Sin embargo, la mayor parte del comercio de Estados Unidos a Hispanoamérica era un comercio de re-exportación de mercaderías europeas, y, a mediados de la década de 1820, los oficiales consulares británicos quejaronse de que las manufacturas británicas trajeran a Hispanoamérica, desde Estados Unidos, artículos similares y más baratos que los importados directamente de Gran Bretaña. Daban dos razones para esto: primero, que bajo el sistema de venta de almoneda prevaleciente en los Estados Unidos las manufacturas británicas eran vendidas en América a precios ridículamente bajos; y,⁶¹ en segundo lugar, que los armadores americanos podían obtener fletes y tarifas más favorables que las que podían obtener los británicos. Según señalaban, los barcos británicos fletados para México y Perú podían ser obligados a navegar de vuelta en lastre, pues el dinero contante, al cual se reducía la carga de retorno usual, era casi inevitablemente confiada a los capitanes de la Marina Real.⁶² De otro lado, podía combinar consignaciones cuidadosamente seleccionadas al Río de la Plata y los puertos del Pacífico con un viaje hacia la costa noroeste en procura de pieles y cueros y de allí a Cantón, recogiendo, a su regreso, una carga de carne salada para La Habana.⁶³

Dudo si la fama del socavamiento de los artículos británicos traídos de Gran Bretaña por otros artículos británicos traídos de los Estados Unidos deba ser tomada muy seriamente. Pero el predominio de los embarques americanos sobre los británicos en los puertos hispanoamericanos, a mediados de los años veinte, era en verdad notable. No fue sólo desde Cuba, que era el

ciembre de 1824, F. O. 6/5; B. C. R., pp. 36-37, 83, 137; y ver más arriba, n. 25.

⁶⁰ Parish a Canning, 10 de octubre de 1825, F. O. 6/9; Parish a Planta, 5 de abril de 1826, F. O. 6/11; B. C. R., pp. 37, 137, 39, 237.

⁶¹ Cf. T. Tupper a J. P. Hamilton, La Guaira, 16 de enero de 1824, P. R. O. Board of Trade Records, 6/37; B. C. R., p. 276, n. 1. Para el sistema de venta de almoneda en los Estados Unidos ver N. S. Buck, *The Development of the Organisation of Anglo-American Trade, 1800-1850* (New Haven, 1925), pp. 137-41, 147-50, 170.

⁶² Cf. C. Makenzie a Canning, Vera Cruz, 7 de octubre de 1824, F. O. 50/7; B. C. R., pp. 129, 314. Para los embarques de plata procedentes del Perú ver *ibid.*, p. 195.

⁶³ Cf. Parish a Canning, 10 de octubre de 1825, F. O. 6/9; B. C. R., pp. 38 n. 4, 139-42, 190-91.

principal foco del comercio latinoamericano de los Estados Unidos, que viene la queja de que los americanos estaban monopolizando el negocio de los transportes.⁶⁴ El mismo temor era expresado en México.⁶⁵ Y en 1824 los embarques americanos aventajaron a los británicos no solamente en La Habana y Veracruz, sino también en los puertos de La Guaira y Maracaibo,⁶⁶ sobre el Caribe. Lo que es más, lo hicieron en el Río de la Plata;⁶⁷ y, en 1825, aunque más navíos británicos arribaban a Valparaíso, el tonelaje americano era mayor allí como más al norte, en el Callao.⁶⁸

¿Cuál es el significado de estos hechos? Cuba, aún leal a España, cayó indudablemente en la órbita de los Estados Unidos: los embarques americanos y el comercio americano satisfacían la mayor parte de sus necesidades. Los puertos del Atlántico y del Golfo de los Estados Unidos suministraban también una proporción considerable de las manufacturas británicas consumidas en México y Colombia.⁶⁹ Pero el volumen de los embarques americanos en el Río de la Plata era un fenómeno temporal, el resultado de una demanda de harina americana debido a la escasez local del grano;⁷⁰ y en el Río de la Plata el valor de las exportaciones americanas había quedado muy rezagado con respecto al de las británicas.⁷¹ La preeminencia bri-

⁶⁴ Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America*, pp. 127, 130; H. T. Kilbee a Planta. La Habana, 7 de junio de 1823, F. O. 72/275; 6 de enero de 1824, F. O. 72/304. Los embarques británicos que arribaron a La Habana en 1823 no llegaban a las 17,000 toneladas, mientras los americanos pasaban las 100,000, de las cuales 24,000 eran obtenidas del comercio de carga con los puertos de otras naciones. Ver también *B. C. R.*, p. 47, n. 2.

⁶⁵ *B. C. R.*, p. 314.

⁶⁶ T. Tupper a Canning, La Guaira, 10 de agosto de 1824, B. T. 6/39; R. Sutherland a Henderson, Maracaibo, 7 de agosto de 1824, 19 de enero de 1825, F. O. 135/3; *Cf. B. C. R.*, pp. 261-62, 277, 282. Los embarques americanos parecen haber sido también ligeramente mayores en Cartagena. E. Watts a Canning, Cartagena, 7 de enero de 1825, B. T. 6/40.

⁶⁷ Retorno comparativo del comercio en el puerto de Buenos Aires durante los años 1822-27, 19 de diciembre de 1827, F. O. 354/8; T. S. Hood a Planta, Montevideo, 20 de agosto de 1824, F. O. 51/1.

⁶⁸ *B. C. R.*, pp. 94, n. 2, 124-25. Ver también Claudio Véliz, *Historia de la Marina Mercante de Chile* (Santiago, 1961), p. 41.

⁶⁹ *B. C. R.*, pp. 276, 281, 313, 314; H. G. Ward, *Mexico in 1827* (2 vols., London, 1828), I, 435-37.

⁷⁰ *Cf. Parish a Canning*, 5 Dic. 1824, F. O. 6/5, *B. C. R.*, pp. 36-37.

⁷¹ Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Río de la Plata* (2a ed., London, 1852), p. 361, y ver tam-

tánica tanto allí como en la vieja colonia portuguesa de Brasil, que por sí solo era el más grande mercado para los bienes británicos en América del Sur,⁷² se reflejó también en la costa del Pacífico. Fue el comercio costero tanto como el noroccidental y chino lo que ayudó a aumentar el volumen del tonelaje americano en los puertos del Pacífico. Pero un representante americano había informado alrededor de 1818 que los británicos en Chile eran "mucho más poderosos en casas comerciales, más numerosos, ricos, etc., que la influencia y el interés americano" estaba "muy disminuido"⁷³ y siete años después el ministro americano en Santiago confesó que "nuestro comercio en Chile es insignificante".⁷⁴ "El poder de Inglaterra no tiene rival en América", escribió un agente francés en Colombia en 1823; "no se ven más flotas que las suyas; sus mercancías son compradas exclusivamente; sus agentes comerciales, sus empleados y corredores, pueden ser encontrados en cualquier parte".⁷⁵ Las flotas eran los barcos y escuadrillas de la Marina Real, a cuyos comandantes pagaban tributo no solamente los comerciantes británicos sino también los mismos agentes americanos.⁷⁶ Los agentes comerciales, empleados y corredores representaban a las ochenta y tantas casas comerciales británicas que hasta entonces se habían establecido en las ciudades hispanoamericanas,⁷⁷ algunas veces con directorios entrelazados, así como sus agentes viajeros y cazadores de concesiones de Gran Bretaña. Y las mercancías eran aquellos productos del telar, del horno, de la fragua y la factoría tan ansiosamente demandados en América del Sur, y tan variados y extensos que el cónsul general británico en el Perú podía decir, en 1826: "hay escasamente un artículo de cualquier descripción de manufactura, con la excepción de piezas de géneros de seda, que no sea suministrado por nuestro país".⁷⁸

bién **B. C. R.**, pp. 35-36.

⁷² Para exportaciones al Brasil ver A. K. Manchester, **British Preeminence in Brazil, its rise and decline** (Chapel Hill, 1933), p. 207, y **B. C. R.**, p. 348.

⁷³ Manning, op. cit., II, 943; D. B. Goebel, "British-American Rivalry in the Chilean Trade, 1817-1820", **Journal of Economic History**, II (1942), pp. 198-199.

⁷⁴ H. C. Evans, **Chile and its Relations with the United States** (Durham, N. C., 1927), p. 40.

⁷⁵ G. Mollien, **Voyage dans la République de Colombia, en 1823** (2 vols., París, 1824), I, 281; ed. inglesa (London, 1824), pp. 215-16.

⁷⁶ Manning, op. cit., I, 568, III, 1728, 1734.

⁷⁷ Sundry British Merchants a Canning, 21 de julio de 1823, **F. O.** 72/283.

⁷⁸ **B. C. R.**, p. 124, Cf. *ibid.*, p. 36, n. 2.

Fue entre el reconocimiento americano de los nuevos estados hispanoamericanos en 1822, y su reconocimiento por Gran Bretaña en 1825, que la rivalidad angloamericana alcanzó su punto más alto. No fue sino en diciembre de 1824, en la batalla de Ayacucho, el Yorktown de América del Sur, que el último virrey español depuso sus armas. Pero al tiempo que el Presidente Monroe envió su mensaje de reconocimiento al Congreso, en marzo de 1822, la independencia estaba virtualmente asegurada. Así como el poder marítimo como el terrestre se escurrió de las garras españolas, sólo un ejército europeo escoltado por una armada europea podía entonces invertir la dirección.

Con anterioridad a la muerte de Castlereagh, en agosto de 1822, Gran Bretaña había reconocido las banderas de los navíos hispanoamericanos —un paso, incidentalmente, que los Estados Unidos habían tomado siete años antes; y Canning, que en setiembre sucedió a Castlereagh en el Foreign Office, creyó que el reconocimiento de los mismos estados hispanoamericanos era inevitable. “Si, de un lado”, escribió al Duque de Wellington, “debemos contribuir (como quizás sea admitido que lo hagamos) a ‘constituir’ las colonias en estados por nuestro reconocimiento; del otro, debemos tener presente que nuestra abstención no retardará necesariamente esa constitución, si otras potencias no demoran tanto como nosotros”. Y preguntó cuál podría ser la alternativa— “¿el restablecimiento del predominio de España? ¿o la erección de un conjunto pirático de descabelladas repúblicas filibusteriles?”.⁷⁹

Suficientemente interesado, en esta carta privada a Wellington, Canning ignoró el hecho de que una potencia, los Estados Unidos, había ya reconocido, o había declarado su intención de reconocer, los nuevos estados.⁸⁰ Diez meses después, hubo de ignorar este hecho una vez más, cuando el error sería costoso.

⁷⁹ Canning a Wellington, 29 de octubre de 1822. *Despatches, Correspondence, and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington*, ed. por su hijo (5 vols, London, 1867-73, I, 465).

⁸⁰ El establecimiento formal de relaciones diplomáticas americanas con Colombia tuvo lugar en junio de 1822, con México en diciembre, y con “Buenos Ayres” y Chile en 1823. Canning se refiere a la acción de los Estados Unidos en su Memorandum para el Gabinete de noviembre de 1822, cuando exasperado por las depredaciones cometidas contra los embarques británicos en las Indias Occidentales, arguyó que no podía permitirse la continuación del estado de cosas entonces imperante y que los Estados Unidos habían ordenado las cosas mejor. E. J. Stapleton, ed., *Some Official Correspondence of George Canning* (2 vols., London, 1887), I, 51.

Mientras tanto, si al principio había pensado llevar adelante una política de reconocimiento, pronto halló que carecía del poder para hacerlo; y aunque había resuelto enviar agentes consulares a aquellas partes de Hispanoamérica donde los requerimientos británicos eran más extensos, aún este pase fue pospuesto. Las listas de los lugares a los cuales debía de enviarse cónsules, junto con comisionados de investigación que debían ir a México y Colombia.

El episodio que siguió es uno de los más familiares, y uno de los más controvertidos, en la historia de las relaciones anglo-americanas. En abril de 1823 un ejército francés invadió España. ¿Temió Canning que la intervención en España podría ser seguida por un intento de intervención en Hispanoamérica, y que Francia, en sus propias palabras, pondría “bajo el comando de España sus flotas y ejércitos, para asistir las operaciones españolas en Hispanoamérica”? No podía prevenir una invasión de España por tierra. Pero sí podría impedir una invasión de Hispanoamérica por mar. “Tenemos los medios”, escribió, “de prevenir fácil y efectivamente cualquiera de esos proyectos... Allí habrá de decidir nuestra superioridad naval”⁸¹. Pero tomó sus precauciones.⁸² Francia fue advertida en un despacho, pronto hecho público, que Gran Bretaña consideraba sustancialmente decidida la separación de las colonias de España, que su reconocimiento formal por Gran Bretaña era materia de tiempo y circunstancias, que Gran Bretaña no tenía intención de apropiarse de ninguna porción de las antiguas posesiones españolas, y que estaba satisfecha de que Francia tampoco hiciera intento alguno de apropiación.⁸³ Y en agosto hizo a Richard Rush su famosa propuesta de que Gran Bretaña y los Estados Unidos debían ir “mano a mano” en una declaración conjunta de política, que en verdad sería algo más que una elaboración, con el consentimiento americano, de la advertencia hecha ya a Francia.⁸⁴

⁸¹ Memorándum de febrero de 1823, Stapleton, *op. cit.*, I, 87-88.

⁸² Bartlett, *op. cit.*, pp. 66-68; Wellington, *Despatches*, II, 139-40.

⁸³ Canning a Sir Charles Stuart, 31 de marzo de 1823, Temperley, *op. cit.*, pp. 84-85.

⁸⁴ Marning, *op. cit.*, III, 1475-95. Había un punto adicional —que Gran Bretaña y los Estados Unidos no habrían de interponerse a cualquier arreglo amistoso entre las colonias y España. Para interpretaciones discrepantes de los motivos de Canning, ver Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, 46-47; W. W. Kaufmann, *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828* (New Haven, 1951), pp. 150-55; y Brad-

En 1819 el Presidente Monroe había invitado a Gran Bretaña a respaldar la política americana en el reconocimiento de Buenos Aires;⁸⁵ en 1823 Canning invitó a los Estados Unidos a respaldar la política británica en la advertencia a Europa y Francia.⁸⁶ Ambas propuestas fracasaron. En 1819, Gran Bretaña era aún miembro de la Alianza europea; en 1823, los Estados Unidos ya había reconocido a los nuevos estados hispanoamericanos. Canning ignoró este hecho, o su importancia, y el error fue fatal. Los Estados Unidos fueron por camino separado, hasta dar al mundo su propia declaración de principios, en el mensaje que el 2 de diciembre de 1823 dirigió Monroe al Congreso, y a aparecer, momentáneamente, como el guardián del hemisferio occidental. Canning se volvió al embajador francés en Londres para asegurar en el Memorándum Polignac una negación de que Francia mantuviera cualquier designio hostil hacia Hispanoamérica, y también hizo aparecer esta negación, tal vez más efectivamente, como protección de los nuevos estados hispanoamericanos.

La declaración de principios de Monroe llegó a Inglaterra tres semanas después. En su conjunto fue bien recibida. Brougham declaró, en la Cámara de los Comunes el 3 de febrero, que difundía "alegría, exultación, y gratitud sobre todos los hombres libres en Europa",⁸⁷ y *The Times* regocijábse de que los Estados Unidos hubieran tomado una posición tan inequívoca y hubiesen adoptado "una política tan directamente británica".⁸⁸ Canning sabía mejor. La posición reflejaba en verdad una identidad de propósito entre Gran Bretaña y los Estados Unidos en oposición a la intervención europea en Hispanoamérica. Pero no muy lejos de la superficie reflejaba también rivalidad y desconfianza, a pesar de las cortesías del lenguaje oficial. El mismo Rush, interesado como estaba por la aproximación de Canning, había objetado prematuramente los motivos de Canning,⁸⁹ y su desconfianza aumentó en lugar de disminuir. La opinión personal de John Quincy Adams era de que Canning esperaba "obtener alguna garantía pública" de los Estados Uni-

ford Perkins, *Castlereagh and Adams. England and the United States, 1812-1823* (Berkeley y Los Angeles, 1964), pp. 314-16, 318-23.

⁸⁵ Manning, *op. cit.*, I, 85-88; Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America*, pp. 260-66.

⁸⁶ Perkins, *Castlereagh and Adams*, p. 323.

⁸⁷ *Parliamentary Debates*, n. s., X, 68.

⁸⁸ 6 de enero de 1824.

⁸⁹ Dexter Perkins, *The Monroe Doctrine, 1823-1826* (Cambridge, Mass., 1927), p. 82; Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America*, pp. 449-53.

dos, “ostensiblemente contra una enérgica intervención de la Santa Alianza” pero “realmente o especialmente contra la adquisición de cualquier parte de las posiciones hispanoamericanas por los mismos Estados Unidos”⁹⁰; y sería apresurado afirmar que Canning, como Adams, no tuviese la cuestión cubana parcialmente en la mente.⁹¹ Respecto a Monroe, él tanto como Adams, no estaba ansioso de subordinar la política americana a la británica, ni de aparecer, según la famosa frase de Adams, “como un dado de roldana en la estela del guerrero británico”.⁹² Y lejos de ser “británico” en sus sentimientos, su mensaje no alentaba sólo un “republicanismo militante”, totalmente inaceptable para Canning; más aún, trazó esa “línea de demarcación” entre América y Europa que Canning confesó ser lo que más temía.⁹³

El contraataque de Canning fue prontamente lanzado. Se hizo circular en privado el Memorándum Polignac y los cónsules recientemente designados para América del Sur, que se habrían de embarcar en febrero, fueron instruidos para que lo usaran con el objeto de mostrar “cuán ansiosa y prematuramente se declaraba Gran Bretaña contra cualquier proyecto de volver las que fueron colonias españolas bajo la dominación de la madre patria mediante la ayuda externa”.⁹⁴ En marzo fue impreso y presentado al parlamento, y poco después apareció en la prensa hispanoamericana. Sin embargo, no fue sino en julio, que Canning obtuvo la secreta decisión del parlamento de reconocer a Buenos Aires por medio de la negociación de un tratado comercial, y no fue sino en diciembre, un año después de que la doctrina Monroe había sido promulgada, cuando triunfó al ampliar la perspectiva de esta decisión incluyendo también a México y Colombia. Luego, incluso, se regocijó. “Hispanoamérica es libre”, escribió el 17 de diciembre, “y si nosotros no malgastamos nuestros asuntos tristemente, es inglesa...”⁹⁵; y una vez más, el 8 de enero, ilustrando su creencia de que una “conexión amigable” con México, según había dicho al gabinete,

⁹⁰ Dexter Perkins, *op. cit.*, p. 92.

⁹¹ Cf. Bradford Perkins, Castlereagh and Adams, p. 321, para alguna evidencia de que así fue.

⁹² Dexter Perkins, *op. cit.*, p. 74.

⁹³ Canning a A'Court, 31 de diciembre de 1823, A. G. Stapleton, *George Canning and his Times* (London, 1859), pp. 394-95.

⁹⁴ Planta a Parish, 30 de diciembre de 1823, F. O. 118/1, incluyendo seis copias del Memorándum Polignac. Ver también las afirmaciones de Canning en la Cámara el 3 de febrero de 1824, *Parliamentary Debates*, n. s., X, 74.

⁹⁵ Canning a Granville, 17 de diciembre de 1824, A. G. Stapleton, *op. cit.*, p. 411.

habría de “oponer una poderosa barrera” a la influencia de los Estados Unidos: “Los Estados Unidos han tomado nuestro comienzo en vano; y una vez más unimos América a Europa”.⁹⁶

“Una vez más unimos América a Europa”. ¿Pero este vínculo era realmente el resultado del reconocimiento británico de tres estados (Buenos Aires, México y Colombia), a través de la negociación de tratados comerciales que Canning, en efecto, había dictado? Gran Bretaña no reconocía al Perú o Chile. Aunque “el interés inglés en Chile era creado”, como observara el ministro americano en Santiago, “por compañías mineras, relaciones comerciales, y casándose con los nativos... y reforzado por la influencia de una poderosa fuerza naval”,⁹⁷ era tan marcado, hacia el final de la década de 1820, como el interés inglés en Colombia. El reconocimiento británico era sin duda importante para los nuevos estados. Pero el hecho más importante no era el reconocimiento británico, sino el poder británico —poder económico, naval y financiero. Aun antes de que fuera anunciada la decisión de reconocer a los nuevos estados, en el mercado de capitales de Londres habían sido otorgados préstamos a su nombre, por un valor nominal de más de 13 millones, y éstos incluían préstamos para Chile y Perú así, como para Colombia, México y Buenos Aires. De acuerdo con Sir James Mackintosh, hablando en la Cámara de los Comunes en junio de 1824, por lo menos un centenar de casas comerciales británicas estaban entonces establecidas en las ciudades hispanoamericanas, y Mackintosh señaló, como los comerciantes de Liverpool también lo habían señalado, en 1820, que eran embarcados más artículos de lana de Liverpool a América Latina que a los Estados Unidos.⁹⁸ Los Estados Unidos no contaban con recursos económicos ni financieros, ni con la organización económica o financiera para competir en esta escala. Era inevitable que el más grande poder naval, industrial y financiero en el mundo debía ser más importante que los Estados Unidos para los nacientes estados americanos.

En Inglaterra el efecto del reconocimiento habría de agravar un sentimiento que ya era ansiosamente expectante. “Los comerciantes y manufactureros británicos”, escribió Rishard Rush en enero de 1825, “los capitalistas británicos, en pocas

⁹⁶ Temperley, *op. cit.*, pp. 146-47, 550-54; Canning a Hookman Frere, 8 de enero de 1825, Festing, *op. cit.*, p. 268.

⁹⁷ Herman Allen a Clay, 5 de noviembre de 1825, Manning, *op. cit.*, 1106. Cf. igual a igual, 4 de abril de 1826, *ibid.*, II, 1112.

⁹⁸ 15 de junio de 1824, *Parliamentary Debates*, n. s. XI, 1381-88.

palabras, todo el público británico, está dirigiendo vehementemente sus miradas... hacia el hemisferio americano. Están tratando de ligar a Gran Bretaña con estos nuevos estados, y a estos nuevos estados con Gran Bretaña, por cualquier medio que divise la excitada codicia, y hacer efectiva su enorme opulencia. Nunca hubo nada como ello antes, ni aun en los días del espejismo de los mares del sur”.⁹⁹ Como préstamo tras préstamo había sido otorgado en Londres, en 1822, en 1824, y una vez más en 1825, a solicitud de los nuevos estados, se formó compañía tras compañía para establecer a los desocupados pobres de Gran Bretaña e Irlanda en las planicies de Argentina, para unir el Atlántico con el Pacífico mediante un canal —¿no publicó el mismo Jeremy Bentham una proposición de *Junctiana?*—, para pescar perlas en Colombia, para navegar a vapor los ríos de América del Sur, para establecer minas de oro y plata, aun para exportar lecheras a Buenos Aires para hacer mantequilla. La burbuja estalló al final de 1825 y la quiebra de las compañías mineras simbolizó negligencia sobre los préstamos. Pero para entonces la inversión nominal total del capital británico en América Latina llegaba a unos 25 millones de libras esterlinas.¹⁰⁰

En Hispanoamérica los efectos del reconocimiento fueron menos dramáticos, aunque la noticia fue naturalmente recibida con entusiasmo. Naturalmente también tendió a exacerbar los celos anglo-americanos. “Se hacen preparativos para la iluminación general y el regocijo público”, escribió el encargado de negocios en Buenos Aires. “En cuanto a los Estados Unidos”, se quejaba “somos usados... como ornamento retórico, una simple figura del lenguaje, y nuestro reconocimiento ha sido muy impudicamente asimilado, en importancia, a una medida similar tomada por una de sus más pequeñas provincias; pero, entre gente tan descarriada en ignorancia y sensualidad como es esta gente, no se puede esperar que la influencia moral pueda ser entendida y apreciada”.¹⁰¹ Regocijos similares fueron informados de Colombia,¹⁰² aunque la irritación del ministro americano tomó allí una forma diferente. “Nunca vi el *orgullo* britá-

⁹⁹ Manning, *op. cit.*, III, 1529.

¹⁰⁰ Ver, en el párrafo anterior, J. F. Rippey, **British Investments in Latin America, 1822-1949** (Minneapolis, 1959), pp. 17-26, y mi **Liberation in South America, 1806-1827** (London, 1952), pp. 138-42.

¹⁰¹ J. M. Forbes a J. Q. Adams, 17 de dic. 1824, Manning, *op. cit.*, I, 644.

¹⁰² Hamilton a Planta, 8 de marzo de 1825, Webster, *op. cit.*, I, 385-86.

nico de *nación* mostrarse más plenamente”, anotó en su diario. “Parecen pensar que Colombia jamás fue antes independiente, pero que ahora su prosperidad y libertad han sido selladas”.¹⁰³

Pero aunque en Buenos Aires los “Yankees”, según las palabras de Woodbine Parish, trataron de persuadir a “los nativos” de que un tratado no era “ningún reconocimiento” y que los Estados Unidos eran sus únicos “amigos sinceros”,¹⁰⁴ y aunque no se perdió amor alguno entre los representantes británicos y americanos en Colombia, la disputa más áspera se peleó en México. Allí, en la ciudad de México, Poinsett había reaparecido en la escena hispanoamericana como el primer enviado estadounidense. Había aprendido poco de sus experiencias en Chile hacía más de diez años y, una vez más, se precipitó en la inquietud de la política doméstica con el objeto de contraatacar, como creía, la fatal influencia de Gran Bretaña. Henry George Ward, el joven representante británico, no estaba menos empeñado en deshacer los designios igualmente fatales que atribuía a los Estados Unidos en general y a Poinsett en particular, y el resultado fue una serie de querellas poco edificantes, acusaciones e intrigas. A fin de cuentas ambos hombres fueron llamados —Ward, en 1827, como resultado de desacuerdos sobre sus gastos (contribuyó en gastar 11,000 en dos años)¹⁰⁵; Poinsett, al solicitarlo así el gobierno mexicano, en 1829.

Poinsett no había guardado en secreto su convicción, debidamente reportada por Ward, de que los Estados Unidos se pondrían a la cabeza de una liga americana o federación, de la cual sería excluida Gran Bretaña.¹⁰⁶ Este era el tipo de peligro que más había temido Canning —el peligro, como había dicho al gabinete en diciembre de 1824, de que los Estados Unidos pudiesen “conectarse con todos los poderes de América en una liga trasatlántica general, de la cual tendría la única dirección”;¹⁰⁷ el peligro, en las palabras de su bien conocida carta a Hookham Frere, de una “división del mundo en europeo y americano, republicano y monárquico; una liga de gobiernos gastados en una mano, y de naciones vigorosas y activas, con

¹⁰³ **The Diary and Journal of Richard Clough Anderson**, p. 190.

¹⁰⁴ Parish a Planta, 18 de febrero de 1825, Webster, *op. cit.*, I, 120.

¹⁰⁵ Cody, *op. cit.*, pp. 449-55; Rippey, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America*, pp. 248-302.

¹⁰⁶ Ward a Canning, 27, 30 de setiembre de 1825, Webster, *op. cit.*, I, pp. 486-87, 489, 490.

¹⁰⁷ Temperley, *op. cit.*, p. 553.

los Estados Unidos a la cabeza, en la otra".¹⁰⁸ En 1825 había pensado que este peligro disminuía. Pero sus temores revivieron en 1826, parcialmente quizás, como resultado de las indiscreciones de Poinsett en México, parcialmente debido a la aproximación del Congreso de estados americanos que se reuniría en Panamá.

El Congreso de Panamá, una asamblea de plenipotenciarios para deliberar sobre las altas cuestiones de la paz y la guerra y sobre la colaboración internacional entre las naciones americanas, había sido por largo tiempo el sueño dorado de Simón Bolívar, ahora en lo más alto de su poder como Libertador del norte de América del Sur. Lo ideó originalmente como un congreso de estados hispanoamericanos. Fue sólo más tarde que Estados Unidos y Brasil fueron invitados a asistir. Pero también lo fue Gran Bretaña. Bolívar no se hacía ilusiones acerca de la relativa importancia de Gran Bretaña y los Estados Unidos para Hispanoamérica. "Toda la América junta", escribió en julio de 1825, "no vale una armada británica"¹⁰⁹. Y estaba convencido de que "nuestra federación americana", como la llamaba, no podría sobrevivir sin el apoyo británico.¹¹⁰

Canning aceptó en enero de 1826 una invitación para enviar un representante británico a Panamá, y en marzo designó a un joven diplomático de carrera, Edward Dawkins, como su comisionado u observador, instruido para anotar e informar sobre "el grado de influencia en sus intereses" que los nuevos estados estuviesen inclinados a permitir a los Estados Unidos. "La máxima general de que nuestros intereses y los intereses de Estados Unidos son esencialmente los mismos, etc. etc.", había dicho en febrero a Charles Vaughan, el ministro británico en Washington, "es una máxima que no puede ser admitida tan prontamente, cuando ha sido adelantada por los Estados Unidos. Pero no debemos ser engañados por este convencional lenguaje de cortesía".

"La declarada pretensión de los Estados Unidos de ponerse a la cabeza de una confederación de toda América, y de blandir dicha federación contra Europa (incluida Gran Bretaña)

¹⁰⁸ 8 de enero de 1825, Festing, *op. cit.*, pp. 267-68.

¹⁰⁹ Bolívar a Santander, 10 de julio de 1825, Simón Bolívar, *Obras Completas* (ed. Vicente Lecuna y Esther Barret de Nazaris, 2 vols., La Habana, 1947), I, 1129. Cf. igual a igual, 11 de marzo de 1825, *Ibid.*, I, 1062.

¹¹⁰ Bolívar a Santander, 28 de junio de 1825, *Ibid.*, I, 1120-21. Cf. Webster, *op. cit.*, I, 399-400, 402, 532, 541-42.

no es una pretensión identificada con nuestros intereses, o una que nosotros podamos fomentar o tolerar".¹¹¹ Y en este punto —aunque también había otros puntos en los cuales las políticas británica y americana se oponían— las instrucciones de Dawkins fueron expresadas en forma similar. "Usted entenderá", escribió Canning, "que una federación entre los estados que antes fueron colonias de España, no sería objetada por el gobierno de Su Majestad. Pero cualquier proyecto de poner a los Estados Unidos de Norte América a la cabeza de una confederación americana dirigida contra Europa sería altamente desagradable para su gobierno".¹¹²

Como consecuencia los Estados Unidos no estuvieron representados en el Congreso de Panamá. Uno de sus delegados murió en el camino. El otro no salió sino después de que el congreso hubiese sido levantado. Pero en lo concerniente a una confederación de estados americanos, su ausencia importaba poco. En 1826, la probabilidad de que los Estados Unidos llegara a ser miembro de una liga americana, como su líder o no, era aún menor de la que había habido en 1823 de que Francia interviniese por la fuerza de las armas en Hispanoamérica. Eran temores inexistentes, aunque era natural que Canning, se entretuviera con ellos. Y como el Memorándum Polignac, en octubre de 1823, lo había alentado contra el primer peligro, igualmente un informe de Dawkins, a su retorno a Inglaterra en octubre de 1826, lo reaseguró contra el segundo. "La influencia general de los Estados Unidos", escribió Dawkins, "no debe ser temida, en mi opinión".¹¹³ Y al lado de este juicio de un agente británico puede colocarse la opinión de un agente americano seis meses antes. "La preponderante influencia de Inglaterra, en los asuntos de estos países", escribió el ministro americano en Chile, "ya se deja ver y sentir en casi todos los departamentos...".¹¹⁴

Canning nunca estuvo inclinado a menospreciar sus propios servicios a la causa de la independencia hispanoamericana. "Me deleité elevando estos pueblos a estados", escribió a Granville en octubre de 1826, "pero no los dejaré figurarse demasiado astutos, para lo cual estarán capacitados si no son reprendidos cuando lo merezcan".¹¹⁵ Cuando Jorge IV recibió al primer mi-

¹¹¹ Canning a Vaughan, 8 de febrero de 1826, *ibid.*, II, 542-43.

¹¹² Canning a Dawkins, 18 de marzo de 1826, N° 1, *ibid.*, I, 404.

¹¹³ Dawkins a Canning, 15 de octubre de 1826, *ibid.*, I, 423.

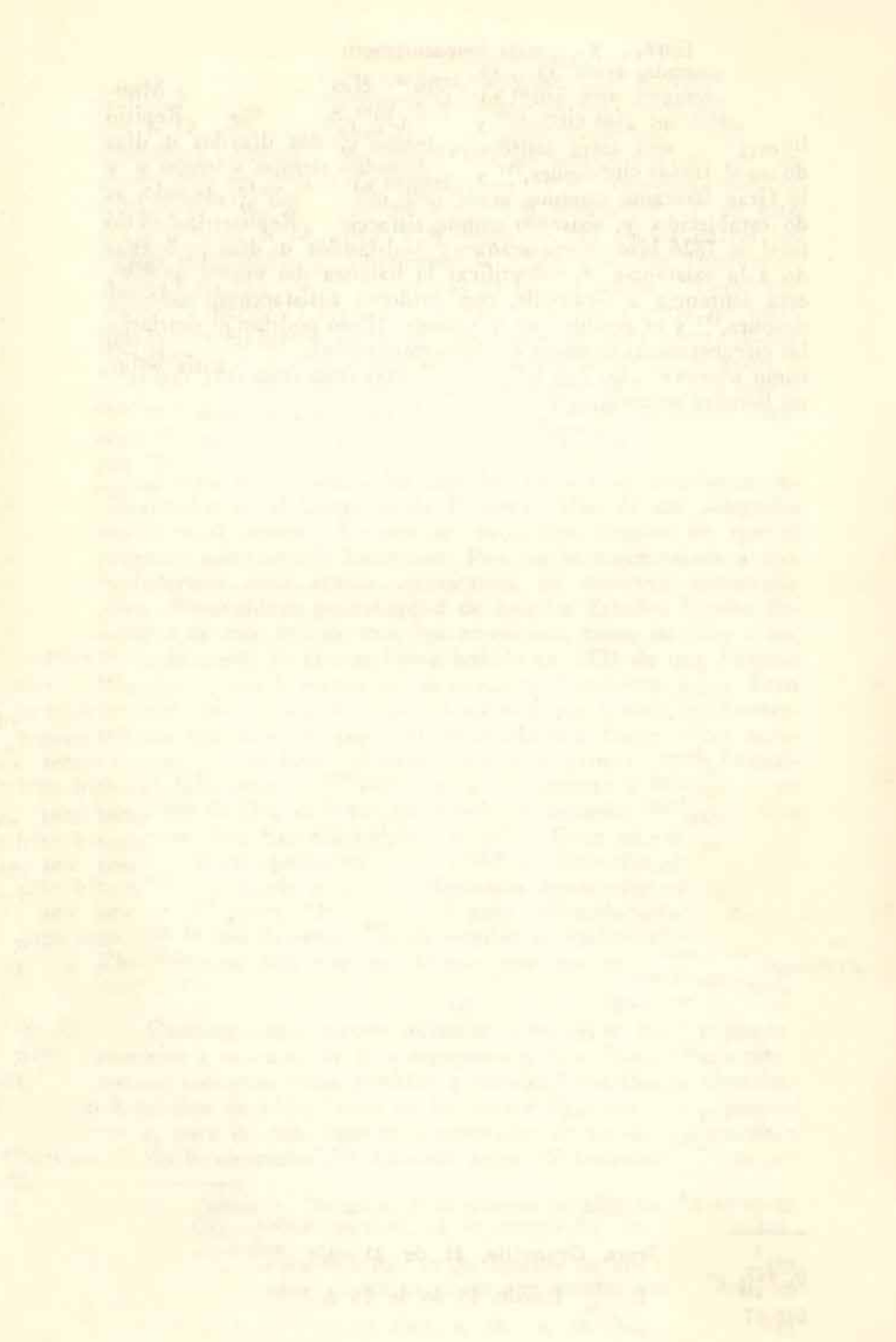
¹¹⁴ Herman Allen a Clay, 4 de abril de 1826, Manning, *op. cit.*, II, 1112.

¹¹⁵ 11 de octubre de 1825, A. G. Stapleton, *op. cit.*, p. 446.

nistro de un país hispanoamericano debidamente acreditado ante Gran Bretaña, Canning escribió “¡Helo ahí! El Nuevo Mundo establecido, y, si no lo echamos a perder, nuestro! ¹¹⁶ Y al final de 1826 hizo su celebrada jactancia, “llamé el Nuevo Mundo a la existencia para rectificar la balanza del viejo”. Repitió esta sentencia a Granville, con evidente satisfacción, dos días después,¹¹⁷ y es posible que la creyese. ¿Pero podrían el tiempo y las circunstancias permitir otra interpretación?. Después de todo, como observara el Dr. Johnson, “en las inscripciones lapidarias un hombre no está bajo juramento”.

¹¹⁶ Canning a Granville, 21 de noviembre de 1825, *ibid.*, p. 447.

¹¹⁷ Canning a Granville, 14 de diciembre de 1826, *ibid.*, pp. 546-47.



Enrique Silgado optó en nuestra Universidad el grado de Doctor en Ciencias. Siguió estudios de perfeccionamiento en Estados Unidos. Después de largos años de docencia ejerce en la actualidad la jefatura del Departamento de Geología y Geografía.

Algunos aspectos de la ciencia en la época de Peralta

En las postrimerías del siglo XVI primaba en las Facultades de San Marcos una forma escolástica de enseñanza donde la erudición y la autoridad de la Biblia y de los clásicos reinaban como indiscutibles maestros. Siendo la Universidad de ese entonces influenciada por los estudios teológicos, las ciencias eran sus subalternas y su enseñanza se encontraba muy retrasada en comparación con la de algunas Universidades europeas. Se unía a esto la estrecha vigilancia que sobre la transmisión de ideas ejercía la Inquisición, existiendo una lista prohibida de libros entre los que se contaba "De revolutioni bus Orbium Coelestium" de Copérnico. Los estudios de Medicina eran rudimentarios y se encontraban vinculados a los de Astrología, cuya cátedra la ejerció en 1576 el protomédico español Don Antonio Sánchez de Renedo y a quien se le debe el primer tratado de Botánica en el Perú. Los textos de consulta eran las obras de Galeno, Hipócrates, Avicena y Alberto el Grande.

El método experimental que debería superar el raciocinio de los escolásticos a comienzos del siglo XVII hizo su aparición en Inglaterra; sin embargo, no fue conocido en San Marcos sino hasta 1723 en que por primera vez se presentan los trabajos

de Francis Bacon y se diserta sobre la circulación de la sangre de William Harvey.

La enseñanza formal de las ciencias exactas tiene su punto de partida cuando el Virrey Don Luis Henríquez de Guzmán, Conde de Alba de Liste, crea en 1657 la primera Academia Náutica con el objeto de formar y perfeccionar pilotos por los que había gran demanda ya que se habían diversificado las rutas marítimas entre España y sus posiciones de Ultramar. Don Francisco Ruiz Lozano fue el primer Director de esa Academia, ocupando además los cargos de Profesor de Matemáticas y Cosmografía que los desempeñó hasta 1677, año de su muerte. El sabio presbítero flamenco Don Juan Ramón Koenig fue su sucesor; su talento era tal que el Virrey Dn. Baltazar de la Cueva, Conde Castellar, lo nombró Profesor de Prima de Matemáticas de la Universidad. Koenig enseñaba en su tiempo la Aritmética y la Geometría clásicas, la Trigonometría de Ptolomeo tal como había sido completada por Francois Viete (1540-1603), en Algebra eran ya familiares el empleo de los logaritmos vulgares que habían sido inventados por John Neper (1550-1647), los procedimientos de Tartaglia (1499-1557), para resolver las ecuaciones cúbicas y cuárticas. La ecuación de Tartaglia se aplicaba entonces en los cálculos de artillería. Koenig era no solamente un hábil disertante sino un profundo investigador ya que propuso una solución al problema de la duplicación del cubo, que había sido considerado como irresoluble por los matemáticos de la antigüedad.

Es en pleno siglo XVII que algunos profesores clérigos y seglares importaron del viejo mundo las obras de Descartes y los trabajos de Pascal. La teoría de Newton, considerada como herética, llegaría a conocerse posteriormente a la llegada de Dn. Cosme Bueno, afamado matemático y cosmógrafo, quien fue un admirador del célebre genio inglés cuyos trabajos se difundieron completamente después de 1785 durante el período del Conventorio Carolino.

A la muerte de Koenig le sucedió el Dr. Dn. Pedro Peralta Barnuevo y Rocha quien regentó la Cátedra de Prima de Matemáticas desde 1709 hasta 1743. Don Pedro continuó la publicación del Conocimiento de los Tiempos que había iniciado su antecesor y a los cuales añadió algunos pronósticos astronómicos y astrológicos. Aparte de ocuparse del aspecto teórico de las Matemáticas, se ocupó de sus aplicaciones en el arte de la Ingeniería Civil y Militar, así como en la Metalurgia.

No se conservan los manuscritos de Peralta relacionados con las matemáticas y sus aplicaciones, lo cual nos impide apreciarlos en su verdadera magnitud. En la literatura que aún se conserva se puede vislumbrar algunos alcances de su erudición científica en los campos de la mecánica, climatología y sismología que él abordó con rara habilidad para su época.

En su canto "Lima Fundada", Nota 263 (referente a Feijóo) rinde pleitesía a las matemáticas y alude luego a las probabilidades matemáticas.¹

Por los clásicos, Peralta estaba enterado de que las propiedades y relaciones de las armonías musicales corresponden a relaciones numéricas y tal vez había leído la obra "Harmonicorum Liber" que el fraile franciscano Mersenne (1588-1648) publicara en París en 1636, en la cual por primera vez se hacía mención de una determinación de la frecuencia de un sonido musical. Posiblemente todo este material le permitió escribir un tratado músico matemático. Con la música culminaba entonces la educación. La sujeción del ritmo a los compases y la periodicidad de las vibraciones hacía indispensable conocer las matemáticas para estudiarlas. En la nota 263 de su canto se lee: "Las matemáticas hacen una demostración universal de que no luce con esplendor de superficie, sino que brilla con luz de centro su noticia: manifestando en cualquiera aquel espíritu geométrico, que reina en cuanto escribe y ha constituido a todas las demás ciencias unas nuevas subalternas suyas; con las que ha hecho hasta las probabilidades matemáticas. Hasta la música como parte suya se canta a sí misma poseída".

En la aprobación que hace Peralta a la tesis de Federico Bottoni, "Evidencia de la Circulación de la Sangre", 1723, se nota la influencia que ejercía en él, Santo Tomás de Aquino, así como la teoría de los torbellinos de Descartes. Se lee en uno de los párrafos: "La causa inmediata del movimiento, y como el general resorte de la máquina del Universo, es la *materia etherea* de que recogida la más sutil al Sol, comunica al suyo, y excita todo lo sublunar; y esta es la que los vivientes llamaron *vnos* "Archeo" (Van Helmont) o principio, otros *materia motriz* (Juanini), y la misma *materia celeste* los modernos".

¹ El cálculo de probabilidades tiene su origen en los juegos de azar; su estudio comienza en Italia durante la época del Renacimiento, Tartaglia y Galileo tratan de estos temas; el primero refiriéndose a los juegos con los dados y el segundo a la geometría del azar. En 1657, Huyghens escribe en latín el primer tratado sobre Cálculo de Probabilidades.

Peralta fue un observador por excelencia y trató de describir ciertos fenómenos de la naturaleza. La habitual nubosidad del cielo de Lima era un obstáculo para sus observaciones, no obstante publicó algunos datos climatológicos en el Conocimiento de los Tiempos, en esa época en que aún no se disponía de instrumentos adecuados para medir los elementos meteorológicos.

En "Lima Fundada", Canto VIII, Nota 85, refiriéndose a la pobre precipitación que existe en la época de invierno en el Valle del Rímac y en los demás de la costa, dice que "es causada por no juntarse en las nubes suficiente copia de gotas de agua, o no ser estas tan gruesas que tengan peso para caer, por lo cual el aire las sustenta, el volumen que forman es menos grave, o sea que tienen menor número de partículas que otro volumen igual del mismo aire, o este tiene elástico o fuerza para sustentarle, debiéndose decir de las nubes respecto de él, lo mismo que de los navíos u otro cualquiera inatante respecto del agua". Con lo cual invocaba un equilibrio arquimediiano. Hace mención a la disipación que hace el viento Sur que despeja los vapores de la costa.

Peralta describía así los stratus que cubren la mayor parte de nuestro litoral con excepción de la época de verano y que se forman como resultado del desplazamiento de las masas de aire caliente sobre la superficie fría de la corriente peruana, que hace enfriarlas por contacto, llegan a su punto de rocío y al saturarse de vapor de agua se condensan originando ese tipo de nube. La mención que hace del viento Sur que disipa los vapores de la costa se puede relacionar a los corrimientos del anticiclón Pacífico que regulan el flujo de las masas de aire sobre la superficie del mar. Las ideas de Peralta respecto de la precipitación son aún valederas. Los estudios actuales demuestran que las gotitas de agua de los stratus que cubren el cielo limeño pueden alcanzar tamaños que varían entre 50 a 200 micrones. La precipitación que se conoce como el proceso físico atmosférico que sigue a la condensación consiste por lo general de una "unión gravitacional": el aumento de tamaño de las gotas de las nubes se produce por unión o COALESCENCIA a tal punto que por gravedad comienzan a caer, proceso que es estimulado por los movimientos verticales del aire. Como en nuestra costa el movimiento del aire es predominantemente horizontal y como térmicamente existe una distribución del tipo de inversión, tenemos una estabilización atmosférica con casi ausencia de corrientes verticales y no hay precipitación en su sentido estricto. Sin embargo, en ciertas épocas del año por la invasión de flujos de aire marinos y por cambios de temperatura dan lugar a la for-

mación de corrientes verticales ligeras lo cual ocasiona la rotura de la masa uniforme de stratus, para formar fracto-stratus con la consiguiente llovizna.

Cuando Peralta frisaba los veintitrés años fue testigo presencial del terremoto del 20 de octubre de 1687, que destruyó Lima y Callao, como también de los que asolaron la ciudad por 1690 y 1699. Su preocupación por descifrar las causas de estos fenómenos y predecirlos en el espacio y tiempo debe haber sido constante. El probablemente había leído de Aristóteles, que los terremotos eran originados por la expansión de los gases confinados en cavernas subterráneas que en su lucha por escapar causaban el estremecimiento del suelo. Esas ideas que pueden parecer fantásticas en algunos aspectos, son el punto de partida actual de la teoría volcánica del origen de los terremotos. También Conrad de Megenburg en su "Libro de la Naturaleza" publicado en 1359, comparte el punto de vista del gran clásico y agrega que los vapores apretados contra las paredes de las cavernas interiores aumentan de volumen hasta que sobrecargan las montañas. El aumento de los vapores cree que es causado por Marte y Júpiter y luego añade: "que cuando los vapores están confinados dentro de las cavernas por un gran período de tiempo, las presiones que originan son tan grandes que revientan y separan las montañas. Aun cuando estas fallan por romperse completamente, son capaces de producir un severo temblor".

Así Peralta, en el Canto VI, Nota 20 y Canto VII, Nota 85 de "Lima Fundada", nos habla sobre la causa de los temblores diciendo: "que la agitación de la materia sutil o ígnea en los sulfurosos y nitrosas que exhaladas arriba forman los rayos y truenos en las cavernas de la tierra por una especie de fermentación se encienden y reduciendo los vapores a mayor volumen por la rarefacción, no hallando salida, estremecen la tierra".

Recientes trabajos en que se estudia la propagación de ondas elásticas generadas por las explosiones nucleares subterráneas han conducido a emitir la hipótesis de que los terremotos se originan por un cambio en el volumen y forma de un cuerpo de roca que está sometido a una transición de fase², o sea, a un

² Se postula que la inestabilidad de la parte superior del manto terrestre que caracteriza a las regiones dislocadas de nuestro planeta resulta de la coexistencia de granates, plagioclasas, piroxenos y olivina en profundidad. Ese ambiente estimula las transiciones locales de fase como del granate a la plagioclase y viceversa, las que son acompañadas de cambios en densidad. Esto conduce a solevantamientos y hundimientos como a convecciones locales con fuerte diferenciación y magmatismo.

proceso polimórfico de sólido a sólido que posiblemente ocurre en el interior de la corteza terrestre y en el manto.

BIBLIOGRAFIA

- PERALTA BARNUEVO, P., Lima Fundada.
 VILLARREAL, F., 1886.— Historia de las Matemáticas en el Perú. La Gaceta Científica, Lima.
 VALDIZAN, H., 1928.— Apuntes para la Bibliografía Médica Peruana, pp. 78-79, Lima.
 EVISON, F. F., 1963.— Earthquakes and Faults Bull, Seism. of Am., Vol. 53, Vol. N° 5, pp. 874-889.
 BARREDA Y LAOS F., La vida intelectual en la Colonia.

(N. Sevilla, 1911) es catedrático de Historia de América en la Universidad de Madrid. Concurrió al Congreso Internacional de Peruanistas, efectuado en 1951 bajo los auspicios de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; y así como en esa ocasión reveló el hallazgo del texto completo de la crónica de Martín de Murúa, sus contribuciones han sido muy apreciadas en los recientes Congresos de Americanistas. Aparte de una escrupulosa edición de la citada crónica, en su vasta obra destacamos: "Francisco Pizarro (1940)", "Historia de América (1953)" y "Descubrimiento y conquista del Perú (1963)". Ahora da a conocer la gestación y los primeros trabajos de una misión científica, que está realizando importante obra arqueológica y antropológica en Chinchero, de acuerdo con su iniciativa y su dirección personal.

Una misión científica española en tierra de los Incas

En 1875 se reunía por primera vez —en la ciudad francesa de Nancy— el I Congreso Internacional de Americanistas. Tenía por objeto el convocar a todos los diversos especialistas (antropólogos, etnólogos, lingüistas, arqueólogos, geógrafos, etc.) del mundo, que hubieran concretado su esfuerzo en sus diferentes especialidades, pero referidas a América. Era esta reunión el resultado de una serie de inquietudes nacidas a lo largo del siglo XIX —quizá desde que Alejandro de Humboldt emprendiera su periplo por las regiones equinocciales de América—, que cristalizaban finalmente en el estudio científico de lo americano, pero especialmente referido a las culturas anteriores a la llegada de los españoles, o a sus supervivencias en los medios indígenas de hoy. Algunos de los sucesivos Congresos se reunieron en España, a fines del siglo XIX y en 1935, pero esto no significó, ni mucho menos, que España se hubiera incorporado a la corriente americanista general. Veamos el cómo y el por qué.

Precisamente, cuando el Americanismo mundial comenzaba, España cortaba sus amarras, sus vínculos, con el mundo americano, después de larga y dolorosa lucha. Y sus sabios y sus investigadores polarizaban su esfuerzo científico en los te-

mas hispánicos en relación con las antiguas Indias: el Descubrimiento, la Conquista, las instituciones coloniales, la biografía. Se desentendieron de las culturas autóctonas, cuyas primeras fuentes, paradójicamente, habían sido escritas por esa pléyade inigualable de los "escritores de Indias". El resultado fue evidente: una disociación de la ciencia americanista española de las corrientes mundiales, que progresaron a lo largo de estos últimos cien años, hasta conseguir un conocimiento profundo y preciso de las culturas aborígenes americanas.

Fue la contemplación de esta realidad la que me movió, en 1931, a escribir un artículo titulado *El problema del Americanismo en España*, en que hacía repaso de lo que no teníamos, ya que lo que poseíamos era bien pobre. Salvo algunas eminentes figuras americanistas, como Marcos Jiménez de la Espada o Manuel Serrano y Sanz, los cultivadores eran pocos y las posibilidades de estudio e investigación, prácticamente nulas. Ni estudios universitarios (excepto una sola cátedra de *Historia de América*, en la Universidad de Madrid), ni centros de investigación (excepto el Centro de Estudios Americanistas de Sevilla), ni Museos, ni revistas, ni exploraciones en tierra americana. Este pavoroso panorama de pobreza científica ha experimentado un gran cambio desde entonces. En 1956, a los veinticinco años del primer artículo, volví a escribir otro, con el mismo título: el balance era alentador. Dos secciones universitarias completas (en Madrid y Sevilla), dedicadas al estudio de América, varias revistas, diversos centros de estudio (del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid y Sevilla), un Museo de América que, aunque en desarrollo, es una buena promesa para el futuro. Pero en este balance faltaba una cosa: la presencia de estudios científicos en la propia tierra americana. Junto a las Misiones de casi todas las naciones cultas (incluido el Japón), España, desde que Dupaix recorriera México y Yucatán por orden real (a fines del siglo XVIII), no poseía ni había poseído ninguna.

Esto debería cambiar. Y felizmente cambió. A explicar este cambio van destinadas estas líneas informativas.

La propuesta peruana.

Escondidos son los caminos de la Providencia y la realización de un amplio proyecto americanista tiene unos orígenes remotos: en Egipto, en Nubia. Como es sabido, a salvar los templos que iban a ser anegados por la gran presa de Assuan

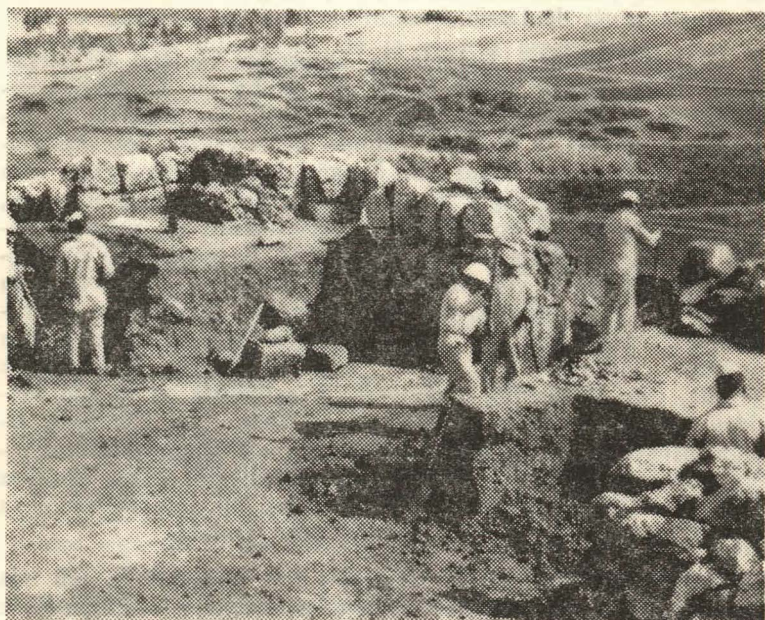
acudieron la mayoría de las naciones, convocadas por la Unesco. España no podía faltar y se constituyó en el Ministerio de Asuntos Exteriores una Comisión, presidida por el embajador de España, y académico de la Historia, José Antonio de Sangroniz, marqués de Desio.

Existía entonces todavía la Dirección General de Relaciones Culturales y al frente de ella estaba un hombre excepcional, lleno de sensibilidad, de tesón y de comprensión de todos los temas de la cultura: Alfonso de la Serna, hoy embajador de España en Túnez. Si España había salido ya, y con éxito, una vez a realizar estudios fuera del territorio nacional, ¿por qué no podía continuar, y precisamente en aquellas tierras en las que tenía mayor obligación? La contestación a esta pregunta fue la constitución de la *Comisión Española para el Estudio y Conservación del Patrimonio Artístico y Cultural de Hispanoamérica y Filipinas*, cuya sigla es de imposible pronunciación (C. E. E. C. P. A. C. H. A. F.). Y al frente de ella, con su talento, experiencia y sabiduría, el mismo presidente de la anterior, el marqués de Desio. La Comisión estaba integrada por la representación de aquellos organismos interesados en la cultura, el Arte, la Arqueología y los Estudios Americanistas, así como por las personas que han dedicado su vida y esfuerzo a ellos. Su nómina sería grande.

La constitución de la Comisión fue comunicada, por vía diplomática, a las naciones hispanoamericanas y a Filipinas, e inmediatamente comenzaron a recibirse propuestas de muchas de ellas, pidiendo la colaboración española para el salvamento de iglesias misionales, de conjuntos urbanos, de templos derruidos, de colecciones documentales, de pinturas dañadas, de palacios deformados por el aprovechamiento vecinal. Todas estas propuestas serían el pesado fardo que la Comisión tenía que analizar.

La Comisión fue constituida en 1967, pero ya antes estaba sobre la mesa ministerial una propuesta formal del Gobierno peruano, que pedía la cooperación española en un concreto punto de la Sierra andina: Chinchero. En 1966 recibí la honrosa misión de —aprovechando mi desplazamiento al Congreso de Americanistas de Mar del Plata— llegar hasta Chinchero. Primera visita, que sería la semilla de nuestra tarea futura. En 1967 se redactó el informe completo sobre las posibilidades de trabajo, después de haber decidido que el área primera donde había que actuar sería el cono suramericano. La visita a Paraguay, Argentina, Bolivia y Perú (en medio de las variadas tentaciones científicas que ofrecían posibilidades arqueológicas,

de restauración de monumentos, de estudio antropológico y de salvamento de colecciones documentales) condujo a un informe, que la Comisión hizo suyo.



El conjunto de la estructura Chinchero I durante la excavación.

Cada una de las tentadoras ofertas era, sin embargo, parcial, pues sólo daban pie para el trabajo de una especialidad científica, lo cual sería limitar posibilidades a los restantes especialistas americanistas españoles. Chinchero presentaba restos incaicos, restos virreinales y una interesante población indígena. Trabajo, pues, para arqueólogos, historiadores del arte y restauradores, y para el etnólogo, el lingüista y el antropólogo. Y la decisión fue a favor de esta posibilidad múltiple de trabajo de varios equipos en un solo sitio, con la consiguiente ventaja de concentración de esfuerzos y mayor rendimiento económico. Esto último, muy interesante, pues aunque la cantidad disponible en un presupuesto no es corta, tampoco permite la dispersión.



Muros incaicos, en los cuales se advierte las típicas hornacinas.

A 3,762 metros sobre el nivel del mar.

Chinchero es una localidad indígena situada a 3,762 metros de altura sobre el mar, a 28 kilómetros de Cuzco, y unida a esta antigua metrópoli incaica por una sinuosa y polvorienta carretera. Su aspecto exterior es el de una agrupación de casas de piedra y adobe, de una o dos plantas, que se extiende por las laderas de una colina. Al fondo, como contraste del paisaje, las cumbres siempre nevadas de los picos de la Verónica y del Chicón, que se aproximan a los 6,000 metros.

Chinchero tiene tres partes bien definidas. Constituyen la primera, los grandes banales de las andenerías agrícolas de la época incaica, sostenidas por imponentes muros de excelente sillaría clásica, que muy pocas veces se usa para estos fines, sino para las edificaciones monumentales. Estas andenerías están bajo el cuidado del Patronato Departamental de Arqueología del Cuzco. Integran también esta primera parte los restos visibles de edificaciones incaicas, que eran las que la Misión española tenía que excavar y estudiar. La segunda parte está integrada por la plaza, que es característica y clásica desde fines del siglo XVII, en que la pintara sobre un lienzo, de la iglesia parroquial, el pintor indio don Fernando Chihuantito. Luego la reprodujo en su relato de viaje el noticioso Wiener.

Esta plaza consta curiosamente de dos planos a distinto nivel, separados por una muralla con hornacinas en número de doce, por la escalera que da acceso al plano superior, donde, entre árboles, se halla la iglesia, la torre de adobes y el crucero de piedra. La iglesia, de modesta apariencia exterior, edificada sobre muros incaicos, encierra tesoros de arte, consistentes en una gran colección de lienzos, una techumbre de artesa, con decoraciones policromadas y un altar con antependio de plata y sobre un riquísimo retablo de madera dorada, con los clásicos espejos cuzqueños. En la parte baja de la plaza, grandes arcos de adobe, que dan paso al pueblo y sus calles y, en uno de sus lados, el rústico edificio del Ayuntamiento, con una pequeña "logia" de tres arcos. Esta casa es la que, según la tradición local, perteneció al brigadier Mateo García Pumacahua, héroe local de la preindependencia. El pueblo, en sí mismo, es de menor interés, salvo el de los restos incaicos que se hallan bajo muchas de sus casas.

La tercera parte de Chinchero está constituida por sus *ayllus* o barrios exteriores, alejados muchos de ellos hasta dos kilómetros, pero cuyos habitantes se consideran de Chinchero, cabeza del distrito. Son estos barrios hasta once, con los sono-



Aspecto de las ruinas de Chinchero, antes de las excavaciones.

ros nombres de Coricancha, Cuper, Umasbamba, Pongobamba, Yanaconas, etc. Umasbamba en particular, es, en su plaza, una reproducción en miniatura de la propia plaza de Chinchero, rodeada de arquerías, con su diminuta iglesita y su magnífico crucero, mejor que el de la plaza de Chinchero. Esta tercera parte comprende, como es natural, la comarca, de suaves ondulaciones, con la laguna de Piuray que —más alta que la capital— abastece de agua al Cuzco, quizá desde la época incaica.

Para comenzar a trabajar era necesario tener un estatuto oficial, constituir la Misión Científica y preparar todo el material necesario para poder realizar el trabajo. Para lo primero, una vez conocidos los informes que mis viajes habían proporcionado, fue inapreciable la gestión del embajador de España en el Perú, Manuel Alabart, que con diligencia y tacto dispuso todo para que por fin se llegara un cambio de notas entre los dos Gobiernos y por parte de la Presidencia del Perú se dictara una “Resolución Suprema”. Por ella se declaraba oficialmente concedi-

da a la Misión española la exploración científica de las ruinas de Chinchero, la restauración de sus monumentos coloniales y el estudio de las comunidades indígenas.

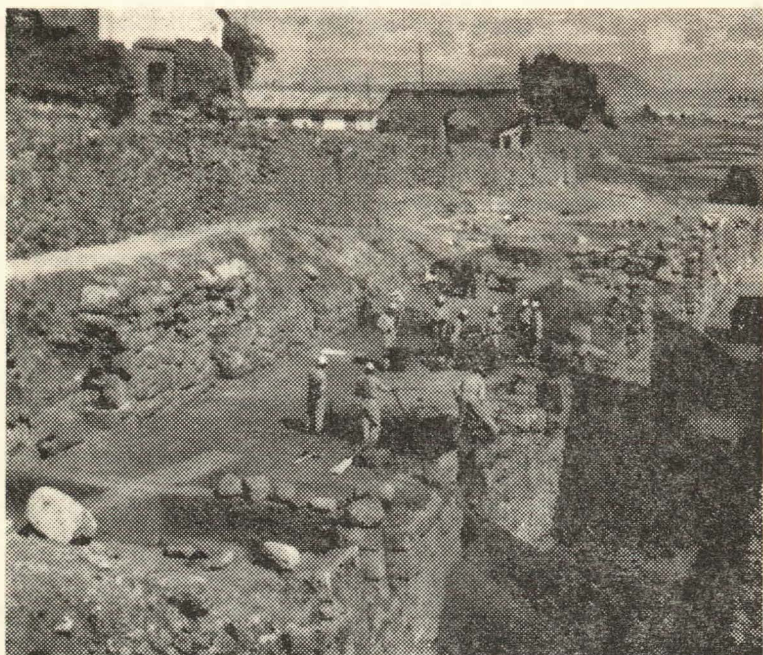
España tenía entonces que organizar esta Misión. La jefatura me fue concedida, constituyéndose tres equipos de trabajo: arqueológico, histórico-artístico y antropológico. Para el primero fue designado el catedrático de Arqueología americana de Madrid, doctor don José Alcina Franch; para el segundo, el catedrático de Historia del Arte Hispanoamericano, doctor don Enrique Marco Dorta, y para el tercero, el catedrático de la Universidad de Barcelona, doctor don Claudio Esteva Fabregat.

De estos tres equipos, el arqueológico sería el primero que había de entrar en juego. La decisión se basaba en la necesidad de conocer primero la población, y que los habitantes conocieran a los miembros de la Misión española. Haber comenzado directamente con el estudio antropológico, que requiere interrogatorios y contacto constante con individuos, hubiera presentado una gran cantidad de dificultades.

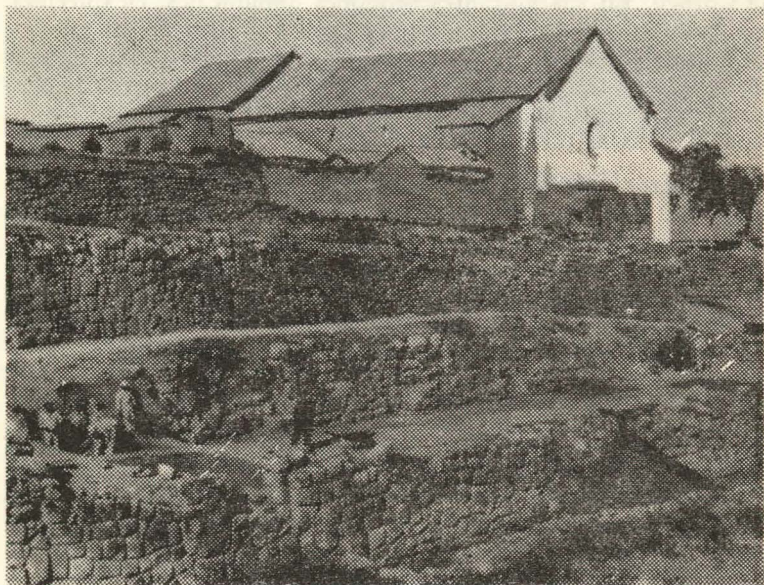
La Misión Arqueológica.

En fin de mayo de 1968 nos desplazábamos a Chinchero. La Misión Arqueológica estaba integrada por el doctor Alcina, don Enrique Plá Ballester (subdirector del Servicio de Prehistoria de la Diputación de Valencia, y muy experimentado excavador), el licenciado Canterlay el graduado en Antropología Miguel Rivera. A comienzos de junio se habían comenzado las excavaciones.

El Gobierno peruano había puesto a disposición de la Misión el albergue turístico —sin estrenar— que la CRYF (Corporación de Reconstrucción y Fomento de Cuzco) había construido. Albergue pequeño, con celdas franciscanas, pero suficiente con un gran *living* donde se colocaron las mesas de trabajo. Desde allí salíamos a las seis de la mañana para comenzar los trabajos de excavación, con un equipo de trabajadores locales que comenzó siendo de ocho y terminó con veinte hombres. Veinte hombres a los que la Misión dotó de sus “monos” caqui (con las letras M. A. E.: Misión Arqueológica Española, en la espalda) y cascos de aluminio, que fueron, y son, su orgullo. Hay que afirmar públicamente que estos indios serranos son gente dura y de enorme rendimiento, que incansable y entusiastamente fueron los mejores colaboradores en el buen éxito de los trabajos. La Misión estuvo trabajando hasta el 15 de septiembre,



Fase de las excavaciones, en la cual se puede apreciar el grosor del relleno extraído.



Vista frontal de la estructura Chinchero I.

en que se dio por terminada la primera campaña; poco más de tres meses.

Fue insistencia de la Misión española contar —como todo lo que España realizó en el Perú— con la colaboración de los peruanos, no solamente como auxiliares materiales, sino como partícipes científicos. Para ello contó, por artículo expreso del acuerdo oficial, con la presencia del gran arqueólogo peruano y catedrático de la Universidad Nacional de San Antonio Abad, doctor don Manuel Chávez Ballón, al que tanto debe la arqueología peruana, en especial en el conocido Machu-Picchu. Chávez y el antropólogo Alfredo Valencia —uno de los más minuciosos especialistas peruanos— fueron los eficaces colaboradores. La misión estableció dos becas para estudiantes peruanos, de la Universidad del Cuzco, que asistieron semana tras semana a los trabajos, forjando una amistad científica sólida con el equipo español.

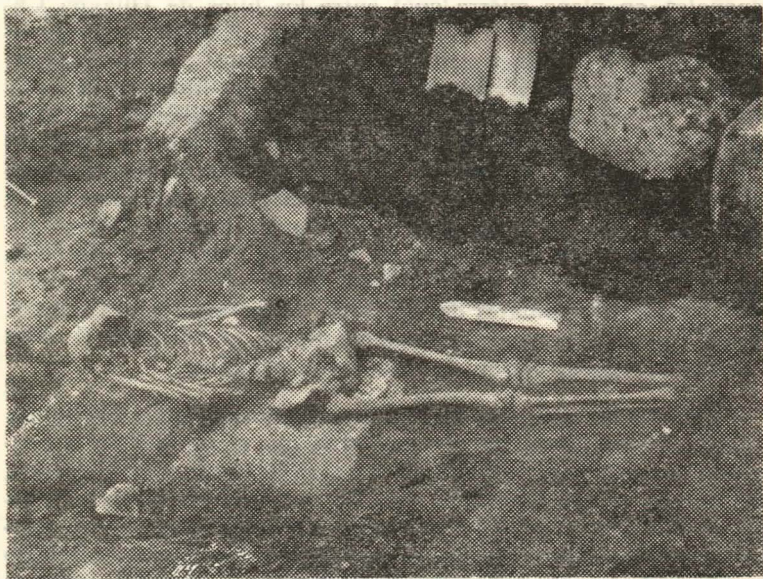
Todos estos trabajos científicos tenían como fondo al pueblo mismo, y a sus dirigentes, que crearon un clima extraordinario de cooperación y simpatía. En primerísimo lugar el párroco de Chinchero, el doctor don Antonio Manja, profesor del Politécnico de Urubamba (a 20 kilómetros del pueblo) y uno de los autorizados quechuístas, profesor visitante de la Universidad de Cornell. En sus vibrantes sermones dominicales, en quechua, exhortó a sus feligreses a comprender el sacrificio de los españoles que habían dejado sus familias y comodidades para exhumar las bellezas y tesoros del pasado peruano. En sus conversaciones conmigo, el doctor Manja me dio un mensaje para todos los españoles. Estas fueron sus palabras:

“Doctor, ustedes que son uno de los pueblos más adelantados de Europa, acuérdense de Chinchero. Quiero crear una cooperativa artesanal, para que mis gentes no se vayan del pueblo. Pida a los sindicatos españoles que nos envíen un experto en organización cooperativa, y a todos, que nos regalen lo que les sobre, que aquí nos faltan: máquinas de coser, de bordar, modelos clásicos de decoración textil... Lo que tengan”.

Yo trasmito el mensaje.

Y detrás del párroco, el alcalde, el gobernador y el director del Núcleo Escolar, el maestro Fernández Baca y Cusihamán. Antonio Cusihamán es un quechua puro, que ha cursado cuatro años de antropología en la Universidad de Cornell y que piensa —y no sin razón— que Chinchero es un reducto puro de tradiciones incaicas y vernáculos. El fue también miembro de la Misión, enlace y traductor, informador y gestor.

Capítulo aparte es el capataz: Tomás Huamán Huarhua. El seleccionó a los hombres —con la sola limitación por nuestra parte de que fueran del pueblo— y quien los capitaneó durante más de cien días. Hoy es mi compadre, pues soy el padrino de su hija María de Montserrat —Maruja—, bautizada durante la estancia de la Misión en Chinchero.



Restos de un enterramiento de época cristiana.

“Edificios viejos que dicen Chinchero”.

Si Winston Churchill dijo una vez que “nunca tan pocos hicieron tanto por tantos”, podríamos parodiarle diciendo que pocas veces tan pocos lograron tanto como lo que han sido los resultados obtenidos por una Misión económicamente modesta y sin grandes medios técnicos. La referencia que en el Congreso de Americanistas de Stuttgart-Munich hicimos el doctor Alcina y yo, dio el calibre de la importancia de los descubrimientos. Resumiré.

En esta campaña de excavaciones, comenzada en la parte periférica del pueblo, se han puesto de manifiesto tres largos e importantes recintos (en una extensión de 110 metros de lon-

gitud por 16 de anchura), de la mejor arquitectura incaica, de tipo imperial. Habitaciones con ventanas a la “capellan-pampa” o campo del Capellán, que debió ser la pampa de las grandes celebraciones rituales en el tiempo de los incas, y con hornacinas o aiaenas interiores, desde el suelo o a media altura del muro. Son los salones de un palacio, sacerdotal o imperial, que fueron abandonados probablemente antes de la llegada de los españoles, en plena guerra civil entre los hijos de Huayna Cápac, en la cual vencería el “quiteño” Atau-Huallpa. Abandonados y no ocupados luego por los vencedores incas, ni por los conquistadores españoles, fueron rellenados con fines agrícolas y por ello no sufrieron las transformaciones que tuvieron los palacios del Cuzco, que hicieron casas suyas los primeros vecinos españoles. Y esto ha deparado el más trascendental de los descubrimientos, el primero en su género en la arqueología incaica: el pavimento. A todo lo largo de las grandes habitaciones se extiende un pavimento uniforme de arcilla apisonada y endurecida a fuego. Sobre ella, el escombros del relleno, en el que han aparecido millares y millares de “tiestos”, de las más bella cerámica imperial incaica, pero, desgraciadamente, sin que ninguno de ellos permita la reconstrucción de una vasija completa.

Pero no fue sólo eso. Sino el descubrimiento de la estructura palacial del conjunto, con sus escaleras, que se hunden en la parte aún por excavar, de sus atarjeas para la conducción del agua, de sus pasillos que separaban unas habitaciones de otras. El pueblo, lo que hoy existe, debió crearse o fundarse, en época colonial posterior, quizá cuando el virrey don Francisco de Toledo reunió parcialidades indígenas en poblados. Y se fundó sólo en parte sobre los palacios de los incas.

En Ciencia no caben las fantasías, pero sí las hipótesis. El cronista Sarmiento de Gamboa habla de unos palacios que, en las proximidades del Cuzco, mandó construir Túpac Yupanqui. Otras crónicas hablan de los desplazamientos, con fines de recreo, de los incas a los valles de Chíncha y de Yucay (inmediato a Chínchero). Chínchero, por el camino de los incas, está a menos de 20 kilómetros del Cuzco, capital del Imperio. Si a esto añadimos el descubrimiento documental hecho por el director del Archivo Histórico de Cuzco, doctor don Horacio Villanueva Urteaga, quizá vaya perfilándose la importancia de las ruinas que la Misión española está excavando. Veamos.

Este descubrimiento ha sido hecho en un largo expediente o pleito por la discusión del reparto hecho en 1550 de tierras del Sol y del Inca en el valle de Yucay. A este pleito acompaña un plano somero —de escribano, que no de cartógrafo— en cuyo

extremo oriental figuran unas rayas y rectángulos con la siguiente inscripción:

“Esto es en la sierra, edificios viejos que dicen Chinchero”.

Si en 1550 —apenas 15 años después de fundada Lima— se habla de Chinchero como un conjunto de “edificios viejos”, es evidente que no se trata de un pueblo, sino de unos palacios abandonados. Las excavaciones de las futuras campañas dirán la última palabra.

Esto es, sencillo y claro, lo que significa la primera misión científica —arqueológica, histórico-artística y antropológica— española en el Nuevo Mundo, desde los días de la Independencia soberana de aquellas naciones. España ha anudado con aquellos grandes exploradores del pasado americano, como Martínez Campañón, Bernasconi, Estachería y Dupaix, que iniciaron la ciencia americanista moderna. Y lo ha hecho, lo cual tiene también su significado, en las tierras de los incas, estudiando primero que otra cosa, los restos venerales del pasado prehispánico de América.

*Pertenece a aquella brillante generación literaria, que en España adquirió su madurez al conmemorarse el tercer centenario de la muerte de don Luis de Góngora. Alternó con Federico García Lorca y Miguel Hernández; pero su obra está aún dispersa debido a los avatares que la vida le ha deparado. Cada año viaja a Italia, por invitación de Rafael Alberti, a quien acompaña en jornadas culturales de intensa resonancia. Cultiva la poesía y el ensayo con singulares re-
lieves.*

Rafael Alberti, gran desterrado

América está muy sola
todavía.
¡Qué cuerpo deshabitado,
piel de desértica vida!
Desde este balcón la veo
vacía.
Abajo, tierra sin nadie,
con las estrellas arriba.
Sola y lejana en su noche,
muy sola, pero encendida.

R. A.

Toda emigración es, casi siempre, la horrible consecuencia de una persecución o guerra civil, y ésta, la peor calamidad que puede caer sobre un pueblo. Hacer historia en España de estas calamidades, sería casi hacer la historia del pensamiento español. Casi toda ella, está en su mayor parte creada por los claros y fecundos españoles del éxodo y del llanto.

A principio del pasado siglo, comienza el verdadero drama histórico de España. La revolución y la contrarrevolución, se persiguen, se desalojan del poder, sin que ninguna de estas fuerzas en lucha se pueda imponer y crear una sociedad de un modo definitivo.

La base social de España, en este largo período histórico, sigue siendo la misma. Viven y se desarrollan incólumes en su degeneración, las clases privilegiadas, explotadoras y parasitarias. Las represalias políticas, en este largo período son siem-

pre de una terrible severidad. Y con el odio y las represalias, el problema histórico y social de España, va tomando año tras año una mayor complejidad.

Los hombres de inteligencia verdaderamente cultivada, huyen, dejando siempre un vacío imposible de llenar. Garcilaso, Vives, Quevedo, Cervantes, Goya, todos a lo largo de nuestra historia, sufren incompreensión y persecuciones, y la mayoría mueren lejos de la patria.

El pueblo explotado y sin derechos, ya desde el principio del siglo pasado, va perdiendo el respeto y el miedo a los caciques montaraces, que no sólo predicaban la violencia político-social, sino que la ejecutaban con sus propias manos. Las clases más elevadas económicamente y más incultas al mismo tiempo, capitanean siempre, a lo largo de nuestra historia, la represión policíaca. El inofensivo movimiento liberal español del pasado siglo, es reducido al silencio con la crueldad más salvaje.

Todo un siglo y medio de guerra civil, por querer instaurar, un sistema de libertad, con un pueblo en la miseria. Aquellos hombres de las Cortes de Cádiz y revoluciones posteriores, no comprendieron, en su mayoría, que el supremo valor político para un pueblo hambriento, no consiste en la libertad, sino en la igualdad. La fórmula inteligente de aquellos hombres y de aquellas Cortes, llamadas de la libertad, no era otorgar ésta a los proletarios sin tierra, sino dar la tierra a los que no tenían libertad. Esta vendría con esta sencilla fórmula. Pero tristemente, aquellos hombres blandos, bucólicos, enemigos de toda violencia, no realizarían nunca y serían barridos por la tiranía fernandina, y todas las demás tiranías, impuestas por la oligarquía.

La sociedad española, dando traspiés, partida en dos bandos, no deja lugar a la más mínima neutralidad, y así, gestándose año tras año la tragedia, desembocamos en la guerra civil española del 36 al 39.

Vencida una vez más, la causa popular, se inicia el éxodo más dramático y perjudicial de toda nuestra historia.

De aquella inmensa amargura, de aquella experiencia dramática, es el balance trágico del más masivo éxodo, en los hombres más eminentes de España, en la ciencia, en la cultura, en la milicia, en la cátedra y en la poesía. Quedaba intacta, a pesar de la derrota, la esperanza revolucionaria.

Fuera de España marcharon sus hijos más ilustres. Fuera de ella mueren, Alberto Sánchez, Ignacio Hidalgo de Cisneros, Pío del Río Ortega, Juan Ramón Jiménez, Sánchez Román, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Castelar y tantos otros. Los poetas pagan quizá, uno de los más altos tributos. Federico es asesinado en su Granada, en los olivares de Víznar. Don Antonio Machado muere en la misma frontera junto a su pueblo derrotado. Miguel Hernández, en una cárcel de Alicante, un 28 de marzo de 1942.

De toda la hecatombe, se salva, a veces milagrosamente, uno de los más altos valores de nuestra patria: el poeta, Rafael Alberti, el hombre más auténtico de toda su generación. El hombre más extremadamente bueno y sencillo, cuya obra genial, es el mejor aliento, el mejor regalo que a España puede legar un poeta fiel a su pueblo. El español errante siempre está entre nosotros. El poeta universal, que levanta tempestades de entusiasmo entre las jóvenes generaciones que escuchan sus poemas. El hombre que en su exilio, ahora cerca de la patria, tiene los brazos abiertos, a todos los españoles que llegan a su casa. El hombre firme, bueno, incorruptible, que cada día con nuevos libros, va dejando a España, una obra inigualable en fecundidad y grandeza.

* * *

Rafael Alberti, nace el 16 de diciembre de 1902, en el Puerto de Santa María, uno de los más bellos pueblos marineros de la bahía de Cádiz, conocido en todo el mundo por la producción y exportación de sus vinos y licores. Este hombre sin par, estaba destinado, no sólo a crear una extraordinaria obra poética, sino a seguir el camino duro y polvoriento de tantos españoles, que fuera de España, hacen que ésta tenga en el extranjero un prestigio que ellos, día a día, van forjando con su obra, siempre al servicio de la patria, temporalmente perdida.

Rafael Alberti, estudió parte del bachillerato en el colegio de los jesuitas de su pueblo. De él conserva el poeta, el recuerdo fresco de sus aires marinos, las horribles pesadillas de la educación jesuítica, y la huella indeleble de su primera Arboleda Perdida, recuerdo que lo lleva en el alma por todo el mundo, como una ventana fresca que airea sus tristezas. Sus primeros años ya lo van marcando, empujando hacia algo que después sería su destino y su gloria; su amor a la causa del pueblo, al que se entrega total y abnegadamente, al correr de los años. Los tiempos infantiles del colegio, la negrura de la educación en

el mismo, la discriminación entre ricos y pobres, marcan en el alma del niño Rafael, una huella imborrable. El, fue de los “externos”, es decir, de los que no podían alternar ni en los juegos, con los hijos de los señoritos andaluces, dueños de grandes haciendas y cortijos, que eran los “internos”, los privilegiados. Muchos años más tarde, el poeta entregado ya sin reservas a la causa popular, clama en patéticos versos.

*Eramos los externos,
Los colegiales de familias burguesas ya en declive.
La caridad cristiana nos daba sin dinero su cultura,
La piedad nos abría los libros y las puertas de las clases.
Ya éramos de esas gentes que algún día se las entierra de balde.*

Recordando las alegres mañanas infantiles, amargadas con las terribles penas negras del infierno, el poeta nos lleva de su mano, y nos abre el arco de sus pesadillas.

*Nos dijeron
que no éramos de aquí,
que éramos viajeros,
gente de paso,
huéspedes de la tierra,
camino de las nubes.
Nos espantaron las mañanas,
llenándonos de horror los primeros días,
las noches lentas de la infancia.*

Rafael permanece en el colegio y en su pueblo hasta el año 1917, que viene a vivir a Madrid con su familia. Tiene 15 años y su vocación es la pintura. Recordando sus años de infancia en el colegio nos dice: “Allí sufrí, rabié, odié, amé, me divertí y no aprendí casi nada durante cerca de cuatro años de externado”.

Ya en Madrid intenta estudiar y poner fin al bachillerato. Sin ganas, sin ilusión, aprueba algunas asignaturas y le suspenden en otras. Su vocación es la pintura. “Pocos adolescentes —nos dice— habrán estado tan convencidos como yo a mis quince años, de que su verdadera vocación eran las artes del dibujo y la pintura”.

Con su caja de colores, sus lienzos y sus lápices, permanece meses y años visitando el Museo del Prado, el Casón, y deambulando por las afueras de Madrid, pintando paisajes, obreros y niños vagabundos. Largas caminatas por todo Madrid y sus

alrededores, desorientado, sonámbulo, sin casi amigos, buscándose a sí mismo. Un hecho doloroso marca lo que sería su nuevo y definitivo camino. Una lesión pulmonar lo lleva a los pinares de San Rafael, cerca de Madrid, a curarse. Ya había comenzado hacía tiempo a escribir versos, pero allí se encuentra verdaderamente con su vocación, y la abraza definitivamente. En aquellos meses al aire puro de los pinares, en aquel paisaje lleno de hermosura, nace el poeta Rafael Alberti. "*Días estivales de reposo* —nos dice— *leyendo, escribiendo o absorbidos los ojos por el tranquilo viajar de las nubes*". En aquellos meses de reposo y cura, lee sus poemas a un joven amigo francés, que también enfermo busca el aire puro de la montaña. Estamos en los años 20 y 21. Aquel joven amigo francés, dieciocho años después, ya terminada nuestra guerra civil, se presentó a saludarlo en París. No habían vuelto a encontrarse y resultó ser el gran hispanista francés, Marcel Bataillon.

Rafael Alberti, trae consigo de su reposo cientos de poemas. La pintura, ya no le entusiasma demasiado. Sin embargo, su amigo, el escritor Juan Chabás, lo convence para celebrar una exposición en el Ateneo madrileño. Va conociendo a los jóvenes poetas mayores de su generación. El año 1921, Dámaso Alonso lo visita, lo anima y le entrega un libro suyo y en esta época, comienza a publicar sus primeros poemas en la revista Horizonte, que dirigía el poeta Pedro Garfias.

Comienza a nacer *Marinero en tierra*, su primer libro de poemas, que fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura, en un jurado compuesto por figuras tan eminentes como Antonio Machado, Gabriel Miró, Menéndez Pidal, Arniches y Moreno Villa. Estamos en 1924. Ya es un poeta conocido, y con la concesión del premio, comienza su larga y maravillosa carrera de perfección. En aquella época está lejos —creo que siempre lo estuvo por su gran originalidad— de todos los ismos. El nos dice: "*Lejos andaba yo por aquellos días de toda ingerencia o desorden ultraístico, persiguiendo una extremada sencillez, una línea melódica clara, precisa*".

La concesión del Premio Nacional de Literatura, le da al poeta una tremenda fuerza, para seguir escribiendo. Ser poeta, sobre todo en aquella época, era un acto verdaderamente heroico. Alberti nunca pensó presentarse a ningún premio, y es a la insistencia y consejo de dos amigos, Claudio de la Torre y José María Chacón, a quienes se debe la concesión este año de tan preciado premio, pues Rafael, un tanto tímido, no se hubiera presentado, como él mismo afirma. En el original de *Marinero en tierra*, al retirarlo después del triunfo, del Ministerio,

el poeta tuvo un maravilloso hallazgo. Nada menos que don Antonio Machado, había escrito una breve nota de su puño y letra que decía: "*Es el mejor libro presentado*".

Rafael Alberti continúa a partir de este momento escribiendo febrilmente, entregado totalmente a la poesía. Dos años después de *Marinero en tierra*, publica *La Amante*, editada en Málaga por Altolaguirre y Pradas. Al año siguiente nace *El alba del Alhelí*, y *Cal y canto*, en 1929.

Ya en esta época, Rafael Alberti, junto a la mayoría de los poetas e intelectuales españoles, es un heroico luchador contra la dictadura y la monarquía. Es el más clamoroso, el más auténtico de todos. Grandes manifestaciones de obreros, estudiantes e intelectuales, recorren las calles de Madrid, y las más importantes ciudades de España, vitoreando a la libertad y a la República. La caída de la monarquía era ya inminente. Las viejas instituciones, nada podían ya contra el clamor del pueblo por toda la geografía española. Por fin España iba a cambiar. El pueblo español iba a barrer, aunque muy superficialmente, la carroña de una Institución, siempre al servicio exclusivo de la oligarquía más inculta de toda Europa.

Este año precursor de 1930 el poeta no sólo es un hombre ya consagrado y popular, sino que le llega el acontecimiento definitivo de su vida. Encuentra a la que sería su mujer, la gran escritora María Teresa León, la compañera única de un poeta universal; esta mujer heroica, extraordinaria en todos los sentidos, es su colaboradora, y juntos recorren Europa, estudiando el teatro y los movimientos intelectuales, de aquellos años.

Juntos fundan la revista *Octubre* y asisten en el año 1934, al primer Congreso Mundial de Escritores, en Moscú. Este encuentro lo registra el poeta en el maravilloso poema que a continuación damos un fragmento:

"Retornos del amor recién aparecido"

*Cuando tú apareciste,
penaba yo en la entraña más profunda
de una cueva sin aire y sin salida.
Braceaba en lo oscuro, agonizando,
oyendo un estertor que aleteaba
como el latir de un ave imperceptible.
Sobre mí derramaste tus cabellos
y ascendí al sol y vi que eran la aurora
cubriendo un alto mar de primavera.*

El nuevo régimen republicano pone en pie de lucha y de entrega al servicio de la libertad, a todos los intelectuales auténticos de España. Aquellos años precursores marcan, no sólo una etapa histórica única en España, sino una nueva generación, la generación de la República. En ella no sólo están incluidos los más jóvenes, como Hernández y Cernuda, sino Rafael Alberti, al que yo llamaría rector y jefe de esta generación. El poeta se encuentra en estos años, 30 y 31, tan sumergido en la poesía y en los problemas fundamentales de España, que el mismo Azorín, en el diario monárquico A.B.C., dijo textualmente de él: "*Rafael Alberti, se vuelve hacia lo primario, lo fundamental, lo espontáneo: Rafael Alberti se vuelve, con los brazos abiertos, hacia el pueblo. En su desgano de los módulos citados, sólo el pueblo y sólo la naturaleza podían darle el punto de apoyo perdido y necesario*".

Año importante, como decimos, éste de 1930, en todos los ámbitos de la vida nacional. Es el año que Pablo Neruda, cónsul en Java, envía su *Residencia en la Tierra*, a sus amigos poetas y escritores de Madrid. El libro le llega a Rafael, que le entusiasma y lo lleva recitando sus poemas, a todos los jóvenes escritores españoles. Todavía no se conocen personalmente, pero ya están unidos para siempre. El libro se lo entrega a Rafael, el infortunado escritor chileno Alfredo Condón, que como todos sabemos, se suicidó de un tiro en la cabeza a su regreso a Chile.

Los años, 28 y 29, son para Alberti años muy decisivos, como hombre y como poeta. En estos años publica *Sobre los Angeles*, uno de sus libros más originales, más luminosos y más preferidos. Este maravilloso libro lo escribe en el pueblecito de Tudanca, en la montaña santanderina, en casa de su amigo, el escritor José María de Cossío. El tema de los ángeles es muy común entre los grandes poetas españoles. Pero el tema albertiano de los ángeles, es distinto de los demás poetas españoles.

El gran hispanista italiano Vittorio Bodini, señala en un documentado trabajo, una vastísima antología del angelismo, subrayando tres ejemplos, entre los más cercanos a Alberti. Para Bodini, los ángeles de Juan Ramón Jiménez, "*son trémulas palpitaciones cromáticas sobre las fronteras panteísticas del alma*". Los ángeles de García Lorca, están dentro de una iconografía católica, no propiamente religiosa.

Pero en Alberti, señala Bodini, "*La objetivación de estas misteriosas criaturas es perfecta. Es todo un mundo subalterno de*

atmósferas y estados de ánimo de las cosas, a las cuales, Alberti, da vida con una exactísima alucinación, reduciéndolas a lo esencial con operaciones que tienen la descarnada seguridad de una intuición matemática”.

Pero oigamos al mismo Alberti recordando sus ángeles, sus años 28 y 29, luchando con sus desesperados sueños, en su definitiva salida hacia la luz. “Yo no podía dormir, me dolían las raíces del pelo y de las uñas, derramándome en bilis amarilla, mordiendo de punzantes dolores la almohada. ¡Cuántas cosas reales, en claroscuro, me habían ido empujando hasta caer, como un rayo cruziente, en aquel hondo precipicio! El amor imposible, el golpeado y traicionado en las mejores horas de entrega y confianza; los celos más rabiosos, capaces de tramar en el desvelo de la noche el frío crimen calculado; la triste sombra del amigo suicida, como un badajo mudo de campana repicando en mi frente; la envidia y el odio inconfesados, luchando por salir, por reventar como una bomba subterránea sin escape. ¿Qué hacer, cómo hablar, cómo gritar, cómo dar forma a esa maraña en que me debatía, cómo erguirme de nuevo en aquella sima de catástrofes en que estaba sumido? Sumergiéndome, enterrándome cada vez más en mis propias ruinas, tapándome con mis escombros, con las entrañas rotas, astillados los huesos. Y se me revelaron entonces los ángeles, no como los cristianos corpóreos, de los bellos cuadros o estampas, sino como irresistibles fuerzas del espíritu moldeables a los estados más turbios y secretos de mi naturaleza. Y los solté en bandadas por el mundo, ciegas reencarnaciones de todo lo cruento, lo desolado, lo agónico, lo terrible y a veces bueno que había en mí y me cercaba”.

Ángeles bélicos, ángeles de la prisa, paraíso perdido.

*A través de los siglos,
por la nada del mundo,
yo, sin sueño, buscándote.
Tras de mí, imperceptible,
Sin rozarme los hombros,
un ángel muerto, vigía.
¿Adónde el Paraíso,
sombra, tú que has estado?*

Ángeles crueles, ángeles envidiosos, ángeles de la ira, ángel desengañado.

*Quemando los fríos
tu voz prendió en mí:
ven a mi país.*

*Te esperan ciudades,
sin vivos ni muertos,
para conocerte.*

—M: duermo.

No me espera nadie.

El mundo que se abre a Rafael Alberti con las luchas del año 1930 y el advenimiento de la República en 1931, es una nueva poesía popular y revolucionaria, en la que abandona totalmente las nebulosas surrealistas, como acertadamente señala Bodini.

El mismo año 1931, aborda el teatro con el estreno, en el Español de Madrid, de *Fermín Galán*, drama popular, que estrena Margarita Xirgu, en honor del capitán español de Jaca, fusilado por la monarquía unos meses antes. A pesar de la protesta reaccionaria, violenta y diaria, la obra se sostuvo más de un mes. Y Margarita Xirgu, fue abofeteada en el parque del Retiro, por una dama al parecer de la aristocracia, que de esta manera tan poco inteligente, protestaba del *Fermín Galán*.

El poeta sigue su camino. Va naciendo *El poeta en la calle*. Canciones proletarias, y nuevos viajes por Europa. Los nuevos poetas, los auténticos intelectuales, tienen ya una posición clara y rotunda, al lado del pueblo. Los partidos pedagógicos anteriores, como el de Ortega y Gasset, y la mayoría de la generación del 98, no tuvieron como ahora el apoyo popular. El espíritu de España había cambiado.

Los años de 1931 a 1936, en que estalla la guerra civil, son de intensa creación y actividad, para Rafael Alberti. Publica: *Consignas*, *Un fantasma recorre Europa*, *De un momento a otro*, *Nuestra diaria palabra*, *Romances de la guerra de España* y *El poeta en la calle*. Es nombrado secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Crea y dirige la revista *El mono azul* y forma parte de la redacción de *Hora de España*. Asiste en Valencia, al Congreso Internacional de Intelectuales, que tiene como personalidad paternal y extraordinaria a don Antonio Machado. Publica *Capital de la gloria*, en homenaje al heroísmo del Madrid sitiado, y jamás conquistado.

*Madrid sabe defenderse
con uñas, con pies, con codos
con empujones, con dientes
panza arriba, arisco, recto, duro.*

Llegamos a 1938. La guerra civil, sigue adversa para la causa popular. Marchan de España las Brigadas Internacionales y Alberti escribe, en homenaje a los gloriosos hermanos que nos dejaban, *Cantata de los héroes y la fraternidad de los pueblos*, que fue interpretada por la *guerrilla del teatro* del Ejército del Centro, en el teatro *Auditorium* de Madrid, bajo la dirección plástica de Ontañón y adaptación musical del maestro Leoz. Veamos un fragmento:

Yo soy España.

*Sobre mi verde traje de trigo y sol han puesto
largo crespón injusto de horrores y de sangre.*

Aquí tenéis en dos mi cuerpo dividido:

un lado, preso; el otro, libre al honor y al aire.

Palpitantes, partidas, rotas en dos y a hierro,

mis profundas entrañas de domadora y madre;

separadas a tajo las cuencas de mis ojos;

a tajo, el predominio de mis dos grandes mares.

Se va acercando el final de la guerra. Con la ayuda de los imperios fascistas, Hitler y Mussolini, la España heroica sucumbe a finales de marzo de 1939. El éxodo. El patético éxodo, jamás conocido en nuestra historia. El poeta se traslada a París. Por poco tiempo, pues Francia —que tan vilmente había traicionado a la democracia española— sucumbiría también, a los pocos meses al Moloch, sangriento.

Rafael marcha entonces a Buenos Aires, donde ha vivido veintidós años, y donde ha realizado una labor creadora, única en todos los sentidos. Nuevos libros. *Entre el clavel y la espada*, comenzado en París y que ve la luz en Buenos Aires en 1941. Más libros: *Pleamar*, *A la pintura*, *Ora marítima* y *Baladas y canciones del Paraná*, y *Sonríe China*, en colaboración con su esposa. Y nuevamente aborda el teatro, con nuevos estrenos; *El adefesio*, *El trébol florido*, *La gallarda*, etc.

El poeta ha terminado una obra gigantesca y viaja por el mundo. Cada año, nuevos libros surgen de su inmenso talento. Y la presencia de España, siempre en su voz, en su acento viril, inconfundible.

*Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río,
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!*

*Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por mi sombra.
busqué mi pueblo y mi casa.
Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.*

Van pasando los años. Nuevos viajes por todo el mundo, sobre todo Europa. En el barco que lo trae hacia Italia, sus ojos de desterrado, divisan en la lejanía, las costas de España. Nuevas tristezas y de nuevo su voz apasionada, habla a España.

*Quisiera cantar: ser flor
de mi pueblo.
Que me paciera una vaca
de mi pueblo.
Que me llevara en la oreja
un labriego de mi pueblo.
Que me escuchara la luna
de mi pueblo.
Que me mojaran los mares
y los ríos de mi pueblo.
Que me cortara una niña
de mi pueblo.
Que me enterrara la tierra
del corazón de mi pueblo.
Porque, ya ves, estoy solo
sin mi pueblo.
(Aunque no estoy sin mi pueblo).*

Siempre, como vemos, la presencia y el retorno de la patria perdida. Recitales y conferencias por toda la América española. Llegan a su casa de Buenos Aires, los viejos amigos, la vieja amistad, el fervor y la esperanza, nunca empañados. Llegan Ilya Ehrenburg y Rafael le dice:

*Volverte a ver es volver
a vernos dentro de España.
Es volver
a lo que nunca se ha ido
a lo que no se nos fue.*

Vuelve a su casa del Totoral en Córdoba. Nuevamente España, en las mañanas claras, en la infinita nostalgia de tantas

cosas idas. Don Antonio Machado, vuelve, una vez más, a su corazón:

"Descansa desterrado. . ."

Retorna Federico, "la sangre caída del mejor hermano".

*No tuviste tu muerte, la que a tí te tocaba.
Malamente, a sabiendas, equivocó el camino.
¿A dónde vas? Gritando, por más que aligeraba
no paré tu destino.*

El poeta en la voz de su Juan Panadero, ni se fue ni se perdió, como él nos dice. Juan Panadero de España, recuerda y envía su canto rotundo, a los mineros, a los trabajadores, al hombre nuevo de España, a nuestra Dolores:

*¡Lumbre que nos iluminas!
Dolores de los mineros
en el fondo de las minas.
Bandera de los caminos.
Pasionaria de las manos
de los pobres campesinos.
Sol grande, estrella Polar,
Dolores de los obreros
de la tierra y de la mar.*

Año 1963. Viaje a Italia y residencia en Roma. Ésta, la penúltima arboleda encontrada, hasta el definitivo retorno. Roma le ha dado, él se lo pedía en sus versos, a cambio de sus penas, muchas cosas entrañables. Amigos, y la Patria cercana. Nuevos libros desde Roma. *Sonetos romanos*, *Los ojos de Picasso*, y *Roma peligro para caminantes*.

Año 1965. Rafael Alberti es condecorado, el primero de mayo, de ese año con el Premio Lenin de la Paz.

Para cerrar este humilde trabajo, que no tiene más mérito que el amor con que está escrito, quiero terminar con unos fragmentos de Rafael, al recoger el mencionado Premio de la Paz. La belleza y el amor de sus palabras son para todos los hombres, pero muy especialmente para nosotros, españoles, que tanto amamos y admiramos a nuestro gran desterrado: "Yo soy Rafael Alberti, salido al mundo, desterrado, con parte de su heroico pueblo. Dolor sin fin de los campos franceses y africanos de concentración. Dolor, con llanto del mal pago de tantas democracias a la España viril que no quiso morir hincada de ro-

dillas. Dolor de distanciarse de su cautivo corazón traspasado. Dolor de tantas cosas. Dolor, dolor, dolor.

Yo soy Rafael Alberti, el español errante, desterrado, que como tantos miles empieza ya a perder la cuenta de los años. El que ahora pide ¡Paz!, grita, ¡Paz! ¡Paz luminosa para todos los hombres de la tierra!

Yo soy Rafael Alberti, ahora en Moscú, capital de la paz. La medalla de Lenin relampaguea en mi pecho. Soy premio Lenin de la paz. Que el corazón de España hoy se sienta también por él condecorado. Que mi canto se eleve si es posible hasta la altura de ese nombre. Cinco estrellas se encienden en el Kremlin sobre su mausoleo en la Plaza Roja. Cinco estrellas que velan en la noche por la paz de los cinco continentes y que de día, con el sol, siguen velando sobre las muchedumbres que acuden de los puntos más remotos a honrarle, pues fue el hombre inmortal que cambió los ríos de la historia del mundo.

Yo soy Rafael Alberti, un poeta español, una voz fervorosa en esas muchedumbres. . .”

* * *

ENVIO.— A los poetas, escritores, artistas, Rectores universitarios, profesores, hombres que representáis nuestra común cultura en toda la América Española.

Hace ya algunos años, el Rector Benítez, de San Juan de Puerto Rico, pidió oficialmente el Premio Nóbel de Literatura, para el gran poeta español Juan Ramón Jiménez. Premio que fue concedido por la clamorosa petición de todos vosotros, junto a los grandes méritos del poeta. Vosotros, siempre habéis sido fieles a nuestro espíritu, a nuestra lengua, a la universal voz de nuestros poetas.

Hoy yo, español humilde, fiel a nuestro común destino y civilización, os envío un ruego, que bien sé, está en la conciencia y en el deseo de todos vosotros. Mi ruego es *LA PETICION DEL PREMIO NOBEL DE LITERATURA*, para nuestro Rafael Alberti, el universal poeta de España.

Es obvio que yo quiera haceros una semblanza literaria del poeta. Todos conocéis su obra extraordinaria, que llegó hace muchos años, a la más elevada creación del espíritu humano. Honrar al poeta español con el Premio Nóbel, sería honrar nuestra común cultura. Sería honrar al mismo tiempo a César Vallejo, Rubén, Cervantes, Góngora, Antonio Machado... Sería honrar, una vez más, a España.

ROBERT F. HEIZER

Es profesor de Antropología en la Universidad de California, Berkeley, y director del programa de investigaciones arqueológicas de la Universidad. Ha dirigido numerosos proyectos de exploración arqueológica en Alaska, California y Nevada. Su estudio es una cabal exposición de los diferentes métodos que la ciencia contemporánea pone a disposición del arqueólogo para precisar la ubicación cronológica de los restos pertenecientes a las épocas más remotas. La versión española ha sido especialmente preparada por Hermann Ugarte Chamorro.

Datación de largo alcance en la arqueología

INTRODUCCION

Más allá de los límites en el tiempo, en que las fechas precisas para materiales arqueológicos, derivadas de la dendrocronología (estudio de anillos de árboles) y de los antiguos sistemas de calendarios o de las listas dinásticas —tales como los del Cercano Oriente y la América Central—, pueden revelarnos la edad de los restos arqueológicos, yace el largo pasado para el que hoy sólo se dispone de cronologías aproximadas y relativas. El presente trabajo se ocupa de los métodos y resultados del cálculo del tiempo prehistórico tal como se aplican o pueden aplicarse a los restos arqueológicos. Por uno u otro medio, puede fecharse casi cualquier hallazgo, a condición única de que se lleven a cabo el mínimo necesario de observaciones requeridas acerca de su ocurrencia. Pero, como la utilidad de una fecha arqueológica está en proporción directa a su precisión, el solo hecho de determinar, por ejemplo, que un objeto arqueológico data de la segunda etapa interglacial del Pleistoceno, no puede revelarnos mucho acerca de la posición relativa de los materiales culturales, ya que esa fase del Pleistoceno tuvo una probable duración aproximada de 200,000 años.

El propósito principal del prehistoriador es la interpretación cultural, y como este último es, fundamentalmente, un especia-

lista en el arte de la excavación, raras veces posee el entrenamiento requerido para hacer todas las observaciones químicas, físicas o geológicas necesarias a fin de llegar a las conclusiones que lo conducirán a determinar las fechas de los materiales que ha excavado. En suma, ningún individuo puede esperar ser lo suficientemente experto en campos tan variados como la física nuclear, la paleobotánica, la geología y la paleontología, para realizar los estudios que a menudo se requieren a fin de ubicar en el tiempo un hallazgo arqueológico. Por lo tanto, se impone la necesidad del acercamiento interdisciplinario, y éste se hace posible procurándose la asistencia de especialistas en aquellos campos que se relacionan directamente con cada situación particular. Johnson y Raup (1947, p. 63) observan: "A fin de alcanzar una comprensión cabal de la historia humana, los arqueólogos deben estar dispuestos a dedicar una cantidad creciente de su tiempo al estudio de los factores mediante los cuales puedan establecerse fechas. Esto implica, eventualmente, una amplia colaboración entre varios campos científicos".

Dado que el testimonio físico y cultural del hombre se halla considerablemente restringido a la época del Pleistoceno, es este segmento final del pasado geológico el que aquí interesa. Tres factores principales: 1) el aumento gradual en el número de Hominideos durante el período Pleistoceno; 2) la gradual aceleración cuantitativa de la cultura; y 3) las fuerzas destructivas de la naturaleza, tales como los procesos glaciales, la erosión y la deposición contribuyen, todos, a explicar el hecho indudable que la evidencia de la actividad humana está inversamente correlacionada con el tiempo pasado, de manera que en las más remotas épocas del Pleistoceno sólo pueden hallarse pocas pruebas de las acciones del hombre; mientras que en el período postglacial de los últimos 10,000 años aproximadamente, los restos son mucho más comunes. No es que carezca de importancia la evidencia de las más antiguas herramientas o huesos humanos, sino que ellas y quienes las hicieron son anónimos y, en el mejor de los casos, tan sólo imperfectamente conocidos. En las culturas prehistóricas posteriores ya se puede percibir cierta identificación de pueblos y cierta personificación de restos culturales. Compárese aquí la riqueza de detalle de los relatos de Movius (1949a) acerca de las culturas del Paleolítico Inferior en el Asia Meridional y Oriental, con el informe de Childe (1950) acerca de las migraciones prehistóricas europeas. En el Pleistoceno tardío comenzamos a ser capaces de vernos a nosotros mismos, de hablar concretamente de entidades raciales y culturales y de vincularlas con la protohistoria y el presente histórico. Por estas razones, entre otras, la cro-

nología del hombre es de particular interés desde que él mismo devino una forma abundante y comenzó a dejar tras de sí apreciables cantidades de artefactos diversos. Afortunadamente, este interés especial coincide con el hecho de que, a medida que nos aproximamos al presente, una cantidad cada vez más grande de evidencias físicas del medio ambiente del pasado ha escapado a la destrucción o a la alteración, quedando por lo tanto disponible para la observación relacionada con la cronología.

Es costumbre en la cronología arqueológica, distinguir dos clases de cálculos del tiempo: 1) el *directo* o absoluto, que expresa las fechas en años reales; y 2) el *indirecto* o relativo, según el cual la fecha de evidencia de una actividad humana se determina por asociación con algún *tertium quid*, por ejemplo, una característica geológica cuya fecha aproximada se conoce. En sentido estricto, el cómputo directo de fechas puede interpretarse como la asignación de la edad, en años, de un objeto "en sí" (*per se*), por lo que sólo se incluirían en esta categoría, objetos tales como las monedas con la impresión de la fecha en que fue acuñada, o la viga de un techo de madera cuya fecha de corte exacta puede determinarse por la cuenta de los anillos del árbol de que provino, o el material orgánico que puede fecharse de manera precisa mediante el método del radiocarbono¹. Otras determinaciones de edad para objetos prehistóricos individuales o depósitos culturales se fechan, con muy pocas excepciones, como habiendo sido depositados no antes de cierta fecha (*terminus a quo*), ni después de determinada fecha (*terminus ad quem*). Reflexionando sobre este asunto se llega a la conclusión de que no es el método lo que realmente importa sino su grado de certidumbre y precisión.

Podrá observarse que la extensión en que se puede aplicar una técnica para determinar fechas, depende de su importancia, pues si el método es de aplicación demasiado limitada, su valor quedará muy restringido, sea porque los requerimientos del material o la situación son tan específicos que sólo podría encontrárseles por rareza, o debido a la extremada complejidad de las técnicas empleadas en los procesos de laboratorio. Cuanto más

¹ Tanto las fechas que indican los anillos de los árboles, como las determinaciones de edad por el radiocarbono están sujetas a errores en lo que concierne a la deducción del tiempo preciso del pasado a que se atribuyen presumiblemente las muestras. Las vigas de madera pueden haber sido utilizadas de nuevo, y los materiales del radiocarbono estar expuestos a la contaminación. Por estas y otras razones, podemos tan sólo decir que las fechas deducidas de la cuenta de anillos de árboles y del C¹⁴ son, potencialmente y no automáticamente, medios de cómputo absoluto.

se acerque el método a la condición de ser aplicable mundial o generalmente, tanto más importante será.

CLASIFICACION DE LOS METODOS COMPUTADORES DEL TIEMPO

Salvo en aquellos casos raros en los que es posible determinar la antigüedad de un objeto *per se* (por el objeto mismo), todas las fechas se deducen por intermedio de la observación o la experimentación en una o más ciencias físicas o naturales. Por esta razón he preferido clasificar los diversos métodos de determinación cronológica, con relación al campo científico principalmente afectado.

Como el cálculo de fechas de los materiales arqueológicos se hace generalmente con referencia a la cronología de alguna serie de acontecimientos o procesos que estudian las ciencias naturales o físicas,² se deduce que cualquier secuencia cronológica producida dentro del período Pleistoceno puede servir, de alguna manera, para determinar la edad de esos materiales culturales. Esto es a lo que Oakley, en su trabajo que aparece en el capítulo siguiente de esta obra, se refiere como "las fechas R". En consecuencia, nuestra revisión de los métodos para el cálculo de fechas debe incluir una descripción y evaluación de la forma de ordenamiento en el tiempo de los acontecimientos y procesos del Pleistoceno.

I. METODOS EN LAS CIENCIAS FISICAS

1. *Astronómicos.*

Los resultados del esfuerzo más ambicioso y cabal para idear una cronología exacta para el período Pleistoceno han sido presentados por el geocronólogo británico, Frederick E. Zeuner, en

² De manera específica, se exceptúa aquí como método cronológico, aquél que usan a veces los arqueólogos o los geólogos que fechan los acontecimientos geológicos sobre la base de los tipos de artefactos que aparecen en los depósitos. Aunque éste sea, sin duda, en algunas situaciones un método aceptable, hay fuertes objeciones que se le oponen, tal como lo señalan Movius (1949b, p. 1447) y Zeuner (1950, p. 47). Ejemplos de cálculos cronológicos de estratos geológicos por los artefactos que contienen o con los que se asocian, se ofrecen en los trabajos de Högbom (1923), Buchner y Buchner (1940), Antevs (en Harrington, 1948, p. 120), y de Bryan (1950, p. 119).

sus dos libros, "El Período Pleistoceno" (1945) y "Fechando el Pasado" (1950). La base del esquema son los cambios en los elementos astronómicos de la inclinación del eje terrestre (oblicuidad de la eclíptica, con una periodicidad de duración media de 42,000 años), la excentricidad de la órbita de la Tierra (con una periodicidad de duración media de 92,000 años), y la longitud del perihelio (precesión de los equinoccios, con una periodicidad de duración media de 21,000 años). J. N. Stockwell, matemático astronómico americano, ideó las fórmulas para computar los cambios seculares de estos elementos, y el alemán Ludwig Pilgrim hizo los cálculos necesarios en 1904. En 1920, el físico y matemático servio Milutin Milankovitch, determinó las fluctuaciones de la radiación solar recibida por la atmósfera terrestre y poco después calculó, a pedido del climatólogo alemán, W. Köppen, los cambios de radiación en las latitudes de 55°, 60° y 65° durante los últimos 650,000 años. Köppen, interpretó entonces la gráfica de radiación de Milankovitch como representativa de las alternancias glaciales e interglaciales del Pleistoceno. Varios otros investigadores, entre los que Soergel y F. E. Zeuner son quizá los más conocidos, se han ocupado del desarrollo de la cronología astronómica del Pleistoceno, y no hay bajo ningún aspecto, un acuerdo uniforme en esta materia, sea con respecto a las causas de la glaciación o sobre la cronología absoluta.

Para una revisión de los puntos de vista divergentes de R. Spitaler, W. Wundt, y otros, consúltese Blanchard (1941), Flint (1945, pp. 27-29), Zeuner (1945, 1950), Braidwood (1946), Landsberg (1949); y Zeuner (1950, pp. 393-95) anota que varios geólogos encuentran que sus datos están de acuerdo con la cronología astronómica absoluta, y él mismo tiene cierta dificultad para responder a una serie de objeciones planteadas contra la "teoría astronómica". Zeuner (1950, pp. 44-45) considera como "valiosa evidencia que confirma la exactitud de la cronología astronómica de la Edad de Hielo del Pleistoceno y sus industrias humanas", los descubrimientos de W. H. Bradley, H. Korn, y G. K. Gilbert con respecto a los sedimentos en franjas del Eoceno, del Carbonífero y del Cretáceo como prueba demostrativa de la periodicidad de 21,000 años que se atribuye a la precesión de los equinoccios.

Para los prehistoriadores, la gran significación de la cronología astronómica del Pleistoceno estriba en que ha sido adoptada por Zeuner, quien ha intentado dar, de manera muy detallada, la cronología del hombre y la cultura durante los últimos 600,000 años. Desafortunadamente, la exactitud de la cronología

astronómica no parece contar hoy con el suficiente reconocimiento como para ser aceptada incondicionalmente por los prehistoriadores; y, donde algunos arqueólogos la emplean como "postulado" (Braidwood, 1946; Childe, 1950), otros (e.g. Mavius) la rechazan porque su precisión puede ser falsa. Hablando en forma general, los prehistoriadores se interesan mucho en el esquema Milankovitch-Zeuner pero prefieren aguardar a que sea comprobado antes de refundir la secuencia cultural Paleolítica en términos de fechas absolutas. Esta cautela es muy aconsejable pues nada hay que puedan ganar los arqueólogos arriesgando los resultados arduamente obtenidos de la cronología geológica relativa, contra un método de cronología absoluta que, si bien es atractivo, puede resultar engañoso.

2. *Geológicos.*

Entre todas las técnicas para lograr una cronología, las del campo geológico son las más numerosas. Entre los diversos investigadores americanos que han trabajado en el difícil problema de fechar los restos arqueológicos más antiguos por medio de métodos geológicos, los nombres de Ernst Antevs y Kirk Bryan destacan sobre todos los demás. Los verdaderos logros, en este sentido, se han debido en gran parte a sus esfuerzos. El cómputo geológico de fechas sirve dos propósitos principales: 1) el establecimiento de relaciones en el tiempo; y 2) permitir sacar determinadas deducciones con respecto a las condiciones biogeográficas y ecológicas del pasado.

Mavius (1949b, pp. 1448-49) dice:

"La arqueología prehistórica es una ciencia social, una subdivisión especializada de la antropología cultural, y los objetos de que se ocupa deben considerarse siempre como los productos imperecederos de la manufactura humana... La más sensata aproximación al estudio de una serie de herramientas de un horizonte dado, parece ser la que se logra mediante las ciencias naturales que tratan de la secuencia y correlación de sucesos —geológicos, climáticos y biológicos—, producidos durante el Pleistoceno. Como ellas son las únicas capaces de presentar los importantísimos factores íntimamente vinculados entre sí, como son los cronológicos y ambientales, el interés esencial que los arqueólogos de la prehistoria muestran por ellas puede resumirse de la manera siguiente: 1) Porque establecen una escala cronológica relativa mediante la cual pueden ubicarse en su secuencia apropiada los restos fósiles del hombre primitivo y sus vestigios culturales; 2) Por cuanto sirven al estudio del des-

arrollo de la tecnología y la cultura material, así como también de la supervivencia (o supervivencias) de antiguos hábitos o tradiciones de la manufactura de utensilios; y 3) Debido a que permiten la reconstrucción de las cambiantes condiciones ambientales (biogeográficas o ecológicas) que confrontó el hombre durante el Pleistoceno en sus esfuerzos por lograr el dominio sobre las fuerzas generadas por la naturaleza.

a) *Método Estratigráfico-geomorfológico.*— El método estratigráfico-geomorfológico descansa, como el término lo indica, en la estratificación geológica, cuya secuencia puede determinarse, y en características geomorfológicas tales como las terrazas y otros aspectos fisiográficos derivados de la deposición o de la erosión. El cálculo cronológico de evidencias humanas asociadas con tales características puede derivar de la identificación del estrato o carácter geomorfológico, por cuanto ambos se han formado bajo determinadas condiciones climáticas específicas, cuya posición aproximada en el tiempo, ya se conoce. Los descubrimientos arqueológicos deben hacerse en estratos cuya relación estratigráfica con los depósitos adyacentes pueda establecerse, o el estrato particular debe ser relacionado con algún acontecimiento geológico local, como formaciones de terrazas, riberas lacustres, depósitos glaciales, etc. La secuencia local debe ser entonces referible a alguna cronología más amplia, tal como la de la glaciación pleistocena, o a la historia climática postglacial. Los sitios expuestos al aire libre generalmente pueden fecharse con mayor facilidad por este método que los yacimientos de cavernas pues éstos, debido a la historia de la deposición dentro de una área cerrada, no pueden exhibir una estratificación que sea directamente referible a los estratos geológicos que se hallen fuera de la caverna.

La historia de los climas postglaciales en el Antiguo Mundo y en el Nuevo se conoce en nuestros días, de modo razonablemente preciso, a través de los estudios paleontológicos y palinológicos³. Antevs (1948, 1952) ha resumido la base para nuestro conocimiento de los climas postglaciales así como para la cronología de éstos, y sugiere el término "Neotérmico" para el período durante el cual la referencia principal es la temperatura. En el período postglacial distingue la edad "Anatérmica", que comienza aproximadamente el año 7,000 a. de C., "cuando la temperatura, en las partes meridionales de las áreas anteriormente cubiertas con hielo glacial, se había elevado hasta igua-

³ **Palinología**, es la rama de la ciencia que trata del polen y las esporas.

larse con la temperatura actual", y termina alrededor del año 5,000 a. de C. La segunda edad térmica postglacial, llamada "Altitérmica", queda comprendida entre los años 5,000 y 2,500 a. de C. y fue un período árido. Más o menos, desde el año 2,000 ó 2,500 a. de C. y extendiéndose hasta el presente, se tiene la edad "Meditérmica", que comenzó como un período relativamente frío y húmedo, para tornarse un tanto más caluroso. Es este marco de referencia dentro del cual pueden situarse, en la parte occidental de Norteamérica, tan numerosas secuencias arqueológicas, de acuerdo a su localización y estratigrafía. Los niveles de los lagos de la Gran Cuenca fluctuaron de acuerdo a estas alternaciones climáticas, y los estudios detallados de las líneas ribereñas hechos por Gilbert (1890), Antevs (1925, 1945, 1948), y Jones (1925) han conducido a una reconstrucción muy precisa de la historia de los lagos "pluviales". Las fechas postglaciales americanas descansan, en su esencia, en la cronología europea, la misma que se basa en la secuencia de varves⁴ glaciales y postglaciales, los que, a su vez, se correlacionan con la cronología de los varves americanos. Este asunto ha sido estudiado en detalle por Antevs en numerosos trabajos aquí citados. La fecha inicial de la Edad Meditérmica, sin embargo, ha sido independientemente determinada calculando el tiempo requerido para la actual concentración de sales en los lagos de la Gran Cuenca, que estuvieron secos durante la edad postglacial media (Altitérmica). Los estudios realizados por Van Winkle (1914, pp. 117-23) y Gale (1915, pp. 259, 263-64), de las salinas en el lago Owens, California, y en los lagos Albert y Summer, Oregón, demuestran que se requieren alrededor de 4,000 años para alcanzarse la concentración de sal en estos lagos (Antevs, 1938b). Este dato de tiempo en *ca* (*circa* (Latín) = alrededor de) 2,000 a. de C., es útil en los estudios cronológicos postglaciales, ya que marca el fin del óptimo climático del postglacial medio.

El desarrollo en el suroeste americano de lo que Bryan ha llamado apropiadamente el método de la "cronología aluvial" ha cubierto el período comprendido en los últimos veinticinco años. En toda esta área pueden identificarse tres formaciones aluviales, y la muy considerable cantidad de trabajos de investigación de estos horizontes ha sido bien compendiada por Bryan

⁴ **Varves**, arcillas. (Geol.) Arcillas patente y finamente estratificadas de origen glacial, depositadas en lagos durante la fase de retroceso de la glaciación. La estratificación sigue una sucesión estacional, y su estudio ha permitido al Barón de Geer establecer la cronología del Pleistoceno glacial. (Fuente: Diccionario Tecnológico de Chambers, 2ª Edición. Casanova, 220, Barcelona, 1964).

(1950). El colega de Bryan, J. T. Hack (1942, 1945) ha publicado dos estudios clásicos de este tipo. Otras ilustraciones del método son las que tratan la relación de los materiales arqueológicos con los depósitos geológicos en el oeste de Texas (Kelley, Campbell, y Lehmer, 1940); los cuidadosos estudios de Antevs (1941, 1949a) sobre la edad de los asientos culturales de Cochise; las investigaciones hechas por Bryan (1938) y Antevs (1949b) de los yacimientos de Clovis; el trabajo acerca de los depósitos aluviales y de dunas en Nuevo México, hecho por Bryan y McCann (1943); la revisión realizada por Judson (1949) de la estratigrafía del Plietoceno de Boston y su relación con la Boylston Street Fishweir; el monumental estudio de los depósitos del Pleistoceno en la India y sus relaciones con las culturas Paleolíticas, logrado por De Terra y Paterson (1939); y la obra de De Terra (1946; De Terra, Romero, y Stewart, 1949) sobre la estratigrafía, el clima, y las culturas del valle de México.

La interpretación de los niveles estratigráficos de los refugios en rocas o cavernas por correlación con los horizontes geológicos fuera de la caverna o con períodos de la historia climática, ha sido lograda con buen éxito por Antevs en Bat Cave, Nuevo México (Magelsdorf y Smith, 1949, p. 217), donde se manifestaba una clara secuencia climática; por Heizer y Antevs en Leonard Rockshelter, Nevada (Heizer, 1951); por Bryan (1950) en Ventana Cave, Arizona, donde las inferencias sobre los cambios climáticos del pasado, cuyas fechas aproximadas se conocen, permitieron señalar la edad de las diversas capas; por Bryan (1941) en Sandia Cave, Nuevo México, donde los depósitos estaban correlacionados con la cronología glacial; y por Bryan en el yacimiento de La Colombière, Francia (Movius, 1950). Laís (1941) discute la interpretación climática de los estratos de caverna, y Bryan (en Moss, 1951, p. 3) y Bryan y Ray (1940, pp. 55-46) discuten la interpretación de los problemas de la estratigrafía de cavernas.

b) *Asociación con depósitos glaciales.*— La historia de la Epoca Glacial del Pleistoceno, tal como queda registrada en la serie de secuencias de depósitos glaciales e interglaciales, ha sido tema de innumerables investigaciones. En el Boletín de la Sociedad Geológica de América (Bulletin of the Geological Society of America), Vol. LX, Nº 9 (Setiembre de 1949), los miembros del Comité sobre Interrelaciones de la Investigación del Pleistoceno, del Consejo Nacional de Investigaciones (National Research Council) han publicado un análisis de las tendencias recientes en la investigación del Pleistoceno. La exacta

cronología del Pleistoceno, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo, es incierta, aunque se da por sentado generalmente que la historia de los principales avances y retrocesos glaciales en correlación con el ascenso y descenso del nivel de los mares (cambios eustáticos) se ha debido a factores que han ejercido un efecto similar y sincrónico en ambos hemisferios. Ray (1949, p. 1471) dice: "Finalmente esta cronología (es decir, la del Pleistoceno) habrá de basarse en la serie de fluctuaciones climáticas de escala mundial, de las que, desafortunadamente, no se conocen hoy ni su causa ni su historia detallada". Se supone por lo general que las etapas glaciales de Europa y Norteamérica fueron sincrónicas, como lo indican las tablas de correlación presentadas por Bryan y Ray (1940, Tabla I), Bryan (1941, Tabla 1; 1950, Tablas 5-7), Flint (1947), y Deevey (1949, Tabla 6). La confirmación o negación de correlaciones absolutas de esta suerte puede resultar del análisis de una cantidad mayor de fechas de radiocarbono para acontecimientos del glacial y postglacial tardíos.

Como ejemplos de intentos afortunados en la determinación de las fechas de los depósitos arqueológicos, en cavernas o a cielo abierto, mediante la correlación con depósitos atribuibles a la glaciación montañosa y cuya posición se conoce dentro de la secuencia glacial pleistocena, pueden citarse los informes de Kimball y Zeuner (1947) respecto a la edad del Magdalenense en relación con las terrazas del Alto Rin; de Breuil y Koslowski (1931-32), que correlacionaron la sucesión cultural Paleolítica con las terrazas Pleistocénicas en el valle del Somme; de Bryan y Ray (1940), que fijaron la edad del asiento Lindenmeier, en Colorado, como equivalente a la del tercer avance de la capa de hielo de Wisconsin en las Montañas Rocosas; de Bryan (1941), que correlacionó los depósitos de Sandia Cave, Nuevo México, con la cronología glacial; de Schultz y Eiseley (1936), quienes llegaron a la conclusión que la cantera de bisontes Scottsbluff, en Nebraska, fue ocupada al mismo tiempo que el yacimiento Lindenmeier; de De Terra y Paterson (1939), quienes asignaron los complejos de artefactos de la India a etapas de la glaciación Himalaya; de Bryan (Movius, 1950), que logró fechar el refugio rocoso de la Colombière, Francia, de acuerdo con los depósitos glaciales; de Hack (1943) y Moss (1951), que atribuyen la edad del yacimiento Finley, Wyoming, al cuarto avance glacial Wisconsin (W4); y de Schultz y Frankforter (1948), que identifican el asiento de Lime Creek, Ft-41, por estar situado en la base de la Terraza 2, con una fecha correspondiente al Pleistoceno tardío.

Mientras no se comprenda mejor la cronología absoluta del Pleistoceno, tales "cálculos de fechas" como los que se aplican a los asientos arqueológicos en función del avance o retirada del hielo del Pleistoceno, son tan sólo conjeturas basadas en una supuesta correlación entre columnas estratigráficas independientes. Así, al avance glacial Mankato se le asignan diversas fechas por el método del radiocarbono, (que explicaremos más adelante) en alrededor de unos 11,000 años; por Antevs, sobre la base del recuento de varves, en más o menos, 20,000 años (Antevs, 1948, p. 2); por Schultz, Lueninghoener, y Frankforter (1951, p. 35), sobre la base de estudios de terrazas, en Nebraska, en 7,000 a 8,000 años; y por Bryan y Ray (1940, p. 68), en cerca de 25,000 años.

c) *Secuencia de varves glaciales*.— La palabra sueca *varve* fue propuesta por el Barón Gerard de Geer en 1912, como término internacional para designar el depósito anual de cualquier sedimento, con prescindencia de su origen. Con el último retroceso hacia el norte de los hielos Würm, en Europa, y de los hielos Wisconsin, en Norteamérica, se depositaron en los lagos de agua deshelada situados frente al hielo, delgadas capas de material finamente dividido (cieno y arcilla). Cada año se depositan dos "miembros", que juntos forman un varve: una capa delgada y finamente dividida en el invierno, y una capa más gruesa en el verano. El mérito de haber logrado la primera valuación de las posibilidades geocronológicas de los varves postglaciales se ha otorgado con justicia a De Geer, y el desarrollo del método y los resultados obtenidos se han debido en gran parte a él y a sus diversos discípulos. Los trabajos de Sauramo en Finlandia, de Antevs en Norteamérica, y de Lidén en Suecia, son de fundamental importancia para el desarrollo de la (late= reciente, última, moderna, tardía) cronología glacial y postglacial.

A medida que el hielo retrocedía y se asentaban los varves de agua fundida, los depósitos anuales de un lago serían parcialmente anteriores (es decir, más antiguos), que en otro lago situado un poco más al norte. Esta circunstancia de superposición permite el rastreo geográfico por la secuencia de las series de varves. Los métodos de campo y de laboratorio para el recuento, registro y correlación de las series de varves, son complejos, y el lector puede consultar los trabajos de Antevs (1922; 1925, capítulo III; 1928), de Sauramo (1923), de Geer (1929, 1937, 1940), y de Zeuner (1950, pp. 23-26). Todos estos documentos contienen extensas bibliografías.

La cronología sueca basada en los varves, data de la época de retirada de los hielos, desde el extremo sur hasta las altas

montañas, donde se dividió la capa de hielo. En el lago Ragunda se añadieron unos 3,000 varves más a la escala del tiempo, y entre ellos, había uno notoriamente grueso que De Geer tomó para señalar la fecha de la bipartición del hielo. Como este varve conspicuo podía reconocerse ampliamente, De Geer lo adoptó para considerarlo como el comienzo del postglacial y lo denominó "varve-cero", anteponiendo el signo aritmético + a todos los varves superyacentes, y a todos los varves subyacentes y anteriores, el signo — (menos) (De Geer, 1940). En la parte central del norte de Suecia, R. Lidén (1913, 1938) encontró varves postglaciales que proporcionaban el vínculo con el presente, y con éstos De Geer pudo fechar su "varve-cero" en el año 6839 a. de C. durante el cual se había depositado. En Finlandia, M. Sauramo ha dirigido investigaciones de varves cuyas cuentas han sido correlacionadas con la serie sueca (De Geer, 1943; Zeuner, 1950, p. 32) para producir la cronología varve fino-sueco combinada. M. Vierke (1937) ha revisado la importante cuestión de las morrenas y los límites de la última glaciación en Europa septentrional. No hay acuerdo general alguno acerca de la fecha inicial de las series exactas o probadas de varves. De Geer sugiere 18,000 años; Antevs cree que su máxima exactitud es de 13,500 años a. p. (antes del presente); y Zeuner (1950, p. 45) insinúa 10,000 años.

Antevs ha contado los varves del glacial tardío en Norteamérica, entre Nueva York y el norte de Ontario. Aquí, desgraciadamente, no sólo hay algunas lagunas en la serie, —que deben llenarse por cálculo y extrapolación— sino que, además, no puede determinarse el ancla histórica o terminal, de modo que la cronología varve norteamericana se halla aún flotando en el tiempo. Antevs, plenamente informado de las dificultades, ha propuesto una correlación de las series de varves fino-suecas y norteamericanas, a través de los acontecimientos que se consideran sincrónicos con la mayor oscilación de la retirada de los hielos (Antevs, 1947, 1948). Bryan y Ray (1940, pp. 52-69), después de haber revisado los datos de varves norteamericanos, sugieren una reducción de fechas.

A la luz de las afirmaciones que preceden, resulta ahora claro que, si el Atlántico puede medirse cronológicamente por medio de la cronología de varves, tenemos a nuestro alcance un método de gran utilidad para el cómputo del tiempo. La correlación hecha por Antevs de los acontecimientos generales europeo-americanos, tales como la detención de la retirada de los hielos, acompañada de una notable deposición de morrenas, sugiere la existencia de determinados bloques de tiempo mayores para los var-

ves situados a ambos lados del Atlántico; y esto parece razonable. Pero se duda mucho acerca de la afirmación hecha por De Geer, en el sentido de que las variaciones "anuales" en series de varves tan distancias como las de Islandia, India, Chile, Nueva Zelandia y Africa Oriental, puedan fecharse *directamente*, según la escala de tiempo fino-sueca (De Geer, 1921, 1929, 1934; Reeds, 1929; Zeuner, 1950, pp. 38-43). De Geer aplica el término "teleconexión" a este método de correlación mundial. La señora E. H. De Geer (1942) en una revisión de las dataciones de las etapas glacial tardía y postglacial, según el método de las arcillas varves y el de los anillos de árboles, ha sugerido la posibilidad de aplicar este método combinado, en una escala mundial.

En resumen, la cronología varve del Pleistoceno tardío y postglacial es bastante fidedigna para los últimos 10,000 años aproximadamente (Antevs dice que para los 11,400 últimos años) en la región del Báltico, pese a que no se han publicado, de manera adecuada, los datos críticos de Lidén que prueban el vínculo histórico (Childe, 1950, p. 4). También hay incertidumbre con respecto al carácter anual de todos los varves que se han contado (Flint, 1945, pp. 12-21; Zeuner, 1950, pp. 35-36); y Goldthwait (1938) cree que, como quiera que la retirada de los hielos fue irregular, el registro de varves quizá no constituya un método de calcular el tiempo, tan exacto como generalmente se piensa.

Aunque el cálculo de fechas mediante los varves glaciales se considera comúnmente como representativo de un método *directo* de cómputo cronológico, el hecho de que no haya ejemplo alguno de materiales culturales asentados en los depósitos de varves (el esqueleto de Minnesota no se admite aquí como tal —véase Antevs, 1938—) aclara el punto en cuestión de que, aunque la cronología *per se* puede ser una anual, que cubra los últimos 10,000 años o más, es *indirecta* cuando se le aplica a la arqueología. Lo que puede asociarse con los varves, es una línea ribereña antigua, o una zona de polen, o una edad climática (temperatura), en cuyos casos es posible señalar su fecha por el método de cómputo cronológico a base de los varves, y la asociación de éstos en otras partes con restos arqueológicos dará una fecha aproximada para los artefactos descubiertos. Childe (1950, p. 4) y Zeuner (1950, p. 46) aclaran este punto, y la afirmación de este último, es digna de citarse:

"Hablando en términos generales, se dispone de dos modos de enlazar los hallazgos prehistóricos a los cálculos de var-

ves. El primero, es aplicable a los descubrimientos hechos en Finoscandia, en playas elevadas que representan ciertas fases en la evolución del Mar Báltico el que, a su vez, puede ser correlacionado con secciones-varve. El otro, se basa en los hallazgos hechos en turbas u otros sedimentos orgánicos o semi-orgánicos. La fase climática durante la cual se formaron estas capas es a menudo determinable por medio de la investigación botánica, y como el desarrollo climático de las épocas Glacial y Postglacial tardías dependió del retroceso de los hielos, se puede, en consecuencia, establecer conexiones con las fases del Báltico, con ciertas morrenas, o hasta con secciones de arcillas varves. Es evidente que, de esta manera, las fechas obtenidas por el método de los varves pueden vincularse con ciertos acontecimientos de la historia climática y, por lo tanto, con determinados horizontes arqueológicos; pero, debido a diversos factores intermediarios, la labor que demanda el cálculo de fechas está destinada obligadamente a progresar con lentitud, y los resultados, por lo general, son dignos de confianza tan sólo dentro de ciertos límites”.

d) *Cambios en el nivel de las líneas ribereñas.*— A veces se puede fechar evidencias de antigua ocupación humana con referencias a su ubicación en líneas ribereñas o en su inmediata proximidad, que marcan los niveles anteriores de lagos y mares y que han sido alteradas, sea a causa del hundimiento o del levantamiento del terreno (cambios del nivel del mar debidos a la isostasia), o a causa de cambios mundiales en el nivel del mar, (cambios eustáticos en el nivel). Así Mathiessen (1927, Parte 1, pp. 6-10, 129-30) logró señalar un levantamiento de playa de unos 5 a 10 metros en la región central esquimal desde la ocupación de ésta por el grupo cultural Thule, y por ello explicar el abandono del área por esta gente a causa de la poca profundidad del mar. Como no se conocía la proporción en que se produjo el levantamiento ribereño, no pudo hacerse el cálculo del tiempo que se requería. Una situación similar observada por J. Bird, con respecto a la ubicación de *Middens*⁵ prehistóricos en el Canal Beagle, al sur de Tierra del Fuego, condujo a importantes conclusiones cronológicas. Determinando el índice mínimo del levantamiento en 0.75 metros por cada 300 años, calculó que la edad de tales yacimientos no era menor de 1,800 años (Bird, 1938, pp. 262-64; 1946, p. 21). En

⁵ **Kitchen midden** = Montón de materiales de desperdicio (basurales), mayormente conchas y huesos, asociados con cenizas, que indican el emplazamiento de los hogares en ciertos lugares de habitación del hombre primitivo.

el sur de Nueva Inglaterra se ha estudiado el asiento de Grassy Island por Johnson y Raup (1947) y por Deevey (1948), con el resultado de haber deducido evidencia de que el índice de levantamiento postglacial del nivel del mar es, más o menos, de un pie por siglo, y por este medio se ha calculado una fecha aproximada para el asiento mencionado. Rouse (1951, pp. 21-34), ha inferido ingeniosamente la cronología arqueológica de Florida, por correlación de su estratigrafía con el nivel eustático del mar. Greenman y Stanley (1940; y también Greenman, 1943) han logrado hábilmente señalar la fecha de varios asientos en Ontario por el índice del descenso del nivel de las aguas de la etapa Nipissing, Canadá, y el grado de inclinación postglacial isostática de la región de los Grandes Lagos. El tema de la estabilidad litoral con referencia a los hacinamientos de conchas, ha sido estudiado por Goldthwait (1935) para Nueva Inglaterra, y Greengo (1951) ha resumido la información relativa a California. Existe una literatura muy extensa sobre el tema de las fluctuaciones eustáticas del nivel del mar (cf. Blanc, 1937; Zeuner, 1945, cap. IX; Flint, 1947; Zeuner, 1950, pp. 127-29) y las playas y terrazas talasostáticas correlativas. Bradley (1938) demuestra cómo la arqueología podría sacar provecho del estudio de los núcleos de sedimentación en las profundidades del mar (que trataremos más adelante) mediante la demostración de los cambios climáticos y la correlación con los niveles del mar en el Pleistoceno.

En la región báltica los cambios isostáticos en el nivel de las tierras, resultantes de la elevación de los litorales, pueden proporcionar importantes deducciones para la arqueología. De este modo, se correlacionan los asientos de la cultura Ertebölle ("Kitchen-midden") con la línea de playa del Mar Littorina, en el sur de Finlandia (resumen en Zeuner, 1950, Fig. 20; Clark, 1936; Movius, 1942). Muchas fases de la historia postglacial del Báltico están directamente asociadas con depósitos de arcillas varves, y los cambios en la salinidad del Báltico (e. g., entre las fases del Lago Ice y del Mar Yoldia) han dejado sus huellas en los varves. Es así como se han correlacionado el Mar Littorina con los varves, señalándose su fecha en años, de manera que la cultura Ertebölle y otras culturas escandinavas están fechadas en forma indirecta, pero más o menos precisa (cf. Nilsson, 1935). Sobre las líneas ribereñas levantadas, las morrenas y los depósitos de arcillas varves, raramente pueden haberse asentado capas de turba cuyo análisis permite asignar a la asociación de la flora particular, una fecha aproximada o máxima, en función del recuento de varves.

En la árida región de la Gran Cuenca del lejano oeste norteamericano se han preservado abundantes evidencias de antiguos lagos pluviales de agua dulce, bajo la forma de antiguas líneas de playa y depósitos sedimentarios en los que pueden encontrarse artefactos (Antevs, 1925; Jones, 1925; Blackwelder y Ellsworth, 1936; Hubbs y Miller, 1948). Debe observarse una importante precaución cuando se asocian restos de artefactos superficiales con antiguas líneas de playas, y cuando de esto se deduce que la cultura fue contemporánea con el nivel del agua en los tiempos en que se formó la playa. A fin de comprobar tal correlación, debe establecerse que los restos de la fase cultural no se encuentren en un nivel inferior al de la línea ribereña, pues si éste fuera el caso, se negaría la comunidad temporal específica así como la fase cultural. En la región desértica del sur de California, donde hay evidencia abundante de lagos del Pleistoceno y postglaciales, los arqueólogos y los geólogos han trabajado juntos en la presentación de un cuadro detallado de la asociación de materiales culturales con ciertas líneas ribereñas, determinando así la fecha de las culturas mediante el análisis de la historia de los lagos (Campbell y otros, 1937; Antevs, 1937). Sin embargo, este nítido cuadro dista mucho de ser tan convincente como parece, pues la correlación de culturas y líneas ribereñas queda puesta en tela de juicio por el hallazgo de implementos de piedra similares, en elevaciones *más bajas*, los que se habrían sumergido en la época en que se supone existía dicha cultura (Rogers, 1939, p. 43). El hecho de que ninguno de los implementos de piedra hallados en las antiguas playas, esté desgastado por el agua, demuestra también que resulta insostenible la contemporaneidad exacta de la playa y de las herramientas. Zeuner (1950, p. 232) ha estudiado la relación de los niveles del lago Fayum con asientos Paleolíticos.

e) *Valuación a base del índice de formación de meandros en el canal de las corrientes de agua.*— A raíz de la publicación por Fisk (1944) sobre la geología del valle aluvial inferior del río Mississippi (véase también Matthes, 1951), los arqueólogos vieron ante sí una cronología ya hecha, aunque tosca, para aquellos emplazamientos que ocupan posiciones en antiguos cauces. Las potencialidades del método fueron observadas anteriormente por Chawner (1936, pp. 238), Kniffen (1936, p. 417), y Osborne (1943).

Fisk determinó, mediante aerofotografías, la secuencia de los cursos fluviales y diseñó cuidadosamente un mapa de éstos. El cálculo del índice de progresión de los meandros se obtuvo

de observaciones hechas desde 1765, y el curso de la corriente principal se identificó a intervalos de 100 años, para los últimos 2,000 años (etapas de meandro Nos. 1-20). Los arqueólogos pueden marcar la ubicación de establecimientos prehistóricos en el mapa de meandros, y determinar de este modo la fecha mínima o *terminus ad quem* de cada asiento. Los detalles del método y su aplicación práctica se hallan contenidos en los informes recientes de Ford (1951, 1952) y de Phillips, Ford, y Griffin (1951, esp. pp. 295-306).

El valor del método reside en la ductibilidad de sus fechas, que pueden ser exactas dentro de un siglo, aunque en muchos casos sólo puede dar una fecha, a base del estudio de los meandros, que resulta mínima, cuando, en realidad, puede ser más antigua. Así, Ford (1951, p. 19) llega a la conclusión que el asiento Marksville fue ocupado poco tiempo después del año 300 d. C., y que el vecino asiento Greenhouse fue abandonado antes del año 1,500 de nuestra era, y dice: "Este es un largo intervalo cronológico que deja mucho margen de tolerancia para adivinar el verdadero período de ocupación". El cálculo absoluto de fechas de acuerdo a la cronología de los meandros, a través de las etapas 1-20, puede ser realmente tal como lo propuso Fisk (1944), pero este asunto deberá comprobarse por los métodos de los anillos de árboles (cf. Hawley, 1941; Bell, 1951) o del carbono¹⁴. La adición lograda por Krieger (1946) de la dendrocronología del suroeste, por medio del intercambio de fragmentos de cerámica (*sherds*) encontrados en los asientos del valle del Bajo Mississippi, ha sido comprobada por Phillips, Ford y Griffin (1951, Fig. 60) en su ensayo de correlación de establecimientos humanos y cursos de meandros, con el resultado de haberse encontrado una razonable correspondencia. El método de los meandros de las corrientes fluviales es importante por cuanto constituye una verdadera promesa de ser finalmente un medio fundamental de ayuda para encuadrar la prehistoria de los Estados Unidos dentro de un marco cronológico preciso; y cuando esto se lleve a cabo, probablemente se podrá extender las fechas de horizontes hacia áreas periféricas que exigen un ordenamiento cronológico.

f) *Cálculo de la velocidad en la migración de dunas.* — Strong (1935, pp. 236-39) discute la relación de las dunas en los alrededores de Signal Butte, Nebraska, y concluye que "el tiempo estimado del movimiento de dunas... debe corresponder aproximadamente a la edad mínima del depósito eólico en la cima del Signal Butte". Las observaciones y datos pormenorizados sobre las que se apoyan sus cálculos no se han publica-

do, pero Strong estaba entonces bastante seguro del método, al proponer un fecha de 8,000 a 10,000 años para los depósitos del Nivel I de Signal Butte. Una reciente investigación del mismo asiento induce a Bliss (1950) a sugerir una fecha reducida de 3,000 años para el estrato I de Signal Butte.

g) *Cómputo basado en la deposición de travertino.*— El problema del cálculo del crecimiento de las estalactitas y estalagmitas ha dado lugar a la acumulación de una extensa bibliografía (e. g., Farrington, 1901). Gran parte de esta literatura tiene poca o ninguna relación posible con la arqueología, pero C. V. Allison, después de hacer un estudio general del asunto (Allison, 1923), procedió a aplicar los datos a la solución del problema de la antigüedad de los depósitos en Jacob's Cavern. Missouri (Allison, 1926). Sus conclusiones acerca del asiento son quizá las más notables que se hayan ofrecido para cualquier emplazamiento prehistórico en lo que se refiere a precisión de fechas absolutas. El documento de Allison, aunque notable por su ingenio, no parece convincente en vista de las numerosas suposiciones contenidos en él. Las contribuciones de Starmans (1947) acerca de los depósitos de solución de estratos formados en cavernas, con un método para el cálculo del promedio de acumulación, y las aportaciones de Swinnerton (1925) al calcular el tiempo transcurrido desde la deglaciación Tazewell en Ohio, basándose en la precipitación de travertino en los manantiales por estimación del promedio anual de acumulación, y teniendo en cuenta variables conocidas, son de interés y posible aplicación a la arqueología.

Los depósitos de tufo calcáreo que pueden correlacionarse o que están asociados con materiales arqueológicos pueden contribuir a la solución del problema de determinar los índices de deposición de las formaciones geológicas (Clark, 1938; Rietch, 1938). Las fases climáticas pueden determinarse por las capas de estalagmitas en las cavernas (Zeuner, 1945, pp. 20, 176) y por lo tanto pueden contribuir al cálculo de la fecha relativa de los materiales arqueológicos hallados por encima o por debajo del estrato de cal, como en Sandia Cave, Nuevo México (Bryan, 1941, pp. 49, 52); en la Gruta del Observatorio, Mónaco (Boule y Villeneuve, 1927); en la cueva de Pin Hole, Inglaterra (Armstrong, 1939); en la cueva Castillo, España (Obenmaier, 1924); en los depósitos de travertino Ehringsdorf, Alemania (Soergel, 1926); y en varias cuevas italo-francesas (Zeuner, 1945, pp. 179-82).

h) *Diversos procesos geológicos del Pleistoceno de valor cronológico determinable.*— El siguiente resumen se refiere a varios

métodos diferentes para el cálculo cronológico del Pleistoceno y postglacial mediante la extrapolación de los índices de valuación de los procesos. La mayor parte de éstos están resumidos por R. F. Flint (1945).

El valor cronológico calculado para la regresión de las Cataratas del Niágara y de St. Anthony ha sido diversamente utilizado para determinar la duración del tiempo postglacial (Flint, 1945, pp. 3-7), pero en esta estimación intervienen demasiadas variables para que las cifras puedan considerarse fidedignas. Parte de la garganta ha sido reexhumada y por ello los cálculos no son aplicables a todo el período Mankato posterior. Armstrong (1936) ha calculado la antigüedad del hombre en Africa por la cantidad de erosión del álveo en las cataratas Victoria.

El promedio cronológico de la regresión de las escarpas talladas por las olas en el lago Ontario fue calculado por Coleman (1914) en un esfuerzo para determinar la cantidad de tiempo transcurrido desde la retirada de los hielos. Este método y sus resultados fueron objeto de una revisión crítica por Spencer (1917).

Wright (1912) intentó determinar la cantidad de tiempo postglacial en una localidad de Ohio, mediante extrapolación hacia atrás, partiendo de un dato de erosión de arroyos, de valor conocido aunque corto, para establecer el tiempo requerido para la erosión del valle fluvial íntegro. La cifra obtenida es, ciertamente, demasiado pequeña. Sayles (1937) sugiere un método para el control de otros cálculos de tiempo postglacial, mediante el estudio de la erosión de corrientes fluviales postglaciales consecuentes.

El cálculo cronológico del proceso formativo de deltas fluviales para obtener estimaciones de tiempo, se ha aplicado al río Bear, Columbia Británica (Hansen, 1934); el río Fraser, Columbia Británica (Johnston, 1921); el río Nilo, Egipto (Ball, 1939); y el río Muota, Suiza (Heim, 1894; Collet, 1925).

La profundidad de la zona lixiviada y oxidada en los depósitos glaciales (barro glacial, gravas, o loess) en Iowa, fue estudiada por Kay (1931) y sus cálculos para la duración del Pleistoceno (700,000 años) y del avance Mankato (hace 25,000 años) han sido muy usados. El cálculo de 25,000 años de Kay, se derivó de la valuación cronológica del proceso de recesión de las Cataratas del Niágara y es, por lo tanto discutible. Sin embargo, todavía se aceptan las duraciones "relativas" del Pleistoceno basadas en la lixiviación del post-Mankato. Thornbury (1940)

hizo estudios análogos de acarreo glaciales en Indiana, empleando la cifra de Kay, de 25,000 años, para el tiempo post-Mankato; y, midiendo la profundidad de la lixiviación y calculando el índice cronológico de formación de *gumbotil*⁶ obtuvo estimaciones de tiempo ligeramente diferentes para la duración del Pleistoceno.

Sayles (1931) estudió la estratigrafía de Bermuda, que consiste esencialmente en eolianita calcárea alternada con arcillas rojas y pardas, que son producto de descomposición de la eolianita subyacente. Los suelos arcillosos se han formado, según se cree, durante los períodos interglaciales, de alto nivel del mar y de vientos menos fuertes, que los que caracterizaron a los períodos glaciales. Empleando la medida de Kay para el Mankato posterior (25,000 años) se calcularon los valores de las unidades de tiempo Pleistoceno.

Leverett (1930) estudió el grado de pérdida erosional de las diversas capas de acarreo glacial en la Cuenca del Mississippi, adoptando asimismo como medida de cálculo la del período post-Mankato, o sea, 25,000 años según lo propuesto por Kay. Los resultados son un tanto, pero no extremadamente, diferentes de los obtenidos por Kay y Thornbury. Holmes (1935) hizo un estudio similar de la erosión de un valle interglacial en la parte central de Nueva York, utilizando un cálculo de la unidad post-glacial, de 20,000 años.

3. *Basados en la Radiactividad.*

La determinación de la duración del tiempo geológico por la medida de los productos de desintegración de los elementos radiactivos se ha usado desde hace mucho y sus métodos y resultados pueden encontrarse fácilmente (Holmes, 1931; Goodman, 1942). De interés fundamental para los arqueólogos son dos métodos de cómputo cronológico mediante la radiactividad, ya que proporcionarán fechas comprendidas dentro del pasado reciente. Estos son, la técnica del radiocarbono (carbono¹⁴) para calcular la edad de materiales orgánicos; y el método de la razón proporcional del elemento químico radio para el cálculo de la edad de ciertos sedimentos estratificados tales como las arcillas várnicas glaciales y los depósitos del fondo de los océanos.

⁶ **Gumbotil. (Webster).** Arcilla oscura, lixiviada, no-estratificada y muy pegajosa, que se forma por la intemperización (o meteorización) de barro glacial. Para mayores referencias consúltese Lobeck (1939); Fay (1920); así como el Oxford English Dictionary, o el Diccionario de Mill.

a) *Método del carbono radiactivo (C^{14})*.— El desarrollo de esta técnica data de 1931 cuando, en la Universidad de Chicago, se detectó una radiactividad desconocida. En la década siguiente se identificó dicha radiactividad como la del carbono 14 cuyo origen se encontraba en la alta atmósfera, donde la radiación cósmica produce neutrones que se convierten en radiocarbono por reacción con el nitrógeno, de acuerdo a la fórmula: neutrón + N^{14} = protón + C^{14} . Estos átomos de carbono se combinan con el oxígeno de la atmósfera para formar bióxido de carbono, de la misma manera como lo hace el carbono ordinario (C^{12}), y tal como se propagan a través de la biósfera. Una extensa aplicación técnica de los principios en que se basa este método ha sido recientemente publicada por W. F. Libby (1952), del Instituto de Estudios Nucleares de la Universidad de Chicago, quien ha sido en gran medida, el autor principal del desarrollo y aplicación de dicho método (véase también Merrill, en 1948; Deevey, 1951a).

Los átomos del C^{14} tienen una vida media de $5,568 \pm 30$ años. En el proceso vital de intercambio de oxígeno en las plantas y los animales, la cantidad de absorción e incorporación de radiocarbono es suficiente para producir un nivel de equilibrio con el de la atmósfera. De esta manera los organismos poseen, durante su vida, una actividad específica de 15.6 desintegraciones por minuto, por cada gramo de carbono en sus cuerpos. Una vez que cesan la vida y la absorción de C^{14} , y que el equilibrio se paraliza, ocurre la desintegración radiactiva del C^{14} , y después de 5,568 años esta actividad habrá decrecido a 7.8 desintegraciones por minuto por cada gramo de carbono. Una vez establecidos estos hechos, se realizaron muy amplias pruebas de laboratorio, de muestras orgánicas de material vivo provenientes de varias latitudes, altitudes y localizaciones geográficas, lográndose como resultado, la confirmación del valor del C^{14} para la materia viva (Libby, Anderson, y Arnold, 1949). El siguiente paso consistió en examinar muestras antiguas cuya edad ya se conocía, a fin de comprobar la suposición de que el nivel de radiocarbono del pasado reciente ha sido el mismo que el de la actualidad. Estas pruebas confirmaron dicho supuesto, por cuanto la cantidad de carbono radiactivo presente resultó ser igual a la pronosticada (Arnold y Libby, 1949). La fase final de la investigación de Libby ha estribado en determinar la edad de numerosas muestras de edad desconocida, y para mediados de 1951 ya se tenían hechas unas 300 muestras. La edad de éstas oscilaba desde unos cuantos siglos hasta más de 20,000 años. La lista de materiales y sus fechas por el radiocarbono han sido publicadas en varias ocasiones (Arnold y Libby, 1950; Arnold y Libby, 1951; Flint

y Deevey, 1951; Johnson, 1951; Libby, 1951). La valuación crítica realizada por expertos, de las series de fechas determinadas por el radiocarbono, ha aparecido en varios artículos (Flint y Deevey, 1951; Godwin, 1951; Johnson 1951). La opinión de la mayoría es que el método es bueno, siempre que se observen las debidas precauciones para seleccionar las muestras que no hayan sido contaminadas por la adición de radiocarbono proveniente de materiales más recientes (véase las discusiones de Bartlett, 1951; Flint y Deevey, 1951, 1951, pp. 259-60; Bliss, 1952; Libby, 1952, pp. 42-43).

Para la determinación de fechas, Libby (1952, p. 43; véase también Collier, 1951, p. 6) recomienda las cantidades y materiales siguientes, como las más convenientes (en el orden dado): carbón de leña (1 onza) o material orgánico carbonizado tal como huesos sumamente quemados (2 libras); madera bien preservada (2 onzas); hierbas, telas, y turba (2 onzas); astas (de ciervo) bien preservadas y sustancias córneas similares (2 ó 3 libras); conchas no alteradas y bien preservadas (4 onzas).

Las fechas derivadas de la medida del nivel de radiactividad del C^{14} no son precisas ni absolutas, sino que están acompañadas, en cada caso, de un error probable de ± 100 a 1,200 años, siendo la magnitud del error, en parte, una función de la edad del material. Se presume que este error no debe exceder el error de la muestra modelo en el recuento de series de 48 horas. Si se ampliara el período de recuento el error podría reducirse a fin de lograr una mayor exactitud. Por otra parte, la suposición de que los sucesos fortuitos son la única causa de los errores, puede ser sobradamente falsa. La importancia de este error ha sido comentada por Collier (en Johnson, 1951, p. 47), como sigue:

La cifra de error dada, representa la desviación standard de la media (un sigma). Esto significa que hay una probabilidad en tres para que la verdadera fecha caiga fuera de un sigma, y una probabilidad en veinte para que caiga fuera de dos sigma. Usando la muestra 75 (2665 ± 200) como ejemplo, hay una probabilidad en tres de que la verdadera fecha de la muestra caiga fuera del alcance o rango 2465-2865, y una en veinte de que esté fuera del rango de 2265-3065.

Con el establecimiento de laboratorios de C^{14} en la Universidad de Columbia, en la Universidad de Michigan, en la Universidad de Pennsylvania, y en la Universidad de Yale, se pueden

esperar mayores refinamientos de este método. Aunque la utilidad del método de datación por el radiocarbono sea restringida, debido a las limitaciones impuestas por la duración de la vida media y la baja actividad específica del C^{14} , se ha llegado, no obstante, a importantes conclusiones sobre la base de determinaciones de edad de una serie numerosa de muestras orgánicas cuyo carácter es principalmente geológico. Así, Flint y Deevey (1951) señalan que las fechas de ciertos acontecimientos ocurridos al final de la última edad glacial, parecen ser muy anteriores de lo que se suponía hasta ahora; que las fechas de radiocarbono para efectos climáticos y glaciológicos específicos en el norte y oeste de Europa, así como en el norte y centro de Norteamérica, demuestran ser estrechamente equivalentes, de manera que la posibilidad de correlación intercontinental de dichos acontecimientos se ve, de este modo, notablemente fortalecida; y que, si las valuaciones de tiempo para los procesos geológicos, botánicos, o pedológicos —tales como el retroceso del hielo glacial, la sucesión de plantas postglaciales, o la lixiviación del carbonato de calcio de los suelos,— pueden ser determinadas dentro del alcance efectivo del método del radiocarbono (*id est*, 20,000-30,000 años), se puede usar estas cifras para asignar valuaciones cronológicas, o tiempo transcurrido, por extrapolación, a fin de prefijar horizontes que podrían abarcar teóricamente el lapso total del Pleistoceno. Es de principal importancia la datación de la sub-edad glacial Mankato de la glaciación Wisconsin; pues todos los cómputos de fechas para el Pleistoceno Norteamericano se basan en la fecha supuesta de 25,000 años (Kay, 1931) desde el máximum del Mankato, habiéndose usado esta cifra durante mucho tiempo, como se detalla en otra parte de este documento, para el cálculo de la edad del Pleistoceno y sus subdivisiones. Flint y Deevey aceptan la fecha del C^{14} de 11,000 años para el máximum glacial del Mankato, aunque no así Antevs; y Moss, (1951, pp. 79, 81) y Schultz, Lueninghoener, y Frankforter (1951, pp. 35-37) tratan tentativamente la fecha Mankato procurando el logro de una adaptación geológica.

Aunque la datación límite de 20,000-30,000 años impuesta por el método del radiocarbono es probable que incluya la mayor parte del período de presencia del hombre en el Nuevo Mundo, la verdadera restricción del cálculo de fechas arqueológico, consiste en la exigencia del uso de materiales orgánicos inalterados que, en muchos casos, no serán accesibles.

b) *Método del Radio*.— Merrill (1948) discute brevemente el método de datación mediante la actividad del radio. Este método no puede aplicarse directamente a especímenes arqueológi-

cos, mas puede servir para la determinación de la edad de sedimentos en los cuales puedan haber restos arqueológicos, o con los que puedan correlacionarse los depósitos en que se acuse la presencia de la actividad del hombre y de este modo, proporcionar in liirectamente una fecha arqueológica.

Piggot y Urry (1942) determinaron la radiactividad de muestras de núcleos de sedimentos marítimos profundos, en varios puntos situados a lo largo de tales núcleos. Se supone que esta actividad es causada por una cantidad constante de uranio y una cantidad adicional de ionio y radio. Estos dos últimos elementos se reducen con el transcurso del tiempo, desde su valor inicial hasta las cantidades que están en equilibrio radiactivo con el uranio presente. El análisis matemático de la variación de la radiactividad con la distancia desde la superficie hacia el centro del núcleo de la muestra, conduce a una datación de cada punto analizado a lo largo del núcleo. Las partes más jóvenes pueden ser fechadas hasta dentro de los 100-200 años, y la determinación de edad máxima es aproximadamente de 300,000 años. En dos núcleos, en el punto preciso en que se identificó una capa característica de ceniza volcánica, se determinaron edades de 13,000 y 13,100 años.

El fondo oceánico, más allá de las plataformas continentales sumergidas, está cubierto con sedimentos que se acumulan a un ritmo excesivamente lento. Unos cuantos pies de espesor de estos sedimentos pueden proporcionar un registro continuo de la historia de los acontecimientos terrestres durante el último millón de años. Urry (1948a) llega a la conclusión de que los estudios preliminares llevados a cabo hasta ahora indican que "los efectos de la glaciación sobre áreas del hemisferio norte muy distanciadas entre sí, son aproximadamente contemporáneos", observación ésta que será de suma importancia en la datación arqueológica, ya que puede ser el medio de fechar y correlacionar los fenómenos glaciales en ambos lados del Atlántico (Bramlette y Bradley, 1940; Flint, 1945. p. 49; Kuenen, 1946; Pettersson, 1950; Zeuner, 1950, pp. 334-37, 401; Ovey, 1951).

Urry (1948b) ha estudiado el contenido de radio de las arcillas varves e indicado un método según el cual se pueden fechar los varves individuales por su radiactividad, de manera muy similar a como se calculan las fechas de los sedimentos marítimos profundos. Se indica de este modo un posible control del método de datación por la cuenta de varves anuales de Antevs y de De Geer, y un medio para determinar la solución de continuidad temporal exacta de las diversas lagunas que presen-

tan las series de varves norteamericanos contadas por Anteys. El contenido de radio de las porciones de verano y de invierno de los varves Hartford varía rítmicamente. Cuando los contenidos de radio de los varves de verano y de invierno se trazan contra el tiempo (tal como se les mide por el método standard de cuenta de varves), exhiben buzamientos de signo opuesto. Esta variabilidad permite a Urry calcular la edad de varves individuales, y da el ejemplo del varve N° 3700, que tiene una edad de 18,000 años sobre la base de la curva de invierno; y 17,700 años de edad, sobre la base de la curva de verano.

Schlundt y Moore (1909) tomaron en cuenta el método de datación por el radio para el travertino depositado por las aguas termales en el Parque Yellowstone. El travertino está cubierto por los detritos depositados por la más reciente acción glacial en la localidad de Mammoth Hot Spring. Encontrando que el travertino primitivo contenía alrededor de 1 por ciento de la cantidad de radio que contiene el travertino que se está depositando ahora, y suponiendo que ambos depósitos originalmente contenían el mismo nivel de radio, puede calcularse la cifra aproximada de 11,200 años (casi exactamente la edad del Mankato máximo, sobre la base de las fechas de radiocarbono recientes) usando la cifra de 1,690 años para la vida media del radio.

En cada una de las investigaciones descritas anteriormente no se ha hecho, ni puede hacerse, cálculo alguno de fechas de implementos o huesos humanos; pero los métodos son, no obstante, importantes desde el punto de vista de que ayudan a erigir una cronología mundial del Pleistoceno y del postglacial que permitirá a los arqueólogos fechar aquellos hallazgos que ocurran en ciertos contextos geológicos.

4. *Pedológicos.*

Del estudio de los suelos puede extractarse una cronología relativa, sea computando el índice cronológico de la formación y desarrollo o intemperización de los suelos, o deduciendo de la ubicación y naturaleza del suelo, las condiciones climáticas bajo las cuales se formó, y mediante esto, llegar a una fecha, por correlación, con la secuencia climática de otro modo establecida (Thorp, 1949).

Aunque Nikiforoff (1942, p. 850) dice, "no conocemos la velocidad del desarrollo de los suelos", se ha logrado progresar en el problema del valor cronológico de la evolución del suelo en situaciones específicas, como lo atestiguan los datos ci-

tados por Zeuner (1950, pp. 342-43), Li (1943), y Hunt y Sokoloff (1950, p. 110). El método esbozado por Siniaguin (1943) para determinar la edad absoluta de los suelos midiendo la concentración estratigráfica y la migración de los fosfatos no ha sido revisado, por lo que yo sepa, por otros trabajadores. Aunque se admita sin reservas que las condiciones estratigráficas específicas puedan variar, parecería que hay un número suficiente de métodos cronológicos que podrían adoptarse para resolver el problema de la datación de un gran número de casos particulares de perfiles de suelos, de manera que se deduzcan algunas ideas bastante específicas del factor tiempo que ha participado en su formación. Podría sospecharse que la razón de que sepamos tan poco acerca de las valuaciones cronológicas del desarrollo de los suelos radica en que los pedólogos, en general, carecen de una conciencia histórica.

La importancia de los suelos en la interpretación de problemas arqueológicos puede apreciarse refiriéndonos a los trabajos de Louis (1945), Leighton (1934, 1936, 1937), Piggott (1949), Storie y Harradine (1950), Bourdier (1947), Guillien (1950), Alimen (1950), Alimen y David (1949), Clark (1936), Bryan y Albritton (1943), Bryan (1948), y Moss (1951, p. 40). Hayden (1945) demuestra cómo la concentración de sal en los cimientos de los muros de adobe varía debido a la evaporación del agua subterránea, y cómo puede usarse este hecho para diferenciar las relaciones de tiempo de las diversas secciones de un yacimiento en Arizona. Cook (1949, *passim* = en varias partes—, esp. pp. 23-24) ha publicado un excelente estudio de la deposición de los suelos en México y ha hecho algunas observaciones sobre el grado de intemperización del suelo. Los métodos del petrólogo especializado en sedimentos pueden ayudar en la comprensión de problemas pedológicos, tal como lo ilustran los trabajos de Krynine (1939), Cailleux (1946), y De Heinzelin (1946); y el análisis químico de los depósitos puede asimismo proyectar luces en la observación de los procesos de deposición y de alteración post-deposicional (Allison, 1926, p. 318; Buehrer, 1950). Arrhenius (1931) en un estudio del contenido de ácido fosfórico de yacimientos suecos, descubrió que no era posible usar medidas cuantitativas de ácido fosfórico para determinar la edad de los yacimientos, pero señala que se puede identificar fácilmente la ubicación de yacimientos mediante la química de los suelos.

V. P. Sokoloff (1952) ha propuesto un método cronológico que depende de la determinación de los patrones de distribución y de las magnitudes de las trazas de ciertos minerales y metales (zinc, cobre, estaño, plomo, oro, manganeso, fósforo, nitrógeno,

etc.) en los yacimientos arqueológicos y, la comparación de es datos con las series de control provenientes de ~~tapas~~ de yacimientos cuya edad se conoce, le permite deducir la ~~edad~~ del nivel fechado, mediante el cálculo del grado de disipación de los elementos traza. Las cantidades originales de los elementos traza que son vestigios químicos de los productos derivados de la habitación (humana) difícilmente pueden deducirse con precisión, aunque el estudio minucioso de los componentes de residuos de desechos (cf. Cook y Heizer, 1951) puede dar luces sobre la variedad y la cantidad de recursos alimenticios explotados por los aborígenes. Sokoloff (1952, p. 281) dice que los basurales (o restos de cocina) de Chinchifoonie, en Georgia, "bien pueden tener aproximadamente unos 100,000 años", pero sería deseable revisar esta asignación de edad con otros métodos, antes de aceptarla.

5. Químicos

a) *Análisis químico de huesos*.— Las diferencias gruesas en el peso, color y densidad de los huesos humanos y animales descubiertos bajo diferentes condiciones, saltan a la vista. Aunque hay ejemplos bien probados de huesos fuertemente mineralizados que, como resultado de haber estado sujetos a soluciones en una situación específica, no tienen más de unos cuantos siglos de edad (Vinton, 1951), es cierto por lo general, no obstante, que el grado de fosilización constituye una medida aproximativa de edad (Rogers, 1924; Paine, 1937; Barber, 1939). Los huesos, sin embargo, son un complejo intrincado de compuestos orgánicos e inorgánicos cuya exacta naturaleza, hasta aquí, tan sólo se comprende de manera imperfecta (Jaffe y Sherwood, 1951), y las alteraciones cualitativas que se producen en los huesos en su larga permanencia bajo tierra son asimismo complejas y sólo vagamente conocidas. Es evidente que cualquier intento de rastrear la alteración progresiva de los constituyentes óseos a través del tiempo, con la esperanza de asignar al proceso cierto valor o coeficiente y de este modo deducir una cronología, debe lograrse mediante la investigación del grado de permanencia o cuantía de la alteración de aquellos constituyentes que ofrecen una conducta ordenada, antes bien que fortuita.

Gangl (1936) estudió el contenido de grasa de una serie de huesos europeos, y sus hallazgos indican que esta substancia perduró varios milenios después de enterrados, pero que está sujeta a una gradual disminución. Los datos de Gangl, sugieren un medio de deducir la edad en años dentro de un alcance de

\pm 500 años, aunque habría que observar que en yacimientos al descubierto de California no queda resto alguno de grasa en los huesos humanos después de estar sepultados durante 100 años (Cook y Heizer, 1947, p. 207). Thunberg (1947) estudió el contenido de ácido cítrico de material óseo medioeval y prehistórico, con resultados que indican una alteración progresiva de este componente, la misma que puede usarse como una medida aproximada de edad. F. E. Koby determinó que la osteína de los huesos provenientes de las cavernas de St. Brais en las Montañas Jura contenía 0.0213 por ciento de nitrógeno comparado con 0.055 por ciento en huesos frescos, 0.022-0.023 por ciento en huesos de 2,000 años de edad, y 0.015 por ciento en huesos del período Auriñaciense del Paleolítico Superior (Vaufray, 1949, p. 161). Tanabe (1944) informó acerca del contenido de calcio y de fósforo de huesos humanos procedentes de un montículo de conchas japonés, y Watanabe (1950) examina la relación de los suelos de montículos de desechos (*midden*) con la mineralización ósea en yacimientos japoneses. Además, su estudio incluye un valioso compendio de trabajos similares anteriores.

La afinidad de los iones libres del elemento flúor, existente en el agua subterránea, con la hidroxiapatita de los huesos induce a la formación de flúorapatita, mineral en extremo estable y notablemente resistente a la lixiviación, intemperización, u otra alteración. Con el transcurso del tiempo, la flúorapatita sufre un aumento cuantitativo gradual y progresivo. Como el nivel del flúor de las aguas subterráneas variará, quizá no exista comparabilidad directa alguna en el contenido de flúor en huesos de la misma antigüedad pero provenientes de diferentes regiones. Por lo tanto, el valor fundamental para la cronología, del contenido de flúor en los huesos, yace en la distinción de las edades *relativas* de diferentes huesos que proceden del mismo depósito. El método del flúor para el cómputo relativo de fechas tiene una larga historia (Oakley, 1950) pero puede decirse que comenzó con el trabajo de Middleton (1844), y su cumplimiento práctico fue llevado a cabo por el mineralogista francés, A. Carnot (1893). Una reciente reanimación del interés por el método de datación por el flúor, principalmente debida a K. P. Oakley (1950), ha restablecido su valor como un medio de distinguir las edades relativas de ciertos materiales esqueléticos humanos que se sostiene son muy antiguos. Como ha puntualizado Oakley (1950, p. 45), el método del flúor "no es aplicable en regiones donde el flúor es excesivamente abundante, o en regiones tropicales de intemperismo tropical donde la mineralización puede ocurrir rápidamente y de manera casual".

Durante los últimos cinco años se ha llevado a cabo, en la Universidad de California, un programa de investigación acerca de la naturaleza y grado de alteración química de los constituyentes de los huesos humanos arqueológicos. Para los yacimientos prehistóricos de la parte central de California parece prevalecer una concordancia general entre el grado de mineralización de los huesos humanos y su antigüedad y que, específicamente, el contenido de agua y de materia orgánica en los huesos humanos tiende a disminuir de una manera relativamente ordenada con el transcurso del tiempo (Cook y Heizer, 1947; Heizer y Cook, 1949, 1952; Heizer, 1950; Cook, 1951a, 1951b). Hasta este momento, aún no se ha desarrollado un método cronológico basado en la mineralización de los huesos, pero hay buena evidencia que indica que tal método es posible, y la investigación prosigue teniendo en cuenta esta finalidad.

b) *Intemperización de las rocas y la pátina u oxidación de la superficie de los pedernales.*— El cálculo de Matthes (1930, pp. 70-72) del tiempo transcurrido desde la glaciación Illinoiense sobre la base del grado de intemperización de un dique de aplito (roca ígnea) en el Parque Nacional de Yosemite, ilustra el método de la intemperización de las rocas para deducir el tiempo geológico. En Arqueología, un ejemplo de la misma técnica ha sido expuesto por Schofield (1932), quien calculó el tiempo requerido por la intemperización del granito para deducir la edad de algunas pinturas rupestres bosquimanas en Sud Africa. Tales cálculos, en el mejor de los casos, pueden dar tan sólo la magnitud relativa del tiempo transcurrido, no siendo posible ningún cálculo de tiempo preciso.

La pátina u oxidación de la superficie de las herramientas de piedra depende de varios factores: el material mismo, las condiciones a que han estado sometidas las herramientas desde que fueron labradas, y la duración del tiempo en el que las herramientas han quedado sujetas a la alteración sobre la superficie del suelo o por debajo de éste. Service (1941) ha sostenido que la pátina lítica es tan variable que no resulta útil como criterio de edad; pero Rogers (1939, pp. 19-20) ha podido asignar edades "relativas" de herramientas de piedra sobre la base de su tipo y grado de oxidación de superficie (pátina), en el sur de California (cf. Lauder milk, 1931), al igual que Kelly (1938, pp. 3-6) en Georgia, y De Terra y Paterson (1939, pp. 328, 333-34) en India. Renaud (1936, pp. 5-7) trata las diferencias de pátina en los petroglifos como medio de distinguir la secuencia relativa de estilos. Hue (1929) informa sobre los resultados de experimentos de laboratorio que abarcan un período de 20 años,

acerca de la pátina de pedernales franceses, y Gehrcke (1933) discute la datación de las piedras de pedernal, midiendo el espesor y tipo de pátina. Señala que la alcalinidad del suelo es decisiva en este respecto; e informa haber realizado un experimento de laboratorio sometiendo pedernal a una solución de NaOH al 10 por ciento durante seis meses, y obtenido como resultado, la formación de una pátina de 0.3 mm. de espesor. De esto, calculó que en los suelos alcalinos se formaría una pátina de 1.0 mm. de grosor en 8,000 años, y deduce la fórmula $t = 8.000 \times d$, donde t es el tiempo en años, y d es el espesor en milímetros de la blanca pátina resultante del entierro en suelos alcalinos. Gehrcke calcula que las herramientas de pedernal de La Micoque tienen 24,000 años de edad, pero la opinión arqueológica es que su edad se acerca más a los 100,000 años. La inexactitud del método de Gehrcke reside, cuando menos en parte, en la brevedad del período de sus observaciones controladas (seis meses), lapso, que parece muy corto para la extrapolación retrospectiva hasta los 24,000 años o más.

Hasta aquí, podemos llegar a la conclusión de que la pátina de los pedernales es principalmente útil como un medio de distinguir las edades relativas de los diferentes conjuntos de implementos procedentes de una misma región, y que la utilización del método de Gehrcke para el cálculo de la edad absoluta por medio del espesor de la pátina es inexacto e inseguro.

6. Geofísicos

a) *Paleomagnetismo*.— Según Folgheraiter (1896), Robert Boyle ya sabía, a fines del siglo XVII, que en las partículas magnéticas de ladrillos cocidos al fuego se producía una orientación magnética permanente, y que ésta coincidía con la dirección del campo magnético de la tierra. Esto fue confirmado por dos trabajadores italianos, S. Gherardi y M. Melloni, en 1853. En el siglo pasado se han llevado a cabo una cantidad muy grande de experimentos y observaciones con respecto a la dirección del campo magnético de la tierra en el pasado. El material preferido de laboratorio ha sido la cerámica antigua de fecha conocida dentro de cuyas paredes las partículas magnéticas quedan orientadas y encerradas una vez que han sido sometidas al fuego y que todavía retienen su orientación original. El magnetismo remanente en la cerámica es tratado por Folgheraiter (1896, 1897a, b, 1889 a-d), Carlheim-Gyllenskiöld (1897), Mercanton (1920a, b, 1907, 1910a, b, 1918, 1923), Raymond (1904, 1910), Guebhard (1909, 1910), Vire (1909), Koenigsberger (1933), y Thellier (1951). Aunque esta documentación pueda

parecer extensa, no es sino una fracción de la bibliografía total sobre el tema. De vez en cuando los arqueólogos han visto la posibilidad de asignar fechas a las muestras de cerámica, determinando la orientación de las partículas magnéticas del cacharro e identificando la fecha con referencia a la gráfica de la curva periódica de la inclinación del campo magnético de la tierra. Desafortunadamente, el método no es tan simple como parece, en gran parte debido a que la dirección del campo magnético en el pasado sólo se comprende de manera incompleta. Además, hay factores que complican la cuestión, tales como la exigencia de tenerse que conocer la posición de la vasija cuando fue sometida al fuego, ya que si ésta ha vuelto a recalentarse (como es el caso de una olla de cocina), la orientación magnética original se altera. Parece, sin embargo, que si se concibiera un plan que asegurase muestras de cerámica que pudieran fecharse de manera precisa mediante algún *tertium quid*, como el de los anillos de árboles o el radiocarbono, sería posible graficar adecuadamente, remontándonos hacia tiempos pretéritos, la secular variación de la declinación magnética, y lograr de este modo un calendario al que pudiera referirse la orientación magnética de la cerámica de edad desconocida (cf. Jones, 1928). Gehrcke (1933, p. 49) apreciaba esta posibilidad cuando afirmó: "Man wird nun, vorausgesetzt dass man eine genügende Menge empirischen Materials hat, umgekehrt aus der grösse des remanenten Magnetismus von Gesteinen das absolute Alter derselben zu bestimmen vermögen, und man kann auch aus den Verhältniszahlen der Grössen der Remanenz die relativen Zeiten bestimmen". Aun cuando no se ha desarrollado un método de cronología general basado en las fluctuaciones fechadas de la orientación magnética, esta técnica tendrá, no obstante, una limitada utilidad en cuanto permite a los arqueólogos distinguir diferencias de tiempo relativamente sutiles, entre los diversos grupos de vasijas de cerámica dentro de un mismo yacimiento, o entre yacimientos de una misma área.

Como las observaciones precedentes se proponen representar la exposición más sucinta posible, se hace referencia adicional a los compendios publicados sobre este tema por Manley (1949) y Hopwood (1913, pp. 21-22). Expertos contemporáneos en magnetismo terrestre, entre los que figuran Louis Neel y Emile Thellier en Francia, y E. A. Johnson y A. G. McNish en los Estados Unidos, serán las personas a quienes habrá de recurrirse cuando se requiera ayuda en todo intento de elaborar un método cronológico basado en el magnetismo remanente en ladrillos o alfarería.

Los geólogos son conscientes de la importancia del paleomagnetismo, y se han realizado varios estudios de la orientación magnética de los granos en las arcillas glaciales en varves y en los núcleos perforados. Se recomiendan los trabajos de Johnson y McNish (1939), Fleming, Johnson, y McNish (1940), McNish y Johnson (1940), McNish (1941), Ising (1942), Hoylman y Durbin (1944). y Benedikt (1943). Johnson y McNish (1939) examinaron la serie de Antevs, de 500 años en West Hartford, Connecticut, y su serie de 200 años en New Haven y concluyen: "La dirección de la polaridad en el varve se interpreta como una medida directa de la orientación del compás magnético en la época en que se asentaron los depósitos", y "el valor proporcional de variación secular en este período prehistórico no se diferenciaba apreciablemente de los índices observados en los tiempos históricos" (ver también McNish, 1941). McNish y Johnson (1940, p. 347) dicen: "En vista de los resultados precedentes [de estudios de la variación secular de la declinación en Nueva Inglaterra por la polaridad magnética de los varves glaciales] parece probable que este método de investigación proporcionará un conocimiento fidedigno acerca de las variaciones del campo magnético de la tierra en épocas pasadas", aserción ésta de interés para los arqueólogos, que podrían utilizar tal conocimiento. La orientación magnética de los sedimentos marinos profundos también ha sido estudiada por McNish y Johnson (1938a, b), quienes llegan a la conclusión de que ella puede "proporcionar un medio de datación de sedimentos por su orientación magnética". Ising (1942, 1943), al estudiar las propiedades magnéticas de las arcillas várnicas, observó que la susceptibilidad magnética muestra una variación que sigue el modelo varve. Lynton (1937), en un trabajo de laboratorio sobre la orientación de núcleos de pozos profundos por su polaridad magnética, sugirió la posibilidad de determinar el ritmo o coeficiente de deposición, siempre que pudiera establecerse que la polaridad tuvo una periodicidad definida (cf. Mercanton, 1926). Que la periodicidad de la variación secular de la declinación magnética puede ocurrir y ser demostrable, lo prueban los resultados obtenidos por Chevallier (1925) en sus estudios de la declinación magnética desde el año 1,000 d. C. hasta el presente, en Sicilia, donde utilizó como material los flujos fechados de lava en la región del Monte Etna. Chevallier descubrió que la magnitud de la declinación de las lavas *in situ* había variado en este período desde 18° al Oeste del polo norte terrestre hasta los 18° Este durante fechas diferentes, repitiéndose esto, pero en dirección contraria. Por ello, llegó a la conclusión de que el cambio, en este caso, es periódico y se repite cada 720 años aproximadamente (cf. Manley, 1949).

Como se ha anticipado en esta última aserción, las lavas revelan un magnetismo remanente, fenómeno acerca del cual se han hecho muchos estudios. Thellier (1940), a solicitud de Paul Rivet, investigó el pedregal de San Angel, México, pero la fecha calculada fue de *ca.* (circa=alrededor) 1500 d. C., que era, evidentemente, demasiado reciente, y parece que nada más se ha logrado hacer al respecto (v. también Chevallier, 1939). Una serie de flujos de lava, de manifiesto recientes, en el Parque Nacional Volcánico Lassen, California, fueron estudiados por A. Jones (1928), quien pudo hacer un mapa de los flujos ordenándolos en serie de acuerdo a su magnetismo remanente. Fija las fechas ocurridas en los años de nuestra era, siguientes: 1846, 1800, 1300-1350, 1130-1200, 1120-50, 650, 500 (v. también Finch y Anderson, 1930, p. 253). Finch (1937) ulteriormente elaboró un calendario de anillos de árbol para la datación de acontecimientos volcánicos recientes en el Monte Lassen y pudo señalar erupciones producidas en los años d. C. de 1785, 1720, 1666, 1567, y 1485-1680.

Es probable que el lector se pregunte aquí qué particular pertinencia puede tener el magnetismo remanente en los ladrillos, la cerámica, los varves glaciales, y los flujos de lava, en la cronología arqueológica de largo alcance. Tal pertinencia se explica simplemente por cuanto lo que representa un método "potencial" utilizable tanto para la cronología arqueológica directa e indirecta como para la datación geológica de largo alcance, los prehistoriadores no han prestado aún a este tema la necesaria atención.

b) *Vulcanología*.— Una erupción volcánica puede depositar lava o piedra pómez (pumita) sobre depósitos arqueológicos. La fecha de la erupción puede conocerse históricamente, como en el caso de Pompeya que fue cubierta de ceniza por la erupción del Vesubio en el año 79 d. C.; o el de la erupción del cráter Sunset, Arizona, que obligó al abandono de los indios pueblos de la región inmediata, y cuya fecha se ha determinado por el método de análisis de anillos de árbol (Colton, 1932, 1945; McGregor, 1936a, b). A otras erupciones, cuyos flujos de lava o expulsiones de piedra pómez sepultaron yacimientos de aldeas en tiempos prehistóricos, también se les puede asignar, en ciertos casos, una fecha supuesta, como en el caso de la erupción del Monte Mazama, Oregón (en cuya caldera yace ahora el Lago Cráter), que fue fechada por Williams (1942, pp. 212-14) como ocurrida entre 4,000 y 7,000 años ha. Que los métodos de Williams eran buenos lo indica la fecha de control por el radio-carbono de $6,453 \pm 250$ años. Puede hacerse notar de paso que

otras fechas supuestas anteriores al empleo del C^{14} para la erupción del Mazama van de 8,000 a 14,000 años (Allison, 1946; Hansen, 1946, 1947) ⁷. El soterramiento de pirámides y asientos de ocupación humana del Arcaico (=Culturas Medias) del valle de México por el pedregal de San Miguel, es bien conocido (Gamio, 1920), y la fecha de radiocarbono concuerda con la fecha supuesta sugerida por varios geólogos (Vaillant, 1935, p. 165). La historia de la evolución del Monte Vesubio ha sido cuidadosamente investigada por Rittmann (1933), quien determina las fechas de los diversos períodos de explosiones máximas mediante el proceso de asociación con materiales arqueológicos "fechados"

Como las lavas y la piedra pómez, procedentes de diferentes erupciones, varían por lo general, de manera suficiente, en cuanto a su carácter litológico como para que se les pueda reconocer fácilmente, una capa de piedra pómez que haya sido ampliamente distribuida por los vientos, puede servir como un útil marcador de horizontes estratigráficos. Si se logra determinar la fecha de un depósito particular de piedra pómez (por ejemplo, el del Monte Mazama, o el del Cráter Sunset), se dispone de un dato cronológico-estratigráfico de gran importancia para la determinación del orden temporal de subsiguientes descubrimientos pre o post-eruptivos. Esta técnica está hábilmente expuesta en el trabajo de Thorarinsson (1944), quien fijó las fechas y el carácter litológico de las cenizas volcánicas provenientes de las diversas erupciones del Monte Hecla, en Islandia, averiguando de este modo la clave de la cronología estratigráfica regional mediante la identificación de los estratos de ceniza. Horberg (1952), al identificar y describir un depósito de cenizas volcánicas en Canadá, señala que, como su fecha es del Mankato o del postglacial primitivo, y por estar situado en el sur de Alberta —en lo que se presume sea la ruta de ingreso del hombre antiguo en la parte media de la América del Norte—, esta ceniza puede resultar útil para la datación de depósitos arqueológicos locales, siempre y cuando se les encuentre. El gran valor de las capas de ceniza volcánica con fines de correlación se explica en los escritos de Bramlette y Bradley (1940, pp. VII, 2-3, 5), Hansen (1947), Leonard (1947), y Frye, Swineford, y Leonard (1948). Auer (1950) ha comparado y correlacionado los perfiles de polen en pantanos de Patagonia y Tierra

⁷ Antevs (carta, mayo 1952) dice que la erupción del Mazama fue de fecha anterior a la edad Altitérmica (seca) del Postglacial Medio, lo que implica que la fecha del C^{14} no es lo suficientemente antigua.

del Fuego por el uso de capas de ceniza volcánica; y, luego, ha correlacionado por cotejo transversal los datos Fuego-Patagónicos con los de Europa, donde se ha fechado la sucesión de plantas, a fin de deducir las fechas postglaciales de la parte meridional de la América del Sur (véase la revisión de Auer por Freile, 1952). Como se ha discutido anteriormente, al tratarse de los varves, esas teleconexiones de larga distancia pueden ser inexactas, ya que una serie similar de acontecimientos no prueba necesariamente que hayan ocurrido de manera simultánea. La cronología postglacial de Patagonia y Tierra del Fuego también ha sido estudiada por Salmi (1941), quien creyó que podía ordenar una serie estratigráfica en secuencia de capas superpuestas de piedra pómez postglaciales que se extienden desde el Lago Lacar en el norte, hasta Tierra del Fuego en el sur (ibid., Figs. 17, 18). Piensa que en el período postglacial los casquetes de hielo disminuyeron durante los óptimos climáticos y que, cuando la presión del hielo disminuyó a causa del aligeramiento de su peso sobre los depósitos de magma, se inició una etapa de actividad explosiva acrecentada. Interpreta la secuencia de capas de piedra pómez que se correlacionan con los perfiles de polen como indicio de una periodicidad correlacionada de máximos de explosiones y óptimos climáticos.

c) *Sismología*.— Según parece, se ha recurrido hasta a los terremotos en el intento de determinar el ordenamiento cronológico de los datos arqueológicos. El ejemplo más conocido es el de Schaeffer (1948, pp. 1-5, 255-56, 560, quien piensa que en todo el Cercano Oriente, entre los años 2,400 a. C. y 1225 a. C., ocurrieron una serie de disturbios sísmicos mayores cuyo efecto destructivo puede descubrirse en los yacimientos principales. Se señalan dos grandes terremotos, uno entre el año 2200 a. C. y el 2100 a. C., que ocurrió al terminar el III Período de Troya; y otro, en 1365 a. C., coincidente con el final del VI período de Troya. Hay varios otros terremotos dentro de la "estratigrafía sísmológica" de Schaeffer. El método ha sido criticado por Hanfmann (1951), quien demuestra que los registros históricos de los terremotos ocurridos desde los tiempos sumerios en adelante no indican ninguno de los de la magnitud postulada por Schaeffer, y que éste no confirma su tesis basada en la consideración de los terremotos fechados. Los sismólogos mismos son de la opinión de que los efectos altamente destructivos a los que alude Schaeffer son demasiados extensos y que no hay evidencia alguna de que la intensidad sísmica se haya alterado en el Cercano Oriente durante el período cronológico tratado por él. (cf. Daniel, 1950, p. 255).

7. *Cálculo del índice de acumulación de depósitos culturales naturales.*

Un método muy usado para el cálculo del tiempo requerido para que se acumule una cantidad determinada de desperdicios de ocupación humana dará, en el mejor de los casos, tan sólo una aproximación. Cuando este método es el único disponible, sus cálculos resultan algo mejor que nada. Para cada uno de tales cálculos de índice de incremento debe determinarse alguna unidad para usarla como factor multiplicativo o extrapolativo. Aun cuando se disponga de tal medida unitaria, deben considerarse otros factores que puedan haber afectado la constancia del índice. En suma, la combinación de variables de diferente grado de probabilidad nunca puede proporcionar respuestas fidedignas.

Pumpelly (1908, pp. 54-57) calculó que los estratos culturales en Anau se acumulaban a razón de 2.5 pies por siglo, e hizo observaciones en Egipto donde encontró que el promedio de acumulación de desperdicios oscilaba entre 1.43 y 1.9 pies por siglo, alcanzando, por término medio, 1.6 pies. Sus fechas en Anau (ibid., p. 57) parecen un tanto viejas (Daniel, 1950, p. 212, las llama "infladas"). H. Schmidt, el arqueólogo de Pumpelly, llegó a muy diferentes conclusiones sobre la cronología, en base a cálculos de fecha cotejados con otras áreas arqueológicas (Schmidt, 1909, pp. 179-86). Ghirshman (1938-39) hizo cómputos similares para deducir la edad del yacimiento de Sialk, pero la opinión general es que sus estimados son demasiado cortos.

Nelson (1909, pp. 345-46), Cook (1946), Schenck (1926, pp. 205-12), y Gifford (1916) han hecho cálculos de la antigüedad de ciertos montículos de conchas en la Bahía de San Francisco, estimando la proporción de acumulación de desechos (véase también Heizer y Mills, 1952, p. 8). Sobre la base de sus conclusiones, se sugirió una cronología de los horizontes culturales del bajo valle de Sacramento (Heizer, 1949, pp. 37-40), la misma que ha sido controlada en un punto con fechas de radiocarbono, obteniéndose buenos resultados; de manera que, sobre la base de esta evidencia limitada, los cálculos anteriores acerca de la edad de los montículos conchíferos parecen ser realmente fidedignos. Lothrop (1928, p. 197) estimó la población total y el volumen de los restos de cocina y, por su índice de acumulación, cálculo la antigüedad de los depósitos de desechos en yacimientos de Tierra del Fuego. Sus cómputos pueden compararse con los de Bird (1938), que se basan en datos diferentes.

Vaillant (1935, pp. 166-67, 257-58) comparó el grado de acumulación conocido en Pecos con el espesor de los depósitos de desperdicios en algunos yacimientos del valle de México y llegó a ciertas conclusiones tentativas acerca del tiempo requerido para la formación de los *kitchen-midden* mejicanos. Cosgrove y Cosgrove (1932, pp. 100-103) intentaron lograr una idea del tiempo requerido para la acumulación de los depósitos de la ruina Swarts mediante el cálculo del índice de acumulación de los estratos de basurales.

Los depósitos de cuevas, que generalmente son difíciles de interpretar, pueden dar fechas de edad aproximadas calculando el índice de relleno, como lo explican, el cálculo de Loud y Harrington (1929, pp. 120-23) de la edad de los depósitos culturales en Lovelock Cave, Nevada, y la estimación de Harrington (1933, p. 171) del tiempo requerido para la acumulación de relleno en Gypsum Cave, Nevada. En el caso de la Cueva Lovelock, hay fechas de radiocarbono para los más antiguos depósitos de desechos que concuerdan bastante estrechamente con la fecha calculada anteriormente, e igual sucede con respecto a la Cueva Gypsum. Resulta algo curioso: las premisas en que se apoyan los cálculos de edad hechos por Loud y Harrington se sabe hoy que son incorrectas; sin embargo, la casualidad o la coincidencia han producido fechas que concuerdan adecuadamente con las deducidas por un método fidedigno y objetivo (radiocarbono) (Kroeber, 1948, p. 681). Aserciones que recomiendan con ahinco el observar mucha cautela en el uso del método del grado-de-incremento para determinaciones de edad, aparecen en Schenck (1926, pp. 208-12), Clark (1947, p. 139), y Woolley (1947, p. 79).

El aumento constante de sobrecarga de materiales depositados por medios naturales que yacen sobre estratos culturales puede suministrar fechas aproximadas para el material cultural, siempre que pueda determinarse el índice de acumulación. Las fechas para los artefactos prehistóricos peruanos alojados en los hacinaamientos de guano han sido ingeniosamente calculadas por Kubler (1948), basándose en el recuento de varves anuales de guano, cuyo grosor es suficientemente uniforme, lo que permite señalar las fechas de las medidas de profundidad de los artefactos por medio de la extrapolación del número de varves anuales de guano que deben haberse depositado sobre ellos (cf. Hutchinson, 1951, pp. 65-71). Bird (1948, pp. 21, 27-28) calcula el tiempo transcurrido en la formación de un perfil de suelo que contiene artefactos, en el valle de Virú, Perú. En la baja Mesopotamia, el índice conocido de relleno aluvial de las cabe-

ceras del Golfo Pérsico y el avance del litoral a razón de 1.5 millas por siglo, han ayudado a establecer el tiempo relativo de la fundación de ciertos yacimientos, siguiendo, los más recientes, el avance de la línea de costa hacia el mar (Childe, 1934, p. 132; Lloyd, 1949, pp. 17-18, mapa de la página final). El índice de acumulación de turba puede ayudar a deducir un cálculo de la edad total de los materiales subyacentes (Hansen, 1947, pp. 36-38; Hansen y Packard, 1949, pp. 466-67). Champe (1946, pp. 32-33) combina con habilidad estratos fechados dendrocronológicamente con capas sin fechar cuyo período puede estimarse sobre la base del tiempo requerido para la acumulación de niveles fechados, logrando de este modo obtener una cronología total para la Cueva Ash Hollow, Nebraska. Una técnica similar para llenar los claros en el perfil de polen de Faulensee, Suiza, determinando el índice de acumulación por recuento de varves y extrapolando para deducir el período de las capas sin varves, fue aplicado por Welten (1944) y en otro caso por From (1938) en Angermanland, Suecia.

Aunque en este estudio omitimos específicamente el cálculo de fechas por la cuenta de anillos de árboles (dendrocronología), no obstante, el método puede usarse indirectamente para deducir cronologías más extensas, aplicándolo para determinar los ritmos de ciertos procesos, tales como el del avance y retroceso del hielo glacial (Capps, 1931, p. 6; Lawrence, 1946, 1950).

II. METODOS EN LAS CIENCIAS NATURALES

1. *Paleontología*

a) *Paleontología de vertebrados*.— La asociación de restos esqueléticos o culturales arqueológicos con los huesos de animales extinguidos o de vertebrados vivientes que ya no residen en la región debido a cambios climáticos, conduce generalmente a la presunción de que los materiales culturales son antiguos. La sucesión de formas vertebradas en el Pleistoceno norteamericano, en el mejor de los casos, se conoce tan sólo en términos generales (cf. Romer, 1933; Stock, 1936; Scott, 1937; Colbert, 1942; Flint, 1947, pp. 521-45; Hibbard, 1949); en cambio, se conocen bien los desplazamientos de la fauna durante las etapas glaciales frías e interglaciales cálidas del Pleistoceno en Europa, y estas alternaciones se correlacionan con la sucesión de culturas paleolíticas (Zeuner, 1945, cap. X; 1950). Los restos de formas animales pueden servir como evidencia estratigráfica "que indica, por la presencia o ausencia de ciertas especies

ahora extintas, la edad relativa de los depósitos, dentro de la escala estratigráfica" (Zeuner, 1945, p. 27) y, como prueba ecológica, "que indica el medio ambiente y, por lo tanto, el clima en que vivían" (*ibid*).

En el Nuevo Mundo, la presencia de restos culturales asociados con los huesos de animales extintos está probada con documentos, para Norteamérica (Sellards, 1940, 1947), para Sudamérica (Bird, 1938), y para Mesoamérica (Arellano, 1946). Tal evidencia, además de indicar el tiempo de la manifestación arqueológica en el sentido más amplio (e. g. Pleistoceno tardío, post-Pleistoceno), puede darnos a conocer las condiciones climáticas en que vivieron los más antiguos indios americanos. Mientras no se conozca más acerca de la sucesión de tipos, así como del tiempo y las razones de la extinción de formas del Pleistoceno tardío, tales como el gran bisonte, camello, caballo y elefante (Eiseley, 1943), los arqueólogos no pueden esperar encontrar en la Paleontología mucha ayuda para la datación de manifestaciones culturales.

b) *Micropaleontología*.— Bajo ciertas condiciones, los depósitos sedimentarios pueden contener microfósiles que, al estudiárseles, darán una excelente idea acerca de las condiciones climáticas en las que se depositó el material aluvial y, por referencia a la sucesión climática ya conocida, es posible asignar una fecha aproximada a los depósitos que puedan contener restos arqueológicos (Deevey, 1949, pp. 1364). De este modo, Conger (1942), mediante un estudio de las diatomeas, ha logrado avances con respecto a la ubicación, en la cronología postglacial, de los materiales culturales del lago Lower Klamath, California. Patrick (1938) estudió las diatomeas del yacimiento Clovis, y Conger (1949) y Linder (1942) estudiaron los depósitos del asiento Boylston Street Fishweir, en Massachusetts, todos ellos, con buenos resultados.

Los restos de foraminíferos pueden también reflejar condiciones climáticas antiguas, como lo explican los análisis de sedimentos en Boylston Street Fishweir (Stetson y Parker, 1942; Phleger, 1949a). Phleger (1948) informa sobre un núcleo submarino, de 15.4 metros de largo, del Mar Caribe, que contenía once desplazamientos de agua-caliente-fría, que según interpreta, ha abarcado probablemente las fluctuaciones climáticas acaecidas durante todo el lapso del Pleistoceno. Tales estudios (véase también Cushman y Henbest, 1940; Phleger y Pettersson, 1947; Pettersson, 1950, p. 44) ofrecen un medio por el cual el excelente registro de sedimentos submarinos puede vincularse con el registro de la glaciación del Pleistoceno en tierra.

c) *Concología*.— Las conchas de moluscos, que pueden presentarse sea como componentes de depósitos arqueológicos o en estratos naturalmente asentados que puedan correlacionarse o asociarse estratigráficamente con depósitos culturales, pueden constituir testimonio de antiguas condiciones ecológicas y suministrar en consecuencia los medios para asignar una edad a los artefactos asociados por referencia a la “cronología climática”. Los principios del método paleoecológico por medio del análisis de restos de moluscos, son expuestos por Baker (1920, 1930, 1937), Eiseley (1937), y Richards (1937). Ejemplos de la utilidad del método son los informes de W. T. Clark (1938) sobre los moluscos del Pleistoceno del yacimiento Clovis; de Baker (1942) sobre los restos de moluscos en los depósitos del Pleistoceno tardío del Lago Lower Klamath; de Clench (1942) sobre moluscos en los depósitos aluviales de Boylston Street Fishweir; y de Richards (1936) acerca de los restos de moluscos de los yacimientos Clovis y Lindenmeier.

Con el transcurso del tiempo, no sólo pueden ocurrir cambios estructurales (tamaño total o bruto, medida de la abertura) en las conchas, aparentemente como resultado de los cambios de temperatura (Morse, 1925), sino también manifestarse, en los montículos de conchas, una sucesión de especies que refleja diferentes condiciones ribereñas o climáticas (Byers y Johnson, 1940, pp. 91-92; Morrison, 1942; Gorgin, 1948, pp. 228-31; Griffin, 1948; Greengo, 1951).

La medida de paleotemperaturas por el método del oxígeno 18 (Epstein y otros, 1951; Urey y otros, 1951) dará datos precisos sobre las temperaturas de los océanos en el pasado. Si se pudieran obtener fechas de radiocarbono para las conchas de moluscos procedentes de desechos de ocupación y depósitos del Pleistoceno tardío, parece probable que podría determinarse, con precisión bastante aproximada, el componente temperatura de la paleoecología, y tales hallazgos tendrían importancia para la datación arqueológica.

2. *Paleobotánica*

La investigación en el campo botánico se ha visto notoriamente orientada en un sentido histórico, con el resultado de que existe una abundantísima literatura publicada que da en detalle importantes conclusiones sobre la cronología del pasado desde el punto de vista de métodos tales como la cuenta de anillos de árboles (dendrocronología) y el análisis de polen. Para ejemplificar la diversidad de aplicaciones de los métodos de la

paleobotánica, se pueden citar: la conclusión de Chaney, de que el carbón de leña de los yacimientos de la cultura Cochise, en Arizona, puede identificarse como de nogal y álamo americanos, lo que indica un clima más húmedo que el que ahora prevalece en esa región; las inferencias sobre los cambios postglaciales en el nivel del mar derivadas de un estudio de los depósitos de turba de Bermuda (Knox, 1940); y la proposición de Phleger (1949b, p. 1459) de que puede hacerse una correlación directa de los acontecimientos y secuencias del Pleistoceno norteamericano y europeo, usando el análisis como un nexo entre los perfiles terrestres y los submarinos en aquellos lugares donde los foraminíferos del Pleistoceno se han depositado cerca de los márgenes continentales.

El análisis de polen, o el estudio microscópico de los granos de polen que se han preservado, tiene como uno de sus principales propósitos, la determinación de los cambios operados en la composición de las asociaciones de la flora local. Las plantas de floración generalmente producen grandes cantidades de polen, y bajo condiciones favorables de deposición (por lo común en lagos, lagunas o pantanos), pueden acumularse gradualmente sobre su fondo sedimentos inorgánicos y orgánicos tales, como la turba y el polen. Los lagos y pantanos formados inmediatamente después de la retirada hacia el norte de la última capa glacial ofrecen condiciones ideales para la preservación del polen; y de ellos han salido los datos para la reconstrucción de la historia de la vegetación postglacial. Se han ideado técnicas especializadas para la obtención de muestras de núcleos de tales depósitos y para el estudio del polen en laboratorio, recomendándose al lector, para mayores detalles, las obras de Cain (1939), Erdtman (1943), Hansen (1947, pp. 5-8, 38-40), Godwin (1948), y Faegri e Inversen (1950).

En Europa, los estudios regionales de polen en depósitos postglaciales (e. g., Nilsson, 1935, 1948a, b; Firbas, 1939; Godwin (1942) han demostrado que aquí se obtuvo una secuencia generalmente similar de la sucesión de la flora postglacial, cuyo curso fue: 1) depósitos del glacial tardío; 2) tundra sin árboles del glacial tardío; 3) bosques de pinos y abedules; 4) bosque de avellanos y de robles mixtos (transicional); 5) bosque de hayas (Deevey, 1951c). No es posible erigir un sistema cronológico postglacial único aplicable a toda Europa, con referencia principal al análisis del polen, debido a los cambios climáticos locales durante el período postglacial, con temperaturas cada vez más frías de sur a norte a medida que se aproximaba el frente del hielo; con una creciente continentalidad de oeste a

este; y en ausencia de un conocimiento preciso del grado de migración de las especies forestales. Por lo tanto, a fin de poder correlacionar las diversas secuencias regionales, es esencial un solo dato cronológico o un marcador de tiempo cuya causa se haya debido a un acontecimiento simultáneo sobre toda el área y que pueda reconocerse en todas las secuencias del polen o en la mayoría de éstas. Para utilizarse como marcadores de horizontes, se han ensayado todas las siguientes posibilidades: la transgresión⁸ del Mar Littorina, las morrenas finoscandinavas depositadas por la detención de la retirada de los hielos en Suecia Central, el Optimo Climático Postglacial, y la Fase Seca Sub-boreal; y aunque no se ha llegado a ningún acuerdo general, se admite por lo común que el segundo acontecimiento de la lista precedente tiene particular significación (Zeuner, 1960, pp. 105-9). Las fechas para la cronología del polen postglacial europeo se apoyan parcialmente en la cronología de varves glaciales, y en parte en la datación de cotejo arqueológica. En Norteamérica, no ha sido posible la datación de las fases de la vegetación postglacial, deducidas del análisis del polen por la cronología de varves; pero las fechas de radiocarbono para el material vegetal en las secuencias de pantanos de turba dan señales prometedoras para la solución de esta dificultad (ver especialmente, Deevey, 1951b; Flint y Deevey, 1951, pp. 269 y siguientes). En el noroeste de los Estados Unidos, las extensas investigaciones de H. P. Hansen lo han conducido a utilizar ciertas capas de ceniza volcánica o piedra pómez como marcadores de horizontes para correlacionar diferentes perfiles de polen (e. g. Hansen, 1946, Figs. 1, 2; Hansen y Packard, 1949, Fig. 3); pero Deevey (1949, pp. 1363-64; Flint y Deevey, 1951, pp. 279-80) no está convencido de que se estén interpretando debidamente las capas de piedra pómez. La secuencia forestal postglacial y la cronología del polen para el este de Norteamérica es resumida por Deevey (1949, pp. 1355-64, Tabla 7) y Sears (1948); para el noroeste de Norteamérica, por Hansen (1947); y para Europa, por Deevey (1949, Tablas 2, 3).

La aplicación del análisis del polen a la cronología arqueológica es discutida por Sears (1937), Eiseley (1939), Godwin (1942, 1946), y Deevey (1944a). Ejemplos de los resultados de la aplicación de este método se presentan en los trabajos de Dubois y Dubois (1938), Mitchell (1945), Härrí (1940), Firbas (1939), Knox (1942), Benninghoff (1942), Wilson (1949), Han-

⁸ N. del T.— "Transgression", término inglés que significa la invasión de una superficie terrestre por el mar y los estratos asociados con tal movimiento.

sen (1942; 1946; 1947, pp. 121-22; 1951). Dos particulares estudios europeos son dignos de resumir. Bertsch (1935) estudió las extensas turbas del pantano Federsee en el suroeste de Alemania, que contienen materiales culturales que van desde el Magdaleniense hasta el período histórico. La secuencia del polen y arqueológica fue fechada en ausencia de varves, por interpolación de tres puntos como datos cronológicos de referencia: 1) el climax de la fase glacial final en 18,000-20,000 años a. C.; 2) el máximo de la radiación solar postglacial en 8,000-9,000 años a. C. (el llamado "Óptimo Climático"); y 3) las fechas históricas de la cronología de la Edad de los Metales. Welten (1944) en un documento muy conocido (extensamente resumido por Deevey, 1946; Godwin, 1945; y Zeuner, 1950, pp. 89-91) presenta los resultados del análisis del polen de los depósitos en un pantano suizo. Mientras se hallaba sondeando polen, Welten detectó delgadas capas sedimentarias anuales. Contadas éstas se dedujo una cifra de índice-de-incremento que podía aplicarse a aquellas secciones del perfil que carecían de capas anuales. El resultado de esto fue que Welten pudo construir una secuencia de polen continua, desde el año 7,550 a. C. hasta el año 1920 d. C., quedando marcada la fecha terminal por el avenamiento del pantano. El único otro caso similar es el trabajo de Fromm (1938). Schneider (1945) y Font y Deevey (1951, p. 276) han expresado algunas dudas en cuanto a la exactitud absoluta de la cronología de Welten; Schneider, en razón de que las capas sedimentarias bien pueden no ser anuales; y Font y Deevey, porque la extrapolación e interpolación para las capas sedimentarias ausentes pueden no ser exactas.

La correlación de perfiles locales de polen en Europa se hace difícil debido a la ausencia de un marcador de datos, de general aceptación, como se explicó anteriormente. Pese a esto, Deevey (1943a, 1944b, 1951c) y Sears (1942) intentan correlacionar las secuencias de polen en el este de Norteamérica por medio de la igualdad de las etapas climáticas con las de Suecia (v. revisión y crítica en Hansen, 1947, pp. 111-12). Se sugiere además que la secuencia de polen de México puede fecharse y correlacionarse con la del este de Norteamérica (Deevey, 1943b, 1944b; Sears, 1950). El punto principal con respecto a tales correlaciones es que éstas son aún meras tentativas; pues, aun cuando se admitiera la validez de la correlación de las secuencias de polen norteamericanas y europeas, la base misma de las secuencias fechadas europeas descansa, en última instancia, en los difíciles datos de varves de Lidén (1938), lo que implica una interpolación de 380 años (d. C. 920-1300) a fin de conectarla con el presente (cf. Flint y Deevey, 1951, p. 276).

En resumen, sólo en Europa se pueden asignar, con validez, fechas a los restos arqueológicos por asociación con depósitos que contienen polen. En Norteamérica, las secuencias regionales de polen, aunque intensamente investigadas, todavía no están fechadas por nada mejor que mediante supuestas correlaciones con la secuencia europea. El análisis del polen en conexión con restos arqueológicos proporciona realmente un medio de correlación precisa con otros materiales arqueológicos hallados en diferentes lugares de un mismo depósito, o en diferentes depósitos de una misma región, pero, hablando en general, debe hacerse hincapié en que el método puede dar, tan sólo una cronología relativa.

Antes: Como penderse sobre las pocas horas
de vida: el día de la vida, el día de la vida,
El pensamiento es profundo. El pensamiento es profundo
en "Borges y yo", el pensamiento es profundo
en "Borges y yo", el pensamiento es profundo

Prosa

1

Todo
esta relato los tiempos
estados de cosas
esta el final
de la
la vida humana
del destino
la vida de cosas
estados.

2

Todo
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas
estados de cosas

Antonio Castañeda destaca entre los poetas jóvenes de México. Nació en la capital azteca, el año 1938. Ha publicado un poemario. Y comparte la dirección de "Juego de Hojas", la revista literaria que ha ganado ya un lugar respetable en las letras del continente.

Poemas

1

Toda
visita relata los temores,
acrecienta consignas,
remoza cargamentos;
para al final
decir:
Lo más inaccesible
del derrumbe
ha sido de nuevo
perturbado.

2

Sueño,
invención,
lugares del tumulto.
Presagio
que se inicia
cuando los ciegos lloran
removiendo el velamen
de la cárcel.
No hay pausa en la humedad,
cada piedra se enciende
y nada deja.

3

Demolición nocturna,
estrageo,
sumario
en tierra de todo agotamiento;
hilo propagador
del alarido
—silencio
que a distancia—
se restaura
y congrega
en el naufragio.

4

Territorio poblado
por los ciegos,
pozo de la canción
y los ratos humildes;
todo aquí se demora,
el intento, las aguas,
el desorden.

Arriba,
un solo griterío
ya maltrecho.

5

Quedar en el rescoldo
con la cara alejada
del asedio,
Sin furia.
En el polvo.
Tocando sin responsos
lo precario
del incendio.

BIBLIOGRAFIA

UNMSM-CEDOC

El caso de Luis Loayza: Una piel de serpiente

- (1) Rechazo del análisis y de la psicología.
- (2) Atenuación o supresión de la anécdota.
- (3) Superación de la vieja novelística, con sus autores omniscientes y omnipotentes, que no sólo narran como si fueran el propio Dios, sino que se meten e intervienen en el destino de sus personajes, y se interponen entre ellos y el lector, explicando, amonestando y moralizando".

(Resumen hecho por Ernesto Sábato en "Algunas reflexiones a propósito del *nouveau roman*", Sur, Nº 285, (Nov. Dic., 1963), pp. 42-67).

El caso de Luis Loayza es muy extraño y, que yo sepa, literariamente no se ha dado una segunda vez en el Perú. Es un 'caso' porque, a mi ver y exagerando un poco, Loayza, o por lo menos el narrador de la novela, y de algunos de los cuentos, se revela en **Una piel de serpiente (UPS)**, y, otra vez, en alguno de los cuentos, como un misántropo moralista o, si se quiere, como un moralista misantrópico.

Me parece demasiado repetir lo que ya muchos otros han dicho de su obra: que su estilo es pulido, su prosa hermosa, limpia, precisa; que la organización y la estructura de sus cuentos y de la novela son disciplinadas, escuetas, seguras y sobrias; que es un excelente y preciso escritor. Yo agregaría: un empeñoso descriptor, etc.

Para rematar este repaso de elogios —que no voy a documentar textualmente— cito de dos cartas:

a) una de Mario Vargas Llosa:

"Loayza es una persona brillante, que escribe despacio y casi a ocultas, pero estoy seguro que el día menos pensado dará un bombazo espectacular".

b) una de Julio Ramón Ribeyro:

"Cuando frecuenté a MVL y a Lucho Loayza en París hace cinco años —yo los conocía en Lima, pero poco— hubiera podido apostar cien contra diez que la gran novela peruana la escribiría Loayza y no Mario. Loayza poseía una inteligencia tan fina, tan llena de matices, tan brillante por mo-

mentos que todas sus opiniones literarias removían 'de fondo en comble' las tuyas" (16 de octubre de 1966. No me acuerdo cuáles eran "las mías").

* * *

No conozco a Luis Loayza personalmente.¹ Quizá sea por esto que su 'caso' —si se me permite seguir apostrofando de esta manera la obra de LL y a la, para mí, enigmática persona de LL— quizá sea porque no lo conozco personalmente, que su 'caso' me parece fascinante, como siempre considero fascinantes los intentos de un artista de hacer algo que no surge "indigenamente" de su material: es tan fascinante como un **hippie** en Ayacucho o en Huacho.

A la mayoría de los otros autores peruanos —novelistas y cuentistas más o menos contemporáneos a mí— los conozco personalmente y, por eso —quiera yo o no—, traigo a la lectura, superficial o dedicada, de sus obras ciertas impresiones que me han venido causando sus personas, su comportamiento, sus ideas (exteriorizadas, a través de los años, en voz más o menos alta ya sea en el Bar Palermo, la filial burguesa de éste: el Café Versailles; en el Café Viena, o en la Pizzería en Miraflores, quizá hasta (*horribile dictu*) en aquella fortaleza de la gente decente, la Tiendecita Blanca: donde pues la afluencia momentánea de los escritores o la mía nos haya permitido, en un momento dado, ingresar con mala o buena conciencia). Traigo a la lectura de sus obras lo que sé de ellos.

Leí **UPS** por primera vez cuando salió en Populibros (como de costumbre sin fecha de publicación). Confieso que me aburrí. No veía nada especial en la novela. Si bien me placían la hermosura del estilo, lo refrescantemente escueto en el desarrollo de la trama (magra ésta aun para un cuento), y si bien me cautivó —muy ligeramente— una cierta plasticidad de la realidad diaria tal como la describe el autor, al mismo tiempo me irritaba, mejor dicho: me **impacientaba**, la atención que el narrador le presta a esa misma realidad diaria en detrimento al avance del argumento. Y me hicieron sentir que estaba perdiendo mi tiempo, las constantes descripciones como por ejemplo ésta:

[Juan y Felipe] salieron juntos. La motocicleta estaba junto a la puerta. Felipe pateó el arrancador una vez, dos veces; doblaba el cuerpo de una manera difícil mientras mantenía el equilibrio sobre la pierna izquierda (7/8).

o ésta:

Juan se alejó. A veces sonreía. Llegó hasta la calle principal y luego fue hacia el mar, pero dobló hacia la izquierda

1. Mientras tanto sí tuve el placer de conocer a Ll. Fue el día 5 de enero de 1968 y el lugar fue, naturalmente, la TIENDECITA BLANCA (sólo el policía delante de la tienda era un negro). Yo antes de conocerlo personalmente, Ll y yo habíamos mantenido una correspondencia amena, en parte justamente en torno a este ensayo. Pero más de esto en otras de estas notas.

casi inmediatamente. Caminó ~~unas~~ cuerdas y se detuvo ante un tranvía que arrancaba. Cerca de él, junto a una ventanilla, un hombre leía un periódico, casi derribado en su asiento; cuando el tranvía partía levantó la vista y miró a Juan con amargura.

Yo también miré con amargura, pero las páginas del libro donde me había encontrado con pasajes de esta índole. Miré con el ojo izquierdo y con el ojo derecho, mojé el índice de mi mano derecha con la lengua y volteé la página: en los casos citados fueron primero la séptima y después la vigésima séptima página.

Se trata, por supuesto, con tales pasajes, de una voluntad estilística —la de ensayar lo que se llama "**Verfremdung**"—; pero de ella habré de ocuparme en otra parte de este estudio. Por si acaso: mi imitación también obedece a una voluntad estilística.

Igualmente me impacientaron la ingenuidad de las discusiones supuestamente intelectuales —de vez en cuando hasta tuve la impresión de que estas discusiones intelectuales eran en verdad tomaduras de pelo, que LL al describirlas, en el fondo escribía caricaturas de tales discusiones intelectuales— repito: me impacientaron las discusiones sobre hechos políticos, sobre la ética de sacar o no sacar un periódico, y, más que nada, me irritaba lo tremendamente obvio de las "revelaciones" con las que LL nos presenta con respecto al comportamiento humano: me pareció (y siempre me parece) superfluo el descubrimiento hecho por un autor de que hay, en la vida, incluso en los círculos de nuestros propios amigos, gente que son cobardes, personas que se venden, seres que defienden sus intereses con maniobras poco éticas, que hasta existen —¡ca alors!— malvados que **no comparten nuestras ideas**.

* * *

La segunda lectura de **UPS** se me impuso al comienzo de mis preparaciones para una antología de cuentos peruanos modernos. Algunas de las reacciones mías que acabo de enumerar, esta vez las tuve que revisar. Otras me las he conservado a la segunda lectura, y hasta después de la tercera lectura hace algunas semanas.

Cogí, la segunda vez, el librito con un poco de desgano. Antes de empezar a leer, intenté de acordarme de algunos detalles de la novela. Y resultó, como constaté con cierto asombro, que me acordaba casi exclusivamente de las descripciones de paisajes y de aquella misma clase de retardaciones de las que cité dos ejemplos arriba: recordaba imágenes de una playa, de un living, del mar, de un taller, de la tienda de un Chino. Del argumento, de la anécdota de la novela tenía muy escasas memorias. De los personajes, virtualmente ninguna. En otras palabras: **UPS** se me presentó, esta vez, como el intento de escribir un **nouveau roman** —¡peruano!²—

2. LL me dijo, y me escribió, que ese no era su intento, como también me lo había dicho ya Mario Vargas Llosa. Refiero al lector al epígrafe de "Informe sobre videntes", en este volumen.

Sospecho que hay en esta selectividad de mi memoria la indicación de algo que va más allá de meras preferencias personales mías. El que yo haya recordado de UPS precisamente aquellos pasajes que a la primera lectura me irritaban por ser aburridas, puede quizás ser atribuido al simple hecho de que, como ciertamente no es novedoso, generalmente recordamos más bien las emociones experimentadas durante la lectura de un libro, una especie de malestar o bienestar psíquico sufrido o gozado, y no tanto el "contenido" de un libro; sobre todo, por supuesto, si no hemos estudiado, analizado, investigado el libro en cuestión, si no sólo lo hemos leído por entretenimiento, de manera superficial, rápida. De otra parte, es sin duda posible atribuir el que nos acordemos de ciertos detalles de una novela o una narración en general, a que el autor los haya logrado particularmente bien, que haya puesto mucho arte en precisamente esos detalles que después surgen de la cueva de nuestra memoria.

Y, efectivamente, estoy convencido de que LL puso más empeño artístico, no en la descripción de sus personajes, si no en la de lo que podría denominarse "naturaleza inanimada" y "naturaleza animada" (pero siempre "naturaleza"), es decir: en paisajes, ambientes, objetos, etc., y en el funcionamiento de, por ejemplo, una motocicleta, una máquina de escribir, incluso de personas cuando éstas están, bueno, "funcionando", accionando y reaccionando. En otras palabras, tengo la fuerte impresión de que LL más cariñosamente trabajaba lo no-reflexivo de la realidad, inclusive al ser humano, que lo reflexivo. LL, con Juan Goytisolo, y éste con Robbe-Grillet, es o era pues de la opinión de que (y cito)

"Hoy, la palabra psicología es una de aquellas palabras que ningún autor consciente puede pronunciar sin enrojecer. Psicología, psicológico, se han convertido en dos vocablos sospechosos. Sin saber bien por qué, empiezan a parecer antiguos, pasados, decimonónicos" (*Problemas de la novela*, Barcelona, 1959, p. 15. Las ideas expresadas por Goytisolo se derivan, en verdad, de *L'ère de soupçon* de Nathalie Sarraute).

Anticipando una de las tesis con las que espero concluir esta investigación quisiera formular lo siguiente: UPS demuestra lo que podría llamarse una esquizofrenia en la visión de la realidad. Es una visión bizca. Qué grado alcanza esta esquizofrenia y para qué fin sirve, ha de verse una vez que yo haya tendido algunos puentes sobre el abismo que separa una lectura superficial de la novela, del estudio más a fondo de ella, o sea: sobre el abismo que separa al lector del escritor.

Si dividimos las figuras principales de la novela muy primitiva pero no obstante eficazmente en

- a) más o menos malos
- b) más o menos buenos,

llegamos —o al menos: llego yo— a la conclusión de que en UPS

a) los más o menos malos **tienen**,
mientras

b) los más o menos buenos **no tienen**
padres.

Claro, me refiero a padres que participen en la acción de la novela.

Por ejemplo:

1) El "héroe" de la novela, la figura encargada de demostrar una posición ética, el personaje destinado a sufrir o hacer sufrir por sus convicciones, es Juan. Si bien tiene padres, LL los larga rápidamente: "Sus padres no han almorzado aquí", les informa "una mujer", la sirvienta, a Juan y su amigo Felipe cuando éstos regresan del paraíso, es decir: de la Playa de Conchán. Con este desalojamiento de un par de padres queda lista la escena para el primer enlace —que, dicho sea de paso, resulta al mismo tiempo ser el principio de un desenlace en el sentido original del vocablo, desenlace que es llevado a cabo en el transcurso del libro. El primer enlace de la acción es: la visita de Juan a Carmen, una joven que no es exactamente mala, es un tipo de Perricholi; pero dentro de la clasificación primitiva que me permití, Carmen decididamente no pertenece entre los más o menos buenos.

2) Carmen sí tiene padres, mejor dicho: una madre. El padre ya murió. Carmen es, creo, lo que en Lima se llama "el planchito" de Juan. Y es más o menos mala porque, más tarde, se "vende" a un muchacho, por supuesto: rico.

3) Este pituco se llama Fernando Arriaga; y —Uds. lo habrán adivinado tiene padres, ambos. En efecto, siendo Fernando en la jerarquía de los "malos" en la novela el que ocupa el segundo lugar (el primero lo ocupa su padre junto con los policías —éstos últimos siempre son los malvados por definición en una novela respetable de inclinación progresista)— ocupando, digo, Fernando el segundo puesto, una especie de subgerencia en la administración de la Empresa de Maldades, S. no muy A., LL lo dota con calibres comparativamente gruesos de padres. Tanto la mamá cuanto el papá son dibujados bastante antipáticos. La mamá, por ejemplo, en la penúltima escena de la novela, siempre insiste en que se tome té. Además, al decir "A tomar té" (119), lo hace "como si cantara", y quien hace esto es, en el arsenal de las caracterizaciones de Loayza, antipático. Pues, también la mamá de Carmen, cuando nos es presentada la primera vez, ¿qué creen Uds. que hace? Cito: "...la mujer gritó, como cantando" (15). La diferencia entre ella, de clase media baja, y la señora Arriaga, de clase adinerada, es que aquélla **grita** y ésta **habla**. Y ambas lo hacen como si cantaran.

4) Pero veamos a los otros personajes jóvenes de la novela:

Felipe: sus padres no figuran en la novela, ni sabemos jamás nada de ellos.

Tito: es el comilón, y de él nos enteramos que tiene "familia", pero ésta no entra en la acción, ni sabemos si esta "familia" son sus padres. Se habla de una abuela, pero similar a los padres de Juan que "no almorzaron aquí"— ella "pasa el verano en Ancón".

Sánchez: sin padres. No sorprende, pues él mismo apenas si existe en la novela, y eso a pesar de que es uno de los redactores del periódico que sacan estos muchachos, durante su fase de "cambio de piel".

Chino: sin padres.

Jopo: sin padres.

Estos dos últimos en todo caso son figuras menores.

Quedan Esnaola, que parece ser un adulto, por lo que sus padres parecen superfluos, y queda Alfonso.

Alfonso es una figura algo ambigua: no tiene padres y, sin embargo, desde el principio nos es presentado como dotado de impulsos mezquinos, impulsos éstos que Alfonso desarrolla y cultiva en el transcurso de la novela, para lucirlos perfectos y en estado de madurez en la gran escena al final del libro donde Alfonso pertenece al elenco de los malvados y está presente en el nido de ratas tomando el té de la señora Arriaga. Es una de las cabezas de la Hidra a cuyos besos múltiples se enfrenta el héroe Juan cual un Hércules, con pureza y un vaso de whiskey.

En resumen: creo que he comprobado la conclusión que había adelantado, a saber: los más o menos malos (con la excepción de Alfonso) **sí** tienen, los más o menos buenos **no** tienen padres con valencia narrativa en la novela.

Ahora bien, en sí el hecho de que los malvados de la novela tengan padres, mientras los caballeros no los tienen, no sería de mayor importancia si los padres de los malvados, de acuerdo al dicho biológico "de tal palo, tal astilla", no nos fuesen presentados como antipáticos, mezquinos, malos, en una palabra: impuros. Los padres, muy primitivamente, no representan sino La Culpa, son un polo en el Problema Generacional. Los padres son personas que, como Adán y Eva, han sido expulsados del paraíso de la inocencia, de la pureza de intenciones, de la —juventud!.

Creo que es para demostrar este estado de **no-gracia** o de **des-gracia** que LL, en la primera presentación de la mamá de Carmen y del ambiente en que ella y Carmen viven, describe una "pequeña mesa con dos fotografías":

"en la primera de ellas un hombre y una mujer sonreían en lo que podía ser la puerta de una iglesia, entrecerrando los ojos a causa del sol, y tanto por los vestidos pasados de moda como **por la manera de sonreír** se veía que era un retrato antiguo, y **que la juventud de esas personas ya estaba perdida**" (mi énfasis).

Me parece sutil y demuestra un admirable dominio de su técnica de sugestión el que, dentro de una descripción de tipo factual y naturalista, Luis Loayza, de modo casi imperceptible, haya insertado la observación decididamente no-naturalista, más bien poética, de que "por la manera de sonreír se veía que era un retrato" tomado cuando los padres de Carmen aún no habían sido expulsados del paraíso, o sea de la juventud. Confirman mi interpretación tanto de los conceptos de LL cuanto del pasaje específico que acabo de citar, las siguientes líneas con las que el autor describe la segunda foto:

"...una niña vestida de primera comunión levantaba el rostro tranquilo iluminado por la fe o por el reflector del fotógrafo".

No se trata, con esta yuxtaposición ("iluminado" ... "fotógrafo"), tan sólo de un distanciamiento irónico del autor de sus objetos (y, admitámoslo, de un cierto peligro de caer en un sentimentalismo), si no, más allá de la ironía, se trata también de una manera, excelentemente lograda, de dejarnos entrever, **en síntesis anticipada**, el carácter de Carmen —pues la niña cuyo rostro demuestra esa fe ambigua es Carmen.

Sin que nos demos cuenta de ello a la primera lectura, el autor nos pone en guardia, casi diría subliminalmente, contra la chica que ha de aparecer pronto. Cuando por fin entra Carmen lo hace "reprimiendo un bostezo" —y sabemos que es domingo en la tarde— y, algunas líneas más abajo, nos enteramos que "vestía pantalones. Su mirada era vaga, todavía disuelta por el sueño". Si ponemos estas observaciones en la perspectiva del futuro comportamiento de Carmen, queda en claro que ella, en el momento cuando la conocemos, también ya está en el proceso de salir del paraíso de la inocencia y de la pureza. Aquella 'fe' que ilumina su rostro en la foto de la primera comunión (o sea, cuando era todavía mucho más joven, más inocente quizá), esa 'fe', el autor parece decir, ya en aquel entonces debe haber sido no muy genuina, puesto que no sabemos si ella, la fe, ilumina el rostro de la niña o si es el reflector del fotógrafo. En breve: ya de niña Carmen contenía germinalmente y germinando la "semilla de la maldad". Y ¿de quién tiene la semilla? De sus padres, por supuesto. Ya que el papá de Carmen murió, el autor tiene que demostrar la corrupción heredada por Carmen en la figura de la mamá. Concretamente, esa corrupción está constituida por la connivencia de la madre con la hija en cuanto al proyecto de despedir, de basurear a Juan y de unir a Carmen, en un matrimonio con todas las de la ley, con el antipático de Fernando Arriaga.

Si damos ahora un paso atrás y miramos la novela en su totalidad, vemos que hay una paralelidad de constelaciones: por un lado la connivencia de los Arriaga, padre e hijo; por el otro la de madre e hija. No queda otra solución que la de que hijo e hija se casen.

II

Por cuanto precede, se podría uno ver tentado de creer que Luis Loayza en *UPS* se las da de parri- y matricida. Pero no es sólo eso (para decirlo así). El autor pinta no solamente a los padres en general como figuras detestables o al menos como figuras que mejor no estén presentes cuando los hijos están dedicados a mejorar el mundo. Loayza, en su novela, además nos presenta a los padres como una subespecie de un grupo mucho más numeroso, de una especie más grande. Me refiero a los "grandes", o sea a los adultos en general. Veamos de qué modo el autor retrata a los otros adultos que aparecen en la novela con función narrativa.

La novela comienza con una peregrinación, en motocicleta —una VESPA juzgando por la portada³—, de Juan, figura cumbre del relato, con su amigo Felipe al paraíso, o sea, como ya mencioné, a la playa de Conchán. Burlonamente, al partir hacia el Edén, los dos muchachos se tratan de "grandes": "¿Nos vamos señor? preguntó Felipe. — Cuando usted quiera señor, respondió Juan". Sigue la primera de las múltiples descripciones de una realidad que, por ser no-reflexiva, está descrita, de una manera muy reservada por cierto, casi seca, en un estilo *cool*, como se dice en inglés, tanto en sus manifestaciones paradisiacas, como en las laceraciones que sufrió esa realidad por la mano del hombre. Al llegar por fin a la playa, una pobre pareja tiene la muy mala suerte de tropezarse con Juan y Felipe. He aquí cómo Loayza, siempre reservado, pero también implícitamente malicioso, los describe:

...oculto por la puerta de un automóvil, abierta a manera de biombo, un hombre se desnudaba. Por la ventanilla asomaba su cara, de ojos miopes y astutos y sonrisa borrosa. Luego apareció vestido para el baño, agitando en el aire sus pantalones antes de doblarlos cuidadosamente y dejarlos sobre el asiento delantero del auto. Llevaba un sombrero de paja medio deshecho, seguía con las medias puestas, hasta la mitad de las pantorrillas, sostenidas con gruesas ligas. Cerró la puerta con llave y, abriendo los brazos, aspiró con delicia el aire que un puesto de comidas cercano cargaba de olor a frituras. Una mujer de grandes muslos fofos, lo esperaba más abajo: el sol le daba en la cara, brillante de aceite, tenía los ojos cerrados y masticaba plácidamente. El hombre se dirigió hacia ella dando pequeños saltos (10).

A mí toda esta descripción me causa cierta hilaridad. Sin embargo, no sé exactamente cuál es el ingrediente que hace que la masa de palabras se levante cual un cake cómico. Loayza remata esta primera descripción de la pareja de adultos con tres palabras que, en sí, parecen inocentes, pero que, no obstante,

3. "Otra cosa: la carátula está mal: yo digo claramente motocicleta y me dibujan una motoneta, feo insecto mecánico. En realidad se trata de una Triumph 500 cc.". (LL, carta del 26 de octubre de 1967). Véase también, Nota Nº 1 de "Sobre algunas técnicas narrativas de JRR", en (Amaru, Nº 5).

contienen una deliciosa malicia y representan un aniquilante juicio final sobre la pareja y, con ellos, sobre adultos:

Felipe, junto a Juan los observaba.

—Hoy es domingo, dijo (10).

La pareja no tiene absolutamente ninguna función narrativa. Quiero decir con esto que, si el autor no los hubiese incorporado en su relato, éste no habría perdido nada narrativamente esencial: el argumento, la trama, son enteramente independientes de la pareja. No así la realidad interior de la novela o lo que M. Albères en su *Histoire du roman moderne* ha llamado “**intra-realidad**”, pues la palabra surrealidad ya ha sido empleada en otro sentido” (414).

Y ¿cuál es esa intrarrealidad? Bueno, como en toda novela también en ésta hay varias. La que me interesa en este momento surgirá más clara que del pasaje citado, de la segunda descripción de la pobre pareja:

La pareja que habían visto antes —[Juan y Felipe se apresan a salir del paraíso]— regresaba al automóvil; la mujer subía la pequeña cuesta, resoplando, y un poco más atrás el hombre apoyaba las manos en los muslos —[no es muy claro si en los de la mujer o en sus propios, porque, después de todo, dice en el texto:]— mirando al suelo mientras subía. Se detuvieron junto al automóvil y el hombre sacó una pequeña canasta que ofreció a la mujer.

—¿Todavía quedaban? gritó ella con júbilo— [En UPS casi todas las mujeres antipáticas tienden a gritar, en la mayoría de los casos “como si cantaran”]. Levantaba ante sí un pedazo de pan del que se desbordaba un trozo de carne blanca y grasienta⁴: —siempre es bueno guardar algo para después, dijo el hombre empezando a comer lo que tenía en la mano...

—Hombre proveniente vale por dos.— Mientras comía, su mujer lo miraba con admiración (13/14).

Y como ya una vez con el comentario “Hoy es domingo”. Loayza remata la descripción, ya no tan reservada esta vez como la primera, termina la descripción de la pareja con varios golpes de gracia en forma de observaciones aparentemente obvias, si bien esta vez Loayza las disfraza, un poco como lo hace Julio Cortázar en *Rayuela*, con sabiduría folklórica, con proverbios:

4. Grasa en cualquier forma (por ejemplo, la de muslos fofos) y parece, el acto mismo de comer, sobre todo si es más de lo ascéticamente necesario, a LL le causan aparente malestar: varias veces en la novela, Juan, el protagonista, se niega a comer. Una vez, cuando la sirvienta en su casa le pregunta si ya ha almorzado y él contesta: “Sí, ya almorcé” (15), mientras que nosotros los lectores sabemos que no ha almorzado. En otra ocasión, al principio de la novela, Felipe le pregunta a Juan: “¿No tomas desayuno?” y Juan contesta, terminándose de poner los zapatos como el autor no omite de informarnos, “no”. En la misma página en la que Juan miente a la sirvienta sobre el almuerzo, la pobre criada, obviamente preocupada por el bienestar del “niño Juan”, prosigue: “¿Vendrá a comer?”, y, otra vez, el moderado Juan contesta: “No”, dijo. “No vengo a comer”. No es ‘comilón’, él.

III Felipe guardó la cadena... y pateó el arrancador...

— A quien madruga Dios le ayuda, dijo, mirando hacia adelante.

— Al mejor cazador se le va la paloma, dijo Juan.

El hombre los miraba con aire sorprendido, los dedos manchados de mostaza. Felipe pateó otra vez... Gritó sobre el estruendo:

— Agua que no has de beber déjala correr.

...Juan..., mientras la moto partía, saludó a la pareja: Pero ya, la polvareda que levantaba la moto nos cubría (14).

— Dime con quien andas...

Es evidente, me parece, que las patadas y la polvareda no sólo sirven para arrancar, ni son el resultado del arrancar, respectivamente.

Creo que ahora surge del tratamiento que LL le depara a la pobre pareja cuya juventud también, como la de todos los adultos que actúan en la novela, "ya estaba perdida", ahora digo, surge con bastante claridad una dimensión de la intrarrealidad que LL, indirectamente, quiso captar. La estructuración del mundo por medio de proverbios, o sea con frases hechas, clisés, demuestra una incapacidad: el mundo visto a través de proverbios es, como éstos, un mundo conservador. Clasificar las acciones de uno mediante los rubros de proverbios equivale, para LL, a una falta de voluntad, una ausencia del deseo, de ver la realidad o sus componentes en una luz nueva, fresca, no-convencional, en una palabra: en una luz no-burguesa, artística. Todos los adultos de UPS carecen de la misma facultad: la sinceridad. No sorprende, entonces, que LL, en la caracterización del viejo Arriaga use la insinceridad como ingrediente más fuerte: el señor Arriaga constantemente dice "tengo mucho gusto", "he tenido mucho gusto", "qué gusto de verlo", "amigo mío", etc. Arriaga padre es un hipócrita. Y si hay un factor que más que ningún otro caracteriza a la sociedad limeña, en la visión de LL, y a la sociedad de adultos, es el de la hipocresía. En esto coinciden con LL, Ribeyro, Vargas Llosa, Salazar Bondy, Reynoso et al. Y casi todos emplean, cual si hubiesen leído las interpretaciones de Leo Spitzer⁵, el lenguaje que más revela.

La pareja cómica tiene, para el autor, una función más. Si la playa de Conchán es una especie de paraíso, entonces la mujer con los grandes muslos fofos y el hombre miope con las medias puestas hasta la mitad de las pantorrillas, representan una versión degenerada de Eva y Adán. En el paraíso de hoy, el de la juventud pura, inocente, capaz de fe y llena del deseo de mejorar al mundo, Adán y Eva no pueden ser sino una pareja envejecida,

5. Por ejemplo en *Linguistics and Literary History* (Princeton University Press, 1948 (1), 1967 (2)), donde leemos: "... the trite and petrified in language is never sufficient for the needs of expression felt by a strong personality" (15). O: "... from the well known emerges the shape of the unknown" (17). Véase también *Elne Methode Litertur zu interpretieren* (Carl Hanser Verlag, 1966 [versión original: *A Method of Interpreting Literature*, (Smith College, Northampton, Mass., 1949)]).

fofa, grasienta, gente que come demasiado, ni hablar del hecho de que, en contraste con la pareja edénica original, ya no es Eva la que le ofrece a Adán la manzana, sino es Adán el que le ofrece el bocado a Eva, y hasta el bocado ya no consiste de la manzana de la inteligencia, sino de la butifarra enmostazada de **idées recues**. Incluso la serpiente ha desaparecido; ha dejado atrás sólo una piel. Y, finalmente, lo que parece ser lo más grave para LL, dios ya no expulsa a Adán y Eva del paraíso, mejor dicho: al Dios de hoy, viejo también seguramente, le da lo mismo si la pareja se queda o no en el paraíso del pecado original: el de haber perdido su juventud. De ahí que la juventud está obligada a convivir con los pecadores adultos, incluso en días domingo, el séptimo día de la creación.

No creo que sea necesario dar más documentaciones de una actitud básica en LL: la de una desconfianza profunda frente al mundo adulto, mundo que, cuando LL escribió **UPS**, los jóvenes experimentan, naturalmente, más inmediatamente en sus padres o en los encargados de su educación.

Como Mario Savio lo proclamaba en la Universidad de Berkeley hace algunos años, durante el Free Speech Movement (que consistía, en parte, en el pedido simbólico de los estudiantes rebeldes de pasar por las calles con un cartel en alto que debió rezar tan sólo dos palabras —simbólicas de su desconfianza al mundo adulto y corrompido— dos palabras comunmente consideradas groseras y obscenas: por los adultos)... como Savio proclamaba: **"Don't ever trust anybody over thirty"**, o sea: Nunca se fíen de nadie mayor de treinta años; así LL quiso pintar un retrato de adultos que, decididamente, a éstos no les fuera favorable. A la pareja tan intensamente burguesa y prosáica de la playa nos la ha presentado como una especie de síntesis de todo lo que los héroes postadolescentes de la novela aborrecen en

a) sus padres (véase también el cuento "Para hacerse ricos" o el otro "Todas las flores")

b) el mundo burgués de los "grandes".

Y ¡ay! de él o ella que, entre los jóvenes, se adhiera a los valores de ese mundo o se deje seducir por sus tentaciones. Le sucederá lo peor que los héroes de LL se pueden imaginar —se llevarán bien con sus padres!

Al fin y al cabo, claro está, la confrontación de las generaciones es, a su vez, simbólica, es una suerte de metáfora de la lucha entre el bien y el mal. **UPS** es, en su concepto ético, algo así como un Western limeño, o, si se quiere, una **Miraflores Side Story**.

III

Tendido el puente colgante que acabo de tejer, procederé al próximo puente sobre el abismo entre el contenido aparente y el verdadero de **UPS**. Habiéndose acercado ya los dos barrancos, la construcción del segundo puente podrá hacerse más rápidamente.

Como cualquier novela o anti-novela, ésta también nos presenta a:

1) figuras principales: Juan, Felipe, Arriaga padre e hijo, Carmen, Alfonso, Esnaola;

2) figuras secundarias: sirvientas, secretarias, policías, peatones, en breve: la comparsa.

Por supuesto, en el plan físico, dentro del marco circunstancial de una escena dada de la novela, una figura principal puede ser reducida, provisionalmente, a la valencia de una figura secundaria, por ejemplo: Esnaola, cuando lo vemos la primera vez. O, a la inversa, figuras secundarias pueden, provisionalmente, asumir la valencia de principales, por ejemplo: la pareja fofa.

Ahora, normalmente —aun en las novelas más experimentales o de *avantgarde*, y especialmente en las novelas cuya narración procede linealmente—, el escritor nos da, por diversos métodos, una descripción física —en el sentido más amplio del adjetivo— de las figuras principales. De ella, como también de las acciones físicas en algún momento dado, puede (y en la novela moderna o “la novela nueva”: *suele*) surgir la descripción psicológica de los personajes. Pero mi propósito aquí no es la investigación de esta última, sino la de un fenómeno aparentemente extraño en el método de LL de emplear y omitir descripciones físicas. Veamos algunos ejemplos:

... tres muchachos, los tres vestidos con camisas amarillas, levantaban los vasos de cerveza en honor de un futbolista (30).

Más no necesitamos saber. Nos podemos imaginar el resto (incluso la psicología de los muchachos). Además, los tres son figuras que no tienen valencia narrativa, son comparsa. ¿Cómo es la secretaria del señor Arriaga? Pues así:

La muchacha sonrió. Era morena, de ojos rasgados (59).

La descripción de la pareja en la playa ya la conocemos, aunque hay que precisar que, con ese Adán y esa Eva, la descripción es de otra índole: ellos, en ‘sus’ escenas casi son figuras principales. Son símbolos, sólo que de (mucho) carne y huesos. La mamá de Fernando Arriaga, que en cuanto a su presencia física pertenece a las figuras secundarias, se nos presenta como una “señora canosa y delgada”. En una bodega conocemos a un hombre que, como comparsa, no tiene, en la novela, otra función que la de atender a nuestros héroes: “el pelo le caía por la cara, no estaba afeitado”. Esnaola, cuando aparece la primera vez, está presente muy fugazmente, es decir: su valencia física esa primera vez es la de una figura secundaria. Sin embargo, LL lo describe: “un hombre pequeño, delgado, con una casaca”. En la oficina de Arriaga, Juan es testigo de cómo el padre, invisible, se despide de un visitante: “se abrió la puerta y un hombre grueso, vestido de marrón, salió inclinándose ante la voz que le decía: —He tenido mucho gusto” (60). Ese hombre, igual que los tres muchachos, la secretaria, el hombre de la bodega, no tiene nin-

guna función en la novela, de no ser la de comparsa, de decoración, de mueble novelístico

La comparsa también comprende animales o fotos:

Sobre el escritorio había un calendario con la imagen de una muchacha rubia de piernas largas y gorro de marinero (107).

... en algunos viejos letreros un hombre levantaba una botella, una muchacha rubia blandía con expresión de felicidad un cepillo de dientes: la pintura se había descolorido y los rostros eran pálidos e incompletos,

La blanda arena blanca y... la otra, oscura, húmeda, endurecida (11).

Se habrá observado que mis ejemplos se han desplazado lentamente de personas hasta cosas. Una especie de metáfora de este desplazamiento es la fijación del hombre en un espejo, en una foto o un retrato. También se habrá notado que, a **grosso modo**, las descripciones han venido siendo más detalladas cuanto más se cosificó lo descrito.

La pregunta lógica es ahora: si la comparsa, tanto la animada como la inanimada, le merece al autor una descripción física, ya sea instantánea o acumulativa, ¿cuánta descripción le merecerán las figuras principales?

La respuesta sorprendente es: ninguna.

Aparte de Esnaola, todos los personajes principales de **UPS**, aun Carmen, permanecen, a través de la novela íntegra, sin rostro y, por ende, sin expresiones. No hay nadie, entre los principales, que, en un momento dado, sea descrito como lo fue, en la cita arriba, la muchacha rubia del letrero que "blandía una expresión de felicidad".

Este fenómeno me parece muy extraño, y me resulta, al primer intento, difícil encontrar una explicación, a no ser simplemente la influencia de Robbe-Grillet y del **nouveau roman**. ¿Cómo entonces delinea el autor a sus héroes, los principales?

Lo hace estrictamente por medio de **lo que hacen** y de **lo que dicen**. Es, pues, el método que se basa en las teorías conductistas: por sus palabras y por sus acciones los reconoceréis. Psicología es, ya lo sabemos, para esa técnica una palabra grosera.

A: Lo que hacen:

Leamos, por ejemplo, cómo se nos presenta Juan. La primera acción que él performa es ésta:

Irguiéndose, Juan se frotó los ojos y hundió la cara entre las manos (7).

Desprendemos de esto que tiene un cuerpo con qué erguirse que tiene ojos, que tiene cara, que tiene manos. Luego nos enteramos de que

Se detuvo un instante ante un espejo, pasándose la mano por la mandíbula (7).

O sea, también tiene mandíbula. Siguiendo ahora, sucesivamente hasta que nos cansemos— los movimientos de Juan, observando sus acciones tal como las describe LL, nos informamos de que tiene: pies (se pone los zapatos), una boca (fuma), pulmones (aspira el humo), rodillas, etc. En otras palabras, tiene un cuerpo con todo lo que eso implica —ya dije que Carmen es su amiga.

Pero un cuerpo así lo tiene, con excepciones estadísticamente mínimas, cualquiera. Juan, a juzgar por lo que el autor nos dice de él, no se diferencia físicamente en nada de cualquier otra persona, es una especie de receptáculo al que el autor hubiera podido verter cualquier ser humano masculino y joven. No hay, físicamente hablando, nada que a ese ser le hiciese específicamente Juan, el héroe de esta novela. Cualquiera podría ser el héroe.

Eliminada la individuación física, la inconfundibilidad concreta de Juan, queda tan sólo la posibilidad de perfilarlo psicológicamente, de darle un “rostro” personal e individual, psicológicamente inconfundible en el contexto de esta novela por medio de lo que sus acciones dejan entrever.

LL emplea el siguiente método para lograr este tipo de individuación: por un lado, la mayoría de las acciones de Juan, sus movimientos, sus gestos, en breve: lo que hace con su cuerpo, permanece neutral: no implica, no revela nada.

Por ejemplo: Los dos amigos están en la playa —

[Juan] saltó y se hundió en la espuma despedida por las olas... se dejó llevar y cuando sus espaldas tocaron el piso se impulsó hacia arriba y sacó la cabeza del agua, los ojos entrecerrados, el pelo pegado a las sienes, la boca abierta reclamando el aire... etc., etc. (11).

Por el otro lado, sus acciones, movimientos, gestos, etc., sí implican algo (un algo cuya interpretación está dejada al lector —como en la vida diaria, pues, donde también tenemos que interpretar lo que la gente hace por lo que ello nos parece implicar).

Por ejemplo: Juan está en el escritorio del señor Arriaga, el archi-malvado de la novela. Este le revela—

—Hemos entregado a la policía los periódicos que sacamos de la imprenta.

—¿Cómo? [reacciona Juan].

Había puesto su vaso en una pequeña mesita, al lado del sillón, que derribó al levantarse bruscamente. El whiskey cayó sobre la plataforma (118).

Esta es una escena de crisis. Eso de levantarse bruscamente y de derribar una mesita y de causar así que el whiskey caiga

sobre la alfombra, me parece en sí bastante barato, es pura película, melodrama ya muy gastado. Pero de eso no se trata aquí. Lo que demuestra esta acción de Juan, es su estado de ánimo, su decepción, el trauma psíquico que experimenta al enterarse del comportamiento traidor de Arriaga padre. Lo exterior le sirve al autor para demostrar (si bien no para definir, como lo harían los autores del siglo pasado, como lo hacía todavía hace pocos años Julio Ramón Ribeyro), lo exterior; repito, sirve para indicar lo interior, acción objetiva revela reacción subjetiva.

B: Lo que dicen:

Quisiera, otra vez, usar como ejemplo una escena climática. Durante el interrogatorio en las oficinas de la policía de investigaciones, Esnaola —la víctima de la novela—, después de haber sido aparentemente maltratado por los investigadores, pide a Juan que éste avise —a quien no nos es revelado— que Esnaola ha sido tomado preso. Liberado por la gestión de Arriaga padre y llevado a la casa de los Arriaga (que por supuesto queda en San Isidro, en el Olivar), desde donde Juan repetidas veces llama al número que Esnaola le había indicado. Siempre está ocupado. Finalmente, sale a la calle:

...cerca de la casa de Arriaga entró a un café.

—¿Tienen teléfono? preguntó.

Le indicaron uno, al fondo. Fue, marcó un número, es-peró largo rato. Colgó el fono y volvió hacia la puerta.

—¿Se comunicó? le preguntaron.

—No, dijo Juan. Nadie contesta (120).

Estas son las últimas líneas de la novela. Encierran, muy lo-gradamente en cuanto a la técnica, todo el drama y su desen-lace trágico para el sindicalista Esnaola. Sin embargo, el autor en el fondo lo deja exclusivamente a nosotros el imaginarnos qué cosa pasó en esta escena y por qué. Las palabras aquí dicen, mejor dicho: nos dan indicaciones escuetísimas de lo que proba-blemente le suceda a Juan: está tratando de cumplir el encargo de Esnaola, al mismo tiempo que, después de las revelaciones que le hizo el viejo Arriaga de su acción canallesca, se da cuen-ta, quizá por primera vez, cuál fin trágico probablemente tendrá para Esnaola todo aquello que tanto los buenos de la no-vela como los malvados de la novela han hecho, los primeros para ayudar al sindicalista, éstos para frustrarlo. Pero en ningún momento el autor nos dice qué, exacta y circunstancialmente, le puede pasar o haber pasado a Esnaola. Deja a nosotros los lec-tores imaginárnoslo, y es bien sabido que lo desconocido lo lle-namos siempre con terrores más grandes, que lo conocido.

Hay más en esta escena (que en un drama sería la catástro-fe): el breve diálogo que cité, incorpora un extremo paradójico en el uso de las palabras para delinear procesos psicológicos, incor-pora al último recurso que la palabra tiene: el del silencio, de decir lo indecible diciendo nada del todo. Me refiero a las pala-

bras “esperó largo rato”. O sea, esta vez el número marcado **no** está ocupado (como lo estuvo en la casa de los Arriaga), el teléfono, suena y suena y suena —“largo rato”. Sólo que ahora, ya “nadie contesta”: con estas dos palabras el autor nos indica que ya no hay palabras. Es el silencio causado por aquello cuya identidad LL no nos revela, sólo nos permite adivinar, igual que no nos revela de quién es el número de teléfono (¿del sindicato? ¿de la casa de Esnaola? ¿de amigos?), es el silencio que explica nada y dice todo: el silencio de la tragedia.

Por otra parte, en su afán de dejar todos los procesos concretos y circunstanciales en el misterio, tanto más aterrador por ser justamente éso; misterio, el autor, aunque muy brevemente, se descuida. Y este descuido, por conducirlo a la mistificación, desbarata un poco, no mucho, sin embargo a un grado lamentable en el presente contexto, el efecto que LL ha logrado al dejarlo a nosotros el imaginarnos, en base a parsimiosísimos datos, lo terrible que le acaeciera a Esnaola. Me refiero al descuido de LL de usar el artículo indefinido en vez del definido delante la palabra “número”: LL escribe que Juan “marcó **un** número”. La lógica nos exige que entendamos este número como el que Esnaola le había dado a Juan. Este marcó pues “el número”, no “**un** número”. El mismo error comete el autor dos páginas antes, donde leemos que “fue al teléfono y volvió a marcar **un** número” (118). Lo mismo en la página (117): “Marcó **un** número...” No es un número **cualquiera** que Juan marca cada vez que marca, es **el** número, el que Esnaola, le había dado. Al dejarnos con la impresión de que, quizá, ¿quién sabe? Juan esté marcado una vez ése, otra vez aquél número, y la tercera vez otro número más, LL está rompiendo, muy fugazmente por cierto, la disciplina de la técnica que se ha impuesto⁶. Pero llamo la atención de Uds. a este descuido sólo a suerte de botón de muestra que permite descubrir, mejor que si este pequeño defecto no existiera, cómo LL ha escrito una escena excelente.

Pero hay más detrás de esta sustitución del artículo definido por el indefinido. Se me ocurre que este reemplazo de lo definido por lo indefinido encierra una actitud básica del escritor LL: le permite escribir de esa manera “cool”, casi diría “refrigerada”, de la que ya hice mención y a la que volveré en otro contexto. Llamo “cool” la tendencia, casi manía, de LL de escribir y de describir **contra** la carga emocional, **contra** la tensión inherentemente dramática, de un evento. Quizá sea esto lo que Abelardo Oquendo tenía en mente cuando, como me informé, clasificó **UPS** como una **metáfora** de Lima; o lo que Mario Vargas Llosa, caracterizando la atmósfera que, a su juicio, exude la novela, llama, como él me comentó, la “modorra de Lima”.

Vemos así que el defecto mencionado —“**un**” un lugar de “**el**”— es como la grieta, el intersticio en una puerta, intersticio

6. “Si la técnica del relato es objetiva”, comentó LL en una carta a mí del 22 de octubre de 1967, “en las escenas finales debe hablarse de **un** y no de **el** número de teléfono, pues **el** entrañaría una identificación, es decir un narrador omnisciente; el lector, naturalmente, comprende de qué número se trata”. A lo cual yo contesté lo siguiente: “...entonces tampoco deberíamos tener la información que es Juan el que sale a llamar por teléfono... ninguno de los caracteres debería entonces tener nombre, sino sólo etiquetas: A. B. y quizá la C., etc.” (mi carta del 19 de noviembre de 1967).

por el cual podemos espiar al interior de la habitación oscura "donde", como dice el Diccionario de la Real Academia Española para la aceptación botánica y zoológica de "habitación", "donde naturalmente se cría una especie vegetal o animal", o sea: el artista.

Resumiendo, podemos decir ahora: LL incrementa el aspecto físico, lo redondeado (el término de E. M. Forster para describir un tipo de caracterización novelística), incrementa lo redondeado de su material concreto —seres humanos, cosas— a medida de que este material se cosifica. Cosificados son, para esta finalidad, también los seres vivientes pero de poca valencia narrativa en un momento dado, la comparsa. Y a los personajes principales les niega apariencia física individuada; sólo les concede estados psíquicos, dejando entrever éstos por las acciones y reacciones físicas (entre ellos los parlamentos) de los personajes. Tenemos, en otras palabras, otra vez la contravención de las normas tradicionales según las cuales a lo importante, a lo principal (o las figuras principales) se le depara un acrecentamiento, una acreción mayor de detalles, mayor que a lo menos importante, lo subsidiario.

IV

La lógica conclusión de este análisis debe ser que seguramente la realidad circundante del hombre, de la comparsa tanto como en los personajes principales, recibirá, de la pluma de este escritor, el improporcionadamente mayor número de palabras. Efectivamente, es así.

Por la razón de que muchas palabras son precisamente esto: una multitud de palabras, me veo impedido aquí de dar ejemplos. Tengo que dejarlo a Uds. leer o volver a leer **UPS**, para cerciorarse de lo probó de mis teorías y de mi análisis. Felizmente, a mí este impedimento me permite explayarme a mis anchas, en lo que sigue, por medio de generalizaciones.

Me toca ahora entrar en la cuestión más embarazosa de **UPS**: la de las **longueurs**, de lo que creo, en castellano —y técnicamente— se llama más elegantemente **retardaciones**. Me refiero a los pasajes tantas veces casi interminables y, a mi ver, aburridos que no tienen nada que ver con la trama.

Me doy cuenta de que, hoy día —especialmente desde el surgimiento de la nueva novela francesa (aburrida **par excellence**), del **nouveau roman**, quien aplica el criterio de si o no una novela, parcial o totalmente, es una novela aburrida, se expone a que se le desdigne y se le llame reaccionario, falto de comprensión literaria, sin interés en crear un nuevo mundo, ya sea éste **real** y mejor, o **ficticioso** y mejor. En el presente caso, me resigno a tales epítetos, pues prefiero el suspenso al aburrimiento. Norman Mailer lo expresó maliciosamente bien: cuando el lector se aburre, hoy en día prende el televisor y enciende el libro. El derecho de los unos, de los que aburren, a llamar a los otros, los que se aburren, aburridos, proviene de la misma fuente que el

derecho de los que se aburren, de llamar aburridos a los que los aburren.

En la literatura no hay standards que no sean determinados por situaciones histórico-culturales, y éstas determinan tanto a los críticos como a los escritores, o sea: los criticados.

Las **longueurs** se encuentran en **UPS** virtualmente a cada tantas páginas, por ejemplo: en las páginas 8, 9, 10, 12, 20, 24, 25, etc.

Ahora, según nos informó Ribeyro, LL es un escritor demasiado inteligente como para no saber qué cosa estaba haciendo cuando escribió estos pasajes de retardación: "Loayza poseía, dice Ribeyro, una inteligencia tan fina, tan llena de matices, tan brillante por momentos", que debe haber algún motivo por el cual él insertaba en su novela —y en muchos de sus cuentos (véase "Recuerdo otro verano")— todas esas escenas que describen objetos, ambientes, pintan con cuidado minucioso todos esos, actos, gestos, movimientos, todos los paisajes, las calles, tiendas, circunstancias absolutamente dispensables para la trama de la novela.

¿Cuál podría ser el motivo?

Uno, seguramente, fue el de emplear, un estilo que, cuando LL escribió la novela, era de moda⁷. Pero, en este momento, el **nouveau roman** no interesa mayormente.

7. Concluida la lectura de la versión original de este texto en el IRPB, Mario Vargas Llosa, comentando mi charla, me dijo que LL escribió la novela en España y que, cuando estuvo allí, no consideraba de mayor interés ni muy factibles las teorías del **nouveau roman**. Al principio, esta aseveración obviamente basada en informaciones desglosadas de conversaciones con LL, como me imaginó lo habrán sido las referencias de MVLI a lo de la "modorra de Lima" y la de A. Oquendo a la metáfora de Lima que constituye UPS, al principio, estas aseveraciones me desconcertaron. Volví a leer la novela, y tengo que decir que no encuentro en ella nada que me hiciera dudar de la impresión anterior que recibí de ella: que es una aproximación al **nouveau roman**; UPS cumple demasiado a la perfección las exigencias de esa 'novela nueva' como para omitir, en un estudio de la obra, una referencia a ese tipo de novela. Además, ¿no es acaso posible que un autor haya querido hacer A, pero, al final hizo B? Como comentaba Zola, el talento de un poeta (escritor) muy bien puede ir contra sus convicciones, y, agrego yo, por supuesto también contra sus intenciones. Para reforzar mi convicción de que UPS es una versión peruana del tipo de novela que se llama **Le nouveau roman** —haya querido escribirla o no el autor—, quisiera traducir, del alemán, la mejor definición que conozco del **nouveau roman**:

"... forma de novela vanguardista francesa en oposición total a la tradición, surgida del afán por "literatura objetiva" por medio de eliminación del subjetivismo del narrador. Descripción complicada, exacta, fría y objetiva de données concretas perceptibles como desciframiento objetivo del ambiente y sus cambios visibles desde la perspectiva de una figura principal, o de un órgano anónimo de visión; representación geométrica-física, casi como en un guión, de la superficie del mundo, dejándolo al lector interpretar la realidad de ella, casi vaciada de sentido (de ahí que se la llame también, erróneamente, 'novela sin objeto'). Experimentos estilísticos para encubrir la acción que, en parte, aun así, está presente implícitamente. Representantes principales: A. Robbe-Grillet, ..., N. Sarraute, M. Butor, C. Simon, J. Cayrol, R. Pinget". *Wörterbuch der Literatur*. Compárese también el resumen hecho por Ernesto Sábato que precede, como epígrafe, este texto).

Si miramos de cerca, vemos que las **longueurs** se dividen en dos tipos distintos:

a) las que nos describen la naturaleza, incluyendo ésta lo que comúnmente se llama naturaleza, lo que existe autónomo, sin que el hombre fuese necesario para esta existencia, o sea: playas, barrancos, acantilados, parques, etc; y otra naturaleza que es producto de la mano del hombre: calles, edificios, bares, barrios residenciales o inhabitables, etc.

b) las que nos describen, minuciosamente, el comportamiento de seres humanos, preferencialmente el de los personajes principales.

Los primeros tienden a leerse como si fuesen exceptos de una especie de guía turística de La Gran Lima y Balnearios. Por ejemplo:

Alta costa de Lima, en algunas zonas surgen los manantiales y hacen crecer las enredaderas, los arbustos cuyas flores tienen pétalos gruesos, las cañas; contra el polvo y las piedras del acantilado un sistema de delgados caminos (hechos por quienes vinieron a la playa y volvieron colgándose a la línea vertical del acantilado como arañas) que son como venas en esta frente hundida en el mar tranquilo (92).

O esto:

...al otro lado de la calle, estaban las grandes residencias, algunas de ellas los primeros edificios levantados en estos sitios, años atrás, y que ahora comenzaban a desaparecer, dejando espacio que ocuparon con sus altos muros, sus techos en punta contra lluvias o nieves inexistentes, sus vastos jardines, dejando el lugar y el prestigio y a veces algunos árboles, a otras casas más pequeñas y modernas, de colores lisos y claros y grandes ventanas (20).

Ambas citas se leen exactamente como sacadas de **Campos de Nijar** o de **Señas de Identidad**, libros de Juan Goytisolo (quien, después de todo abogó, en su **Problemas de la novela**, por precisamente este tipo de escritura).

Los segundos —del tipo (b)—, sobre el comportamiento de seres humanos, se leen así:

Después de un rato el café empezó a llenarse de gente. Algunos se quitaban los sacos y los ponían en el respaldo de las sillas. Entre las mesas un muchachito vendía billetes de lotería y se ofrecía a lustrar zapatos. Una mujer vendía peines; los metía en el bolsillo del posible comprador y no aceptaba que se los devolviesen sino después de largas discusiones. Juan leía el periódico (67).

También estas descripciones, en cierta manera situadas entre el tipo (a) y el tipo (b), tienen un poco el sabor a guía turística. Se tiene la impresión como si hubiesen sido escritos para extranjeros, como si la novela hubiera sido compuesta, en cierto grado,

para un público en algún otro país. Pues ¿quién en Lima necesita saber lo que pasa en un café céntrico? Se podría objetar que estas descripciones tienen la finalidad de obligarnos a ver de modo "fresco", "nuevo", "alienado" (*verivemdet*) una realidad que nos es hartamente conocida. Volvere sobre esta objeción en seguida.

Estas informaciones 'turísticas' contrastan, todas, muy extrañamente con la economía mistificadora, para decirlo así, en el manejo de los sucesos anecdotaes de la novela. Aquí un ejemplo más del tipo (b: descripción minuciosa del comportamiento de seres humanos):

Antes de llegar al cuarto de baño Juan empezó a quitarse la camisa. Cuando le tocó el agua fría de la ducha dio un paso atrás, pero luego volvió a avanzar, ofreciendo el pecho. Al inclinar la cabeza, el agua le cayó sobre la nuca y la espalda, haciéndolo estremecer. Levantó el rostro para llenarse de agua la boca abierta. La arrojó con fuerza. Canturreaba. Al salir abrió otra vez la ducha para limpiar la arena que había caído de su cuerpo. Se afeitó en el cuarto de baño y fue a vestirse a su habitación. Cuando acababa de anudarse la corbata apareció otra vez la mujer (15).

¿Por qué todos estos detalles (A propósito: ¿"abrió" verdaderamente la ducha "para limpiar la arena"?). No sé para qué sirven; sólo puedo hacer ejercicios de conjetura. De todos modos estoy convencido de que las *longueurs*, no se deben a una inexperiencia del autor. Son intencionales. Y probablemente obedecen al afán neo-naturalista de los últimos años, el revelarnos algo conocido, algo ya no conscientemente apercibido, algo que en la vida diaria pasamos por alto, revelárnoslo, digo, como existente.

Me parece menester ocuparme un poco más detalladamente de este fenómeno estético, antes de seguir mis comentarios. En el fondo, es el impulso básico de cualquier arte, a saber: el de presentarnos una realidad en manera tal que la *veamos*. Bertolt Brecht escribió largamente sobre esto en sus escritos teóricos; antes que él, lo hicieron los románticos alemanes, y así muchos otros, teóricos y creadores. El ejemplo acaso más revelador lo cita el ruso Viktor Sklovskij en su ensayo "Arte como artificio" (*Kunst als Kunstgriff*: transcribo de la versión alemana de *O teorii prozy* (1925) reproducida en *Theorie der Prosa*, S. Fischer, 1966) "un muchacho pensaba la oración: *Les montagnes de la Suisse sont belles* como una secuencia de las letras "l, m, d, l, S, s, b" (13). Con este método algebraico de pensar las cosas, éstas se comprenden como número y espacio; no las *vemos*, sino las reconocemos por las características que presentan. El objeto, para decirlo así, nos pasa empaquetado, sabemos que existe, pues ocupa espacio, pero sólo vemos su superficie. Bajo la influencia de una tal percepción, el objeto desaparece, ya no se lo percibe y, por ello, ya no es reproducible" (13). Luego, Sklovskij cita del diario de Lev Tolstoj lo escrito el 28 de febrero de 1897 en Nikolskoe: "Haciendo la limpieza yo di la vuelta por mi habitación y, cuando llegué al sofá, no me acordaba si o no ya lo había limpiado. En vista de que los movimientos que se hacen al desempolvar son rutinarios e incons-

cientes, no pude acordarme, y sentí que eso era imposible. Si yo había limpiado y lo había olvidado, es decir: había actuado inconscientemente, entonces es exactamente como si nada hubiese sucedido. Si alguien me hubiese observado conscientemente, se podría reconstruir mi actuación. Pero si nadie lo había visto o lo había visto sólo inconscientemente, si toda la vida tan compleja de muchos hombres transcurrir inconscientemente, entonces es como si esta vida no hubiese sido" (13). Comenta ahora Sklovskij: "A fin de restablecer para nosotros la percepción de la vida, hacer palpables las cosas, pedregosa la piedra, hay aquello que llamamos el arte. La meta del arte es, darnos un sentir de las cosas, una sensación que sea un ver y no sólo un re-conocer. Para lograr esto, el arte emplea dos artificios: aliena las cosas y complica las formas, a fin de hacer más difícil el proceso de percibir las y de prolongar la duración de este proceso. Pues en el arte este proceso es una finalidad en sí y debe ser prolongado. El arte es un medio de experimentar el devenir de una cosa; lo ya devenido, para el arte, carece de importancia" (14).

La manifestación más reciente de este impulso estético. la vemos en el neo-naturalismo —del cual hay varias versiones⁸— que hoy, al lado de la literatura fantástica, está en boga.

El neo-naturalismo, en resumen, sólo quiere revelarnos lo acostumbrado con una insistencia casi hipnótica hasta que nos parezca fascinante, in-acostumbrado, en una nueva luz, en breve: hasta que los reconozcamos como "alienado", es decir: hasta que lo re-descubramos. Habría que ver si las *longueurs* en la obra de LL realmente nos "re-descubren" algo.

8. Refiero al lector, en este contexto, a una manifestación sumamente interesante de ese neo-naturalismo: a la película de Andy Warhol llamada *The Chelsea Girls*. En esta cinta casi interminable (más tarde hizo una que se llama ****, nada más, y dura 25 horas) —y la interminabilidad es otro índice del naturalismo— vemos una secuencia donde un muchacho come una naranja, ¡durante algo como veinte minutos! Se diría que eso no puede ser muy interesante. Efectivamente, al principio la secuencia no lo es, y el espectador divierte su atención a las secuencias sincrónicas que le presenta la película al mismo tiempo. Pero el espectador vuelve y vuelve a mirar al joven que devora, siempre, la naranja. Y, de repente, el espectáculo se vuelve mucho más interesante que cualquier *cowboyada*. La razón parecería ser que, hasta este momento, habíamos visto el proceso de comer una naranja 'algebraicamente', así: hombre come naranja — h.c.n. Creíamos que sabíamos cómo es y cómo se desarrolla ese proceso. Y, a partir del momento en que nos concentramos en la actividad de ese muchacho (que lee un libro al mismo tiempo), descubrimos que nunca —que nos acordemos— hemos visto, que nunca hemos, en verdad y con atención, observado a nadie comer una naranja. El proceso se vuelve casi dramático. En la última instancia quizá porque nos preguntamos todo el tiempo: ¿qué pensará este muchacho de a) lo que está leyendo, b) sobre el hecho de que, posiblemente (ninguno de los actores de esa película dentro de la película *The Chelsea Girls* sabe si el director, Andy Warhol, está o no fotografiándolo o cuando lo está fotografiando) ... el hecho repito, de que, posiblemente, dentro de algún tiempo, diariamente alrededor de 500 personas lo observarán en este acto de comer una naranja. Otro ejemplo del neo-naturalismo es el del teatro en New York donde cualquiera, tras haber pagado sus dos dólares, puede, a cualquier hora, entrar y observar, durante cuánto tiempo le guste, la vida en familia y diaria de una familia, consistiendo de una señora, su marido, dos hijos, un perro, que todos, simplemente "viven", "habitan" en su "casa" (el escenario) sin hacerles caso a los espectadores (si eso es posible). Y esto durante día y noche. No he visto ese espectáculo; me imagino, sin embargo, que no será, si uno se queda un tiempo moderado, menos interesante y revelador que la devoración lenta de la naranja.

Otro motivo de las retardaciones, puede haber sido para LL el de querer describir con un mínimo de palabras un máximo de sucesos de circunstancias, en fin: diversos aspectos de la realidad circundante.

Otro motivo más puede haber sido el de poner en relieve la belleza —y huelga destacar que muchos de los pasajes que estoy criticando porque me aburrieron, tienen una extraña belleza (¿pero es belleza lo que, hoy, buscamos en el arte? Y, si efectivamente es la belleza, ¿qué, hoy, es bello?)— la belleza del mundo que nos rodea cuando éste no ha sido comprometido, como lo son los hombres, por afanes políticos, o sometido a intereses mezquinos y grandiosos.

Otro motivo más puede haber sido el empeño del autor de usar el truco narrativo de la retardación para aumentar nuestra expectativa de saber cómo seguirá la acción. Si esta conjetura está justificada, me veo obligado a decir que el autor falló en su intento: el lector tenderá a omitir las retardaciones y, como suele hacérselo como lector ingenuo, reanudar la lectura en la página que trae las próximas conversaciones.

Claro, la retardación como truco narrativo es antiquísimo: piénsese tan sólo en los estudios de Erich Auerbach en su obra fundamental *Mimesis*, en la que explica las retardaciones en la *Odisea* de Homero: en el canto XIX, Ulises regresa a su casa, a Penélope. Eurykleia, que fue la nodriza de Ulises, le lava los pies. Al hacer esto descubre una herida en el cuerpo de Ulises y lo reconoce. Sigue ahora, interrumpiendo esta secuencia de bastante suspenso —después de todo, Ulises está en la casa de su mujer, que todavía no lo ha reconocido, y todos estamos curiosos de ver cuándo y cómo por fin lo reconocerá— sigue una larguísima explicación de cómo, cuándo, en la casa de quién y en qué circunstancias Ulises recibió la herida. La acción principal, mientras tanto, descansa. Y sin embargo, nosotros los lectores no nos aburrimos, y es porque la inserción, el excursus a la historia, a la biografía de Ulises, nos cautiva, por su riqueza de detalles, por lo inmediato del relato, hasta que por fin volvemos a la acción principal. Igual que los lectores de estas líneas ahora serán devueltos al argumento del que me alejé para saludar a Auerbach y Ulises.

A Homero, estas excursiones, estas retardaciones, le servían tanto para crear un cierto suspenso cuanto para demostrar que, para él, es decir: para su público, el pasado y el presente, lo lejano y lo inmediato, tenían el mismo valor, siempre y cuando fueran presentados con la misma valencia narrativa. La realidad en la *Odisea*, era una superficie infinitamente rica e interesante. El escritor en otras palabras, efectivamente tuvo una relación muy viviente con su realidad social y física.

Creo que, en términos modernos, LL quiso lograr un efecto similar. Ya he demostrado

a) cómo él considera a la comparsa de su novela, a veces incluso a los personajes principales si el contexto lo exige, a objetos y acciones, como los considera casi del mismo valor;

b) cómo trata a sus personajes principales de receptáculos cuyo contenido está siendo individuado por sus respectivos psiques.

No sorprende entonces que LL le preste tanta atención, tanto cariño, tanto interés a la descripción de todo lo que sea no-reflexivo o casi no-reflexivo o lo sea en ciertas circunstancias: donde el acento no está, con seres humanos o animales, en éstos sino en alguna acción de las figuras principales. Tenemos, por ejemplo, al principio del libro las descripciones de la playa de Conchán y del viaje hacia ella, y les ruego observar cómo en esas descripciones de los personajes principales reina una cierta abundancia ya sea de abjetivos o de aposiciones descriptivas y de definiciones, cómo resulta una plasticidad de lo descrito por la técnica de lo escrito:

La playa de Conchán está cerca de Lima, hacia el sur. Tiene varios kilómetros de largo pero no es integralmente utilizable, pues en ciertas partes la cortan los pantanos —llegan hasta el mar, que reciben agua de las mareas altas— y en otras los propietarios la han convertido en pequeñas playas particulares. Hay muchos pájaros marinos. Son pescadores; vuelan muy cerca de la superficie y súbitamente se dejan caer, se hunden un momento antes de volver a aparecer con un pescado que se agita en el pico... La arena es gruesa, los olas tan altas y violentas que no es posible bañarse sino en la espuma que forman después que han reventado y que basta, en algunos sitios, para cubrir a un hombre. La mayor parte del año un viento poderoso bate toda la extensión; durante el verano el fervor del sol dilata el aire inmóvil, pero el mar cercano es el movimiento y la frescura (10/11).

Se ve: el estilo está basado, en este pasaje, en sustantivos, adjetivos predicativos y verbos. Se lee muy bien, pero no impide la sospecha de que fuera escrito para un Baedeker o para un folleto de la COTUR PERU. Ahora ésto:

En la mañana amarilla y cálida, la velocidad [de la moto] provocaba contra [Juan y Felipe] un viento tibio. Pronto llegaron a la avenida que les arrojó las rápidas sombras intermitentes a sus árboles... La multitud salía lentamente de la oscuridad de la iglesia y las primeras muchachas, de vestidos claros, iniciaban bajo los árboles el breve paseo semanal después de misa (8).

Aquí los adjetivos y los sustantivos, no informativos tanto que sugestivos, son los que predominan. Y, además, tanto rítmica como visualmente (por las imágenes que evoca), es una secuencia innegablemente hermosa. No hay la amargura —índice de lo que llamé el misantropismo de LL— que, no muy penetrante, pero sí palpable, informa las acciones de los personajes principales.

Para repetir ahora, en la luz de cuanto precede, algo ya dicho: LL puso más empeño artístico en el tratamiento de lo que podría denominarse "naturaleza inanimada" y "naturaleza animada", o sea lo no-reflexivo en un sentido muy amplio, que en lo reflexivo y psicológico.

De allí que, muchas veces, sus pasajes, sus ambientes largamente descritos, parecen imbuidos de una especie de estado de inocencia, de algo paradisiaco. Y de allí también, por supuesto, el que rechace a padres y adultos, a Adán y Eva degenerados, y que celebre, tranquila y calmadamente siempre, la juventud.

Es pues, para decirlo de una vez, el antiquísimo problema del conflicto entre lo que en alemán se llama *Geist* (espíritu o inteligencia) e *Instinkt* (sensación, e incluso, aquí, convicción no razonante). Quizá ahora se entrevea mejor lo que hay detrás de las palabras de Ribeyro al escribir de LL: "...hubiera podido apostar cien contra diez que la gran novela peruana la escribiría Loayza y no Mario".

Ahora bien: si cuanto precede (en el contexto de las *longueurs*) es correcto, o por lo menos aceptable, entonces levanta ahora su cabeza muy despeinada y escéptica la pregunta ¿qué de los pasajes de acción en la novela? ¿Cómo contrastan con las *longueurs*? ¿Se nota un ritmo diferente?

Antes de contestar estas preguntas, quisiera hacer hincapié en que **no** me ocuparé en detalle en este ensayo del hilo circunstancial de la narrativa, o sea: de la historia en torno al periódico que sacan los protagonistas de la novela. Considero esta historia careciente del todo de interés (lo que conformaría con la exigencia del *nouveau roman* que se debe "atenuar o suprimir la anécdota"). Es una historia tan banal que, creo, ni el propio LL le da más importancia que la que encierra la anécdota en su función de pretexto para experimentar con maneras de crear realidades verbales. Digo esto porque está hartamente conocido que, en Lima, proyectos de una índole idealista (o sea: proyectos que no sirven principalmente para ganar dinero), casi nunca se realizan, casi siempre mueren de inanición, pues el medio ambiente no es conducivo en manera alguna a que prosperen tales proyectos. Creo que, muy probablemente, fue esto lo que Abelardo Oquendo quiso decir al definir **UPS** como una metáfora de Lima.

Volvamos, por eso, a los pasajes de acción o de suspenso intrínseco. Se esperaría que el estilo empleado para la creación de tales pasajes sea distinto. No lo es. O, al menos, en un grado mínimo, apenas si es perceptible. Tomemos como ejemplo que deja entrever ese grado mínimo: el final del cuento "Recuerda otro verano". Los dos muchachos, Cutico y Tito, en una playa lejana de sus respectivas casas (símbolos de protección), descubren un cadáver que flota en el mar, acercándose a la orilla. He aquí cómo LL trata ese momento de sumo drama para los dos chicos. Numero las frases para más fácil identificación en mis comentarios:

(1) Cutico tenía la boca abierta y miraba fijamente lo que se acercaba; (2) después se dió vuelta, se quitó los zapatos y dejó el anzuelo en un lado. cuidadosamente. (3) Entró al agua. (4) Tito se quitó los zapatos y fue tras él.

(5) Estaba muy cerca, flotaba, era blanco. (6) Después Tito vio el pelo agitándose en el agua y, hundida, la cara cuyos ojos parecían los de un gran pescado. (7) La lengua

salía de la boca. (8) Saltaron hacia atrás para que no los tocara. (9) corrieron a la playa.

--(10) Vámonos —dijo Cutico.

(11) Tito se demoró en ponerse los zapatos y gritó que Cutico lo esperara. (12) Cuando por fin se puso de pie y empezó a correr vio que Cutico tenía el cordel en la mano y arrastraba el anzuelo por la arena. (13) Al subir al camino Tito resbaló y se arañó la rodilla en una roca. (14) Llamó a Cutico.

(Revista peruana de Cultura, Nº 2, p. 33).

Siguen algunas líneas que describen el regreso de los dos muchachos a Ancón donde se separan, sin despedirse uno del otro, y la llegada de Tito a su casa donde busca a su madre. Al encontrarla, por fin se deja ir: "Entonces Tito empezó a llorar". Esta es la última frase del cuento.

LL, en la secuencia transcrita, alterna más o menos sistemáticamente frases largas, hasta complicadas: (6), con frases cortas: (3, 7, 9, 10, 14). Pero si miramos el "contenido" de las frases cortas, ¿nerviosas?, si miramos lo que **dicen**, vemos que —con excepción de (7)— describen hechos muy poco importantes en la perspectiva del suceso en nada diario: el descubrimiento de un cadáver (5). Es la única frase que, rítmicamente, perturba: en cierta manera ello se debe a lo entrecortado de la frase ("... **cérca**, flotaba, era blanco"); es como si LL, conscientemente, hubiese procurado evitar un climax rítmico. Es, pues, el proceso del jazz, la sincopización. Dicho esto, comprendemos también el porqué de las frases largas: (1, 2 [nótese la irritante retardación que causa, después de la coma, el adverbio muy 'pesado' : "cuidadosamente"], 4, 6, [obsérvese, otra vez, la inserción intensamente interruptiva de "hundida", entre dos comas, y el uso casi pedántico de "cuyos"], 8, 11, 12 [la observación de que, y cómo, Cutico está arrastrando el cordel es enervante: la finalidad de la observación, es, por supuesto, la de describir un fenómeno bien conocido: en momentos muy dramáticos, de horror de miedo, lo que se nos impregna en la mente no es, efectivamente, lo climático, sino lo no-importante, lo casual. Aparte de esto, naturalmente la observación sobre el cordel también retarda, nos hace impacientes por saber, por fin, la reacción de los muchachos, sobre todo de Tito], 13).

Se pudiera seguir investigando algunos elementos estilísticos adicionales —por ejemplo, el empleo, en una frase larga, de verbos que asocian y llevan una carga intensamente emocional: "gritó" en (11), "correr", (12), éste ablandecido por ese cliché eterno en la literatura peruana escrita por limeños: me refiero al verbo "empezar"; parece que, en el mundo peruano o limeño creado en novelas o cuentos, nadie nunca **hace** alguna cosa, **tout court**, sino que siempre "empieza" o "comienza" a hacerla— pero una investigación así llevaría a agrandecer su importancia más allá de la extensión del cuento en cuestión.

Conclusión: LL, en sus pasajes de acción, escribe contra el ritmo natural e innato que caracteriza una acción.

No es esto, de ninguna manera, un procedimiento nuevo; lo conocemos desde hace años en la cinematografía, especialmente desde **Hiroshima, mon amour**,⁹ de Alain Resnais, lo conocemos desde hace aún más años en el jazz.

En el fondo, me imagino, esta técnica de escribir contra la esencia de lo descrito simplemente obedece a la tendencia general en el arte de abandonar la retórica tradicional por haberse ella, a través de los años, vuelto melodrama.¹⁰ Es la técnica (muy empleada también por Mario Vargas Llosa quien, generalmente, usa el recurso de cambiar el punto de vista en el momento climáctico), es la técnica, repito, de omitir el momento decisivo de una acción, o de una reacción, el climax, y de seguir narrando como si nada. Hasta que, muy tardía, se presenta una que otra reacción al climax. Muchas veces hasta esa reacción es omitida.

Ahora bien, si LL efectivamente ha querido lograr este efecto, entonces debería descubrirse también en **UPS**. Así es. Tomemos por ejemplo su descripción (demasiado larga para citarla aquí) de la manifestación "contra el gobierno" en el jirón de la Unión (66-74): Hay solamente un cortísimo momento durante el cual los protagonistas realmente llegan a participar en la manifestación, y aun en ese momento se limitan a una función secundaria: ayudan a un páticpe verdadero a escaparse (72/3).

Todo el resto, está narrado "desde afuera": vemos, por ejemplo, la reacción (mínima) de la gente en un café céntrico, escuchamos las conversaciones de los protagonistas sobre la manifestación, oímos ruidos provenientes de la manifestación, pero vemos poco más.

¡Qué contraste enorme con, por ejemplo, la descripción de una manifestación en la novela de Oswaldo Reynoso, **En octubre no hay milagros!**

* * *

Creo que ahora también comprendemos —para volver definitivamente a **UPS**— de modo diferente, el tema **circunstancialmente** (¡no esencialmente!) más importante de **UPS** el asunto del periódico. Hay en las páginas 41 y siguientes, una conver-

9. Véase mis estudios "Hiroshima, Mon Amour, Time, and Proust", *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, XXI/3, Primavera 1963, y "Profound Banality in the Film", misma publicación, XVII/2, Diciembre 1958.

10. Compárese, por ejemplo, el drama —¿melodrama? por cierto: retórico— que Diez Canseco puso en la descripción del cadáver del pobre Gaviota: "El viento parlero y chalaco, los tumbos mansos y dormidos le fueron llevando hacia la ría, allá por el norte. Hacía allá derivó, medio hundido y tragando agua, pobre Gaviota miserable del puerto guapo, deshecho a golpes... Desde lejos, un alba clarita delató el cadáver, y otras gaviotas se alborotaron con parlanchinas estridencias sobre el cuerpo del muchacho, muerto en la mar y en su ley". Claro, hay que destacar que el Gaviota es, en el cuento de Diez Canseco, la figura principal, de manera que se merece un poco de retórica chalaca; mientras que el cadáver en el cuento de LL no es sino un incidente en la vida de los dos muchachos.

sación entre Felipe y Juan, en el curso de la cual Juan enfoca toda la empresa del periódico en estos términos:

—A veces me parece que [el periódico] es un juego de niños que quieren divertirse. Me da un poco de vergüenza.

—Creo que hasta ahora el periódico sólo ha servido para darnos la ilusión de gritar.

—Es increíble qué rápido va la cosa viejo. Ya muchos de nuestros amigos son bomberos antes de haber encendido un fósforo.

De otras novelas peruanas sabemos que, fundar un periódico, una revista, o algo por el estilo, y las tribulaciones, frustraciones, que esto trae consigo, debe ser algo así como un trauma básico, una experiencia ineluctablemente dolorosa, para cada intelectual peruano. Pero, nótese bien, para un *intelectual*, no para un chofer de taxi, ni de una empleada en el Correo Central. Es una experiencia aparentemente burguesa. Y es, estrictamente hablando, a causa del periódico y de lo que éste pretende representar, que Esnaola sufre lo que sufra. El juego de niños se ha convertido en un incendio que quema a la única persona que, en la novela actúa instintivamente y sin mayor razonamiento. Pero los bomberos ya se han ido, se han vendido o resignado. O escriben novelas sobre esa experiencia, novelas en las que experimentan con formas de distanciarse de la realidad en sus momentos climáticos, permaneciendo así en el paraíso, varados en la playa de Conchán.

V

Y con esto puedo caminar sobre los puentes que he tendido, para alcanzar la otra orilla del abismo entre una visión superficial de la novela y una quizá un poco más detenida. Y a la otra ribera nos encontramos con LL, probablemente bastante molesto¹¹ con todo lo que yo he dicho hasta ahora, y lo vislumbramos, bizco, espiando hacia la ribera de donde nosotros acabamos de partir, con una visión que he llamado, al principio de este texto, una visión esquizofrénica, una visión bizca.

Es bizca, a mi ver, porque omite el hecho de que la realidad también comprende la inteligencia y la psicología:

Una serie de objeciones pueden hacerse a las teorías objetivistas. Es ingenuo pensar que la objetividad es meramente cosa de una descripción externa, física, por más exacta, científica e impasiva que sea. Cada descripción, sea de una escena, de un carácter o de una acción, se sitúa en un terreno enteramente subjetivo que ningún grado de objetividad puede hacer impersonal: me refiero a la selección del obje-

11. Escribe LL, en la ya citada carta, "PS. Después de leer su ensayo leí por primera vez *Una piel...* y me gustó". Yo le contesté, siendo tan cronopio como él, que "Veo que, triunfalmente, he cumplido con el rol que le corresponde al crítico: conducir al lector potencial a leer libros". (1º de nov. de 67).

to. Incluso el que enfoca una cámara, hace decisiones subjetivas: escoge este objeto, y no aquél; aprovecha de esta luz, y no de una diferente, fotografía de una distancia específica, desde un ángulo particular

(“The Spanish Novel From Ortega to Castellet: Dehumanization of the Artist”, Jane Winecoff, **HISPANIA**, p. 35 siguientes; mi traducción)

Compárese en este contexto también lo que escribe Ernesto Sábato en **El escritor y sus fantasmas**, “Las pretensiones de Robbe-Grillet”, p. 112 siguientes).

Para volver a la “realidad”: ella también comprende el devenir del hombre, incluso del joven idealista, y, por fin, comprende también a padres.

Y me parece esto el único defecto serio de **UPS**:

Al **privarlos** de padres a los más o menos buenos, LL les quita su historia: la sociedad, con esto, se vuelve un problema tan sólo moral, y pierde su dimensión histórica.

Al **dotarlos** a los menos o más malos con padres LL presupone una existencia histórica del mal, y con esto también de un ingrediente fijo de la sociedad.

En una revista llamada **Journal of Mental Health** del año 1904, leí hace pocos días la siguiente, encantadoramente ingenua definición de esquizofrenia: “Schyzophrenia is caused by the fact that young people no longer obey their parents”: (mi traducción: la esquizofrenia es causada por el hecho de que la juventud ya no obedece a sus padres).

Y, finalmente, no hay duda, me parece, que hasta los jóvenes más puros de LL, algún día se harán padres, y entonces ellos también caminarán por el paraíso perdido, por la playa de Conchán, con muslos fofos, canastas llenas de butifarras, y siempre prontos a derramar sabidurías populares en forma de dichos y proverbios. Y un día morirán: “Recuerda otro verano”. Siendo seres humanos, la juventud no **puede** permanecer joven, y tampoco puede cosificarse para aproximarse a lo no-reflexivo de la naturaleza, ni tampoco distanciarse de lo climático, lo melodramático de la vida. La juventud, pues, es, como lo es también la vejez, una piel de serpiente. **Una** piel. Después, al descartar ésta, sigue otra. Y **no hay** paraíso sin serpiente, tampoco en Lima, salvo que falsifiquemos —o mistifiquemos— ese paraíso. Y esto es lo que, a mi ver, LL ha hecho con la interpretación que él da de la realidad. Esto les sucede a muchos escritores, y no solamente a los burgueses. De allí su misantropía moralista. También sucede a los críticos burgueses, dicho sea de paso y en conclusión.

La poesía de Efraín Huerta

Entre los mayores y más frecuentes compromisos que asedian al poeta de protesta social —además de la absurda pretensión, expresada a veces con harta vehemencia, de enseñar y guiar al hombre en la vida— se encuentra el entregarse a una especie de periodismo poético o poesía teñida del acontecimiento diario y pasajero. No será necesario mencionar las decenas de “poetas” hechos a la medida de aquel mundo y aquel ambiente que marchan al ritmo de los cables de las agencias noticiosas, creyendo contribuir sustancialmente al desarrollo social de América Latina. Vale la pena recomendar a estos despistados una mayor información de textos marxistas, los cuales (ya sean del propio Marx, Lenin o Luckas, sin olvidar desde luego el tan ignorado ensayo “Arte y revolución” de León Trotsky) consideran la literatura un epifenómeno superestructural, cuyo cambio depende del que pueda operarse en la infraestructura económica. Pero abordemos de una buena vez el asunto central de esta nota.

Aunque en gran parte escrita al choque de los acontecimientos, la obra de Efraín Huerta, dentro de su hermosa, espontánea, ardorosa y natural rusticidad, ha sabido evitar los riesgos arriba mencionados. En **Poesía**, que recopila su producción de 1935-68, si bien hallamos composiciones sobre la guerra civil española (que marcó a fuego a su generación) y otras sobre el estado de abatimiento y convulsión que hoy padece América Latina (no hay ninguna que se aproxime al cauteloso desengaño de Heberto Padilla), todas convergen en un solo punto: jamás se abdica de la **poesía**.

Dentro del lapso de treinta y tres años que abarca este libro, no hay tema de política internacional importante (las composiciones que tratan de asuntos mexicanos han sido reservadas para **Los poemas prohibidos**) que escape a su perspicaz asedio poético. Por cierto no faltan algunos poemas que, para la cambiante ideología “revolucionaria”, sin duda adolecen de errores o “desviaciones revisionistas”. Re-

cordemos "Un hombre solitario", tardía loa a Stalin, escrita en una época en que ya había desaparecido el unánime achaque de alabarlos desmedidamente. A despecho de consignas, en este poema Efraín Huerta parece robustecer sus opiniones políticas de la época de la Segunda Guerra Mundial. Reconozcamos que este hecho se produce con relativa rareza.

Pero dejemos estas trivialidades y examinemos lo único que debe importar en un libro de poemas: los poemas mismos. A lo largo de su obra, Efraín ofrece dos manifestaciones que se dejan ver con nitidez: una heroica y de protesta, y otra amorosa. Un torturado y noble esfuerzo por sumar una nueva dimensión al tan frecuentado camino de la rebeldía, caracteriza a la primera. He aquí una admirable alianza de la palabra justa y la imagen audaz en un contexto "social".

Pero los hombres del alba se
[repiten
en forma clamorosa,
y ríen y mueren como guita-
[rras pisoteadas,
con la cabeza limpia
y el corazón blindado.

En cuanto a la segunda manifestación, la amorosa, a nuestro sentir es la más viva e inquietante. No resistimos la tentación de copiar íntegro este hermoso poema, que bien podría calificarse de una verdadera obra maestra:

Lo que más breve sea:
la paloma, la flor
la luna en las pupilas;
lo que tenga la nota más suave:
el ala con la rosa,
los ojos de la estrella;
lo tierno, lo sencillo,
lo que al mirarse tiembla,
lo que se toca y salva
como salvan los ángeles,
como salva el verano
a las almas impuras;
lo que nos da ventura e igual-
[dad

y hace que nuestra vida
tenga el mismo sabor
del cielo y la montaña.
Eso que si se besa purifica.
Eso, amiga: tus manos.

¿Influencias? Sin duda existen, puesto que no hay poeta en el mundo que no tenga algo de otro poeta. Pero no empañemos esta breve nota admirativa con la pedante cita de nombres, obras u otras alusiones peligrosas. Por demás alejado de lo lacrimoso y sensiblero, Efraín Huerta revela tanto en sus poemas de protesta como en los amorosos, un alma inclinada de suyo al entusiasmo, al misticismo filantrópico, a la exaltada ternura. Una poesía en la que hasta el lenguaje a veces bronco y defectuoso abulta la belleza del conjunto. Una poesía cuyo alborozado optimismo se rebela contra la triste verdad de las condiciones concretas del mundo. Quizá infructuosa en sus objetivos, pero siempre hermosa y por lo tanto perdurable poesía.

Publicaciones de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela

Fecunda labor realiza la Escuela de Historia, que en la Universidad Central de Venezuela dirige el profesor Germán Carrera Damas. Y su proyección editorial permite apreciar las orientaciones renovadoras que la inspiran: de una parte, mediante el estudio sistemático de la historiografía venezolana, indudablemente enderezado hacia el esclarecimiento de los valores metodológicos e ideológicos apreciables en autores y obras, para dilucidar su trascendencia; y de otra parte, mediante el estudio y la difusión de aquellos trabajos que puedan influir en la formación de los nuevos historiadores o enriquecer su acervo informativo. A ello tienden las dos series en las cuales se agrupan sus publicaciones: la primera, del Seminario de Historia de la Historiografía Venezolana; y la segunda, modesta y promisoramente denominada "varia".

Correspondiente a las tareas del "Seminario", ha llegado a nuestras manos un volumen sobre **El concepto de la Historia en Laureano Vallen-**

ila Lanz (1966). Según las palabras introductorias del profesor Germán Carrera Damas, se propone "alcanzar una adecuada combinación de la presentación de la concepción historiográfica del autor [estudiado] y la crítica de la misma". Y en sus páginas se incluye dos prolifas y penetrantes monografías: de Carlos Salazar, en torno a la **Metodología de la Historia**; y de Manuel Caballero, acerca de la **Filosofía de la Historia**. A través de ambas queda nítidamente caracterizado el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz, y en cierta manera el de su tiempo, en cuanto afecta a la concepción científica de la Historia y a la definición de las influencias y los alcances de los hechos históricos que juzgó.

De la serie "Varia" hemos podido apreciar: **Cuestiones de historia económica latinoamericana**, por Ruggiero Romano (1966), quien expone problemas teóricos de la historia económica (tales como "Caracterización histórica del desarrollo económico" y "Movimiento de los precios y desarrollo eco-

nómico") y, separadamente, aplica sus conclusiones al estudio de tópicos particulares de la historia latinoamericana (a saber, "Hispanoamérica en el siglo XVIII" e "Historia colonial hispanoamericana e historia de los precios"); **Memoorias de un viaje por América**, de Pal Rosti (1968), viajero húngaro que en 1857 visitó Venezuela y vertió sus impresiones en un relato pleno de acuciosidad, del cual fluye el deslumbramiento ocasionado por la naturaleza de los llanos, así como un amable interés por las costumbres; **Historia y religión**, por Paolo Brezzi (1968), profesor de la Universidad de Roma y autor de celebrados estudios sobre la historia del cristianismo, quien traza "un rápido panorama de la situación actual de los estudios histórico-religiosos"; **La Geografía, factor esencial de la Historia**, por Jawad Boulos (1969), historiador libanés que ha volcado su versación en una documentada y penetrante historia de los pueblos del Cercano Oriente y, además de aquella disertación metodológica, trata compendiosamente sobre "La Historia y sus enseñanzas" y sobre el desenvolvimiento histórico de su país; y, finalmente, **Historiografía soviética latinoamericana**, por M. S. Alperovich (1969), perteneciente al Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la Unión

Soviética, quien ofrece una puntual información sobre la creciente atención que las universidades y los centros científicos de su país otorgan a la historia de América Latina.

Tanto los temas como los autores incluidos en las dos series de publicaciones de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, revelan concepciones y propósitos muy severos. Plantean la oportunidad de un enjuiciamiento a las corrientes tradicionales de la historiografía y, de modo paralelo, la conveniencia de preparar nuevas bases para el estudio del pasado. El propio Germán Carrera Damas encara en su obra tal actitud, como lo demuestra su estudio sobre **Boves: Aspectos socio- económicos de su acción histórica** (1968), editado y distribuido por el Ministerio de Educación. Un estudio de las medidas que el turbulento guerrero patriota aplicó, durante la lucha por la independencia nacional, para captar las simpatías populares en beneficio de la gran gesta; que no se limita a la personalidad del caudillo, sino que se eleva hacia el bullente nacimiento de la nacionalidad. Y, realizado con escrupuloso acopio documental, es una brillante demostración de las perspectivas que tiene ante sí la Escuela de Historia.

A. T.

Publicaciones de la Dirección Nacional de Estadística y Censos

En armonía con los fines que le fueran asignados, desde su creación, la Dirección Nacional de Estadística y Censos realiza una intensa labor en la compilación y el procesamiento de las informaciones alusivas a los más reveladores aspectos de la vida de nuestro país. Sus recientes publicaciones denotan nueva tonicidad, así como una exigente orientación de los registros numéricos hacia la formación de una cabal imagen de las actividades nacionales y las tendencias de su desenvolvimiento. Pero creemos que aún es preciso favorecer la ampliación y el desarrollo de sus tareas: porque la mejor inspiración de un buen gobierno se halla en una estadística formada al ritmo de la realidad, y cuanto más actuales sean sus datos es obvio que sus perspectivas serán más nítidas. Es indispensable coordinar los servicios que otras instituciones mantienen, para compilar una información semejante en el área de su particular competencia, y aun propender a su centralización: pues, hallándose plenamente probada la eficacia de la Di-

rección Nacional de Estadística y Censos, procede evitar toda posibilidad de duplicación e inclusive las diferencias que a veces originan los diversos criterios aplicados al registro y el cómputo de los datos.

En primer lugar, destacamos la reciente aparición del **Anuario Estadístico del Perú - 1966** (1592 p. + 250 fuera de textos con índices y análisis de las series presentadas, e incluso mapas y diagramas). Durante varios años fue sustituido por un "Boletín de Estadística Peruana", impreso en mimeógrafo, y en cuyas páginas dio origen a seis fascículos la información correspondiente al año 1964. Para subsanar vacío tan lamentable, se ha incluido ahora los resultados de la compilación estadística referente a los años 1958-1966, y con ello se ha dado singular importancia a la edición que reseñamos. Pero además cabe subrayar que también aparece enriquecido: bien, por consignar informaciones más detalladas; bien, por incluir los nuevos cuadros que compendian los datos pertinentes a los nuevos campos

de la investigación; bien, en cuanto induce a un estudio comparativo al escoger las estadísticas fundamentales de los países que integran la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Sus 21 secciones proporcionan las cifras a las cuales puede ceñirse la imagen del Perú actual.

De otra parte, continúa apareciendo la serie formada con los resultados del Censo Nacional de Población, efectuado el 2 de julio de 1961. A ella pertenece un informe general, con los "resultados de primera prioridad" (aparecido en marzo de 1964), atañedores a la población total y relativa; por departamentos, provincias y distritos; según sexo y edad, estado civil, urbana y rural, económicamente activa y por ramas de producción. Su publicación dejó sin efecto los "resultados preliminares del Censo de Población de 1961" (que tal vez con excesiva premura se dio a conocer en enero de 1962), y la serie ha seguido luego con informes especiales que divulgan: 1º los datos departamentales de los censos de población, de vivienda y de recursos agropecuarios (3 volúmenes relativos a Amazonas, Ancash y Apurímac); 2º, los datos sumarios de la población registrada en los 78,274 centros poblados existentes en el país, y a cada uno de los cuales se ubica dentro de su respectiva circunscripción política, con precisa indicación de su categoría (4 volúmenes); y 3º, cuadros comparativos de las características generales de la población, en lo tocante a su distribución geográfica, edad y sexo, lugar de nacimiento, migración, nacionalidad legal, estado conyugal, religión, fecundidad, idioma, alfabetismo, asistencia escolar, nivel de educación, características econó-

micas, usos y costumbres locales, incapacidades físicas y mentales, características de la familia (5 volúmenes). Son hasta la fecha 13 volúmenes, de interés permanente.

Valiosos son los esclarecimientos proyectados por dos estadísticas especiales: la primera, con los resultados del Primer Censo Nacional Económico efectuado el año 1963, según aparecen en un fascículo destinado a los "resultados preliminares" (1965) y en siete volúmenes dedicados a la industria manufacturera, generación y distribución de energía eléctrica, materias primas y producción, comercio, minería, construcción y servicios (1966-1967); y la segunda, con los estudios sobre las migraciones que recibe la Lima Metropolitana y que, a base de una oportuna encuesta, analizan los factores socioeconómicos y culturales de la presión demográfica proyectada sobre la capital, así como el proceso de asimilación de los inmigrantes (3 fascículos, 1966-1968). Y al lado de éstas, debe mencionarse otras estadísticas renovadas periódicamente, en las cuales se ofrece índices de precios o análisis de ciertas series que adquieren transitoria actualidad; de modo que la información procesada tiende a servir el desarrollo de la acción estatal, o a ilustrar las iniciativas privadas.

Mención separada reservamos, por añadidura, a las publicaciones que metódicamente ha preparado Justino M. Tarazona, para actualizar el conocimiento de la demarcación política del país. En primer término, a la acuciosa compilación de las leyes y decretos que sobre la materia se ha sancionado desde 1821 hasta 1967: **Demarcación Política del Perú.**

Inicialmente editada el año 1946, en un denso volumen de 1,545 páginas, ha sido dada a la estampa por segunda vez (1968) en dos volúmenes que cuentan cerca de 2,000 páginas; y, desde luego, ha sido cabalmente aumentada con las disposiciones pertinentes a las circunscripciones territoriales de nueva creación (15 provincias y 415 distritos, desde 1946). Es una obra de indispensable consulta, para reconocer los alcances de las jurisdicciones administrativas de la república, y aun para estudiar la compleja imagen de la geografía nacional. Aclara las circunstancias determinantes de cada creación, y así coadyuva a precisar algunos aspectos de la historia regional. Y al lado de tal compilación, una síntesis divulgatoria: el **Prontuario de la demarcación política del Perú al 31 de diciembre de 1967** (obviamente impreso en 1968), que en tres cuadros sucesivos ofrece la relación de los departamentos, las provincias y los

distritos existentes en el país, con precisas indicaciones sobre la ley de su creación y la fecha respectiva; y, además, la relación de los distritos, agrupados por provincias y departamentos, con indicación de la categoría política de sus capitales y la disposición legal que la ha fijado.

Apreciadas en conjunto, creemos que en sus publicaciones podrá reconocerse la importancia de los servicios que presta la Dirección Nacional de Estadística y Censos, actualmente confiada al ingeniero Numa León de Vivero. Las series numéricas que difunde constituyen los elementos mediante los cuales puede efectuarse un diagnóstico de la realidad del país. Y cuanto más se perfeccione su preparación, cuanto más actual se haga su divulgación, más rigurosa ha de ser la acción de quienes tengan a su cargo la comprometida tarea de conducir el Estado.

A. T.

Elaborado en el año 1971, el presente informe tiene como finalidad proporcionar a la comunidad internacional una visión general de la situación de la agricultura en el Perú, así como de los factores que influyen en su desarrollo. El informe se divide en tres partes: la primera describe la situación actual de la agricultura; la segunda analiza los factores que influyen en su desarrollo; y la tercera propone algunas medidas para mejorarla.

La agricultura en el Perú ha experimentado un crecimiento constante durante los últimos años, lo que se debe a una serie de factores, entre ellos: el aumento de la producción, la mejora de la tecnología agrícola, y el apoyo gubernamental. Sin embargo, aún existen problemas que afectan el desarrollo de la agricultura, como la falta de infraestructura, la escasez de agua, y la baja productividad. Por lo tanto, es necesario implementar medidas que permitan superar estos obstáculos y promover un crecimiento sostenible de la agricultura peruana.

En el presente informe se analizará la situación actual de la agricultura en el Perú, se identificarán los factores que influyen en su desarrollo, y se propondrán algunas medidas para mejorarla. El informe se divide en tres partes: la primera describe la situación actual de la agricultura; la segunda analiza los factores que influyen en su desarrollo; y la tercera propone algunas medidas para mejorarla.

La agricultura en el Perú ha experimentado un crecimiento constante durante los últimos años, lo que se debe a una serie de factores, entre ellos: el aumento de la producción, la mejora de la tecnología agrícola, y el apoyo gubernamental. Sin embargo, aún existen problemas que afectan el desarrollo de la agricultura, como la falta de infraestructura, la escasez de agua, y la baja productividad. Por lo tanto, es necesario implementar medidas que permitan superar estos obstáculos y promover un crecimiento sostenible de la agricultura peruana.

En el presente informe se analizará la situación actual de la agricultura en el Perú, se identificarán los factores que influyen en su desarrollo, y se propondrán algunas medidas para mejorarla. El informe se divide en tres partes: la primera describe la situación actual de la agricultura; la segunda analiza los factores que influyen en su desarrollo; y la tercera propone algunas medidas para mejorarla.

De aquí y de allá

El Instituto de Estudios Peruanos ha editado (mayo de 1969) un libro sobre **La Oligarquía en el Perú**, en cuyas páginas se reúnen los ensayos consagrados al tema por Francois Bourricaud, Jorge Bravo Bresani y Henri Favre; y, al término de ellos, la discusión sostenida con la intervención de Jean Piel. Con toda seriedad sostiene allí el segundo de los nombrados: "El mito de la **oligarquía** no del todo descubierto, tiene una base real sin embargo, aunque con un sentido y una composición que no la hacen merecer este apelativo". De modo que en su opinión la oligarquía peruana es sólo un mito; y esto, porque no es autónoma, cerrada, ni homogénea, como la oligarquía veneciana del Renacimiento o las oligarquías japonesas anteriores a la primera guerra mundial. Y por su parte, Henri Favre sostiene que fue el general Luis José de Orbegoso quien "instaló en su propiedad San Pedro, cerca a Lima la primera máquina a vapor del Perú", el año 1837; pero debe referirse al primer trapiche a vapor (pues "la primera máquina a vapor" fue instalada en 1816, para des-

aguar las minas de Cerro de Pasco), que en verdad fue introducido por el coronel José Rufino Echenique en la citada hacienda, de la cual sólo era arrendatario. Sostiene también que "la jornada del chino cuesta de 6 a 7 reales como promedio" a los hacendados, sin reparar que en 25 días al mes un jornal de sólo 6 reales equivale en 1860 a unos 19 pesos mensuales y que, en verdad, los chinos eran contratados por 4 pesos, pero de ellos recibían apenas 3, porque el restante se aplicaba a la amortización de sus gastos de viaje. En aquel tiempo, los agentes de la contratación de los chinos les hacían propaganda a base de su disciplinada aptitud para el trabajo y su sobriedad, y así los presentaban como los convenientes sustitutos de los esclavos negros.

* * *

En una serie de pequeñas biografías de personajes peruanos, que sus autores y editores han dado a la publicidad para servir a la formación de los escolares, se incluye una relación consagrada a la vida de **El Inca Atahualpa**

(Lima, 1969). Su autora es Rosa María Bustamante Chávez-Molina. Y leemos: "la princesa quiteña le da por hijo [a Huayna Cápac] un robusto y saludable niño, al que llaman Atahualpa". Pero la verdad es muy distinta, y claramente la establece Pedro Cieza de León: "Huáscar [era] de menos días, Atahualpa de más años. Huáscar, hijo de la coya, hermana de su padre, señora principal; Atahualpa, hijo de una india Quilaco, llamada Túpac Palla. El uno y el otro nacieron en el Cuzco, y no en Quito, como algunos han dicho y aun escrito para esto, sin haber entendido como ello es razón. Lo muestra, porque Huayna Cápac estaba en la conquista de Quito y por aquellas tierras aun no doce años, y era Atahualpa, cuando murió, de más de treinta años; y señora de Quito, para decir lo que ya cuentan que era su madre, no había ninguna, porque los mismos Incas eran reyes y señores del Quito; y Huáscar nació en el Cuzco y Atahualpa era de cuatro o cinco años de más edad". Semejante es la versión de Pedro Sarmiento de Gamboa: "es de saber que Atahualpa, hijo bastardo de Huayna Cápac y de Tocco Coca, su prima del linaje de Inca Yupanqui, al cual Huayna Cápac había llevado consigo a aquella guerra para ver cómo probaba". Y si el Inca Garcilaso ofrece una versión diferente ("Huayna Cápac hubo en la hija del Rey de Quito a su hijo Atahualpa"), debe entenderse que fue para infamarlo: pues el cronista perteneció al linaje de Huáscar y heredó el encono que sus parientes profesaron a Atahualpa, debido a las crueles matanzas que sus parciales efectuaron entre los descendientes legítimos de Huayna Cápac; y éstos llegaron aun a suponer que "no era

hijo de Huayna Cápac, sino de algún indio Quito con quien su madre haría traición a nuestro Rey", ya que habría sido muy distinta su conducta si por sus venas corriera alguna proporción de sangre incaica. Lo dicho basta para advertir cuán inexacto e inconveniente es desconocer el origen cuzqueño de Atahualpa.

* * *

Bajo el patrocinio de Fordham University ha aparecido un documentado estudio de Luis Martin: **"The intellectual conquest of Perú - The jesuit College of San Pablo 1568-1767"** (New York, 1968). Su información ha sido obtenida en fuentes manuscritas directas, así como en abundante bibliografía colonial y moderna; e inclusive ha contado el autor con los oportunos consejos de eruditos y colegas a quienes agradece cumplidamente. Pero es sensible que no haya consultado el único estudio consagrado al tema de su investigación: **El Colegio Máximo de San Pablo (Apuntes para la historia de la Compañía de Jesús en el Perú)**. Fue inserto en la **Revista Peruana**: vol. IV, pp. 398-414 y 446-480; y vol. V, pp. 5-10; Lima, 1880. Es igualmente sensible que ni una vez cite a su autor, el erudito limeño Enrique Torres Saldamando, cuyos más importantes trabajos versaron sobre la obra de los jesuitas en el Perú (por ejemplo, las biografías de **Los antiguos jesuitas del Perú**, editadas en 1882). Y aunque propiamente no compete al propósito del libro, hallamos en sus páginas el plano de una presunta "Lima colonial", que se limita a representar la faz actual del centro de la ciudad.

A. T.

Carta sobre violencia

Carta sobre volcanes

Costa Rica a tantos de tantos
de mil novecientos y tantos.

Ahora que estoy muy cerca
del Irazú, que puedo tocar su
carne, hijo mío, voy a escribir-
te sobre los volcanes, sobre los
hombres que viven y mueren a
sus faldas, sobre empañadas
vistas y cómo alumbran pie-
dra y cobre en estos partos de
fuego y agua consumida.

Acá, acomodado en ventani-
lla de auto tico, teniendo por
horizonte la ternura y por cer-
ca mis manos rozando los cris-
tales que parecen pulpa, veo
caer las hojas en la noche
y Cubujuquí —Rubén estuvo
allá— puede ser vía ancha al
bosque y al volcán, entre café
y sombras de guamás que im-
ploran a los dioses del encen-
dido ojo y malentraña. Yo es-
toy desdibujado. Hombres
eternizados por la lava toca-
ron algún día su grandeza des-
de el fondo inmarcesible de la
historia. Y ahora, ayer, maña-
na, hombres, mujeres, pasan
por las tranqueras y por sobre
los barrales llevando amor a
cuestas en picos y azadones o
simplemente en los brazos cru-

zados, o en los labios, desde el
ojo del agua hasta abierta pu-
pila a infinitud.

Y yo te estoy contando todo
esto pensando en las familias
del pasado, en utensilios de
piedra y de madera que se co-
miera el óxido y la mugre, en
viajes hacia ambas costas, mar
a mar, en los crustáceos eterni-
zados en el barro por manos
temblorosas, en los tres dioses
—hombre, animal y planta—
que sostienen el porongo don-
de bebieron su licor volcánico
encintados por el fuego: el an-
ciano Irazú, el Arenal treman-
te ahora, el Poás que convir-
tió en ceniza los toros amari-
llos. En este remansar de pa-
raíso las penas se recuerdan
entre hitos de velas encendi-
das, con ventanales entreabier-
tos, susurros de retreta y en-
cendida vigilia de la caña con-
vertida en posada a cielo
abierto.

Quisiera tan sólo recordarte
en estas líneas, donde Améri-
ca enciende sus fogatas, que
el Agua inundó para septiem-
bre las inciertas murallas de
vieja Guatemala como un va-

so quebrado que se abriera en vino tinto y en hervor violento. Lámina del Quinientos inicial que se repite en el dolor del folio de siempre viva historia del temblor que fabricó países, donde los hombres emigraron locos, de un lado a otro, ante iracundos montes, ante aguas cenegosas, ante momias quemadas, ante encendidas entrañas donde se cuece el tiempo a pedacitos y los cadáveres y los almácigos y el hierro con la piedra.

Y, sin embargo, cierta melancolía resuma aquí en el Istmo mi lejana llegada al Misti, señor del panorama. Yo bendecí con manos infantiles su cresta emblanquecida de antiguo poblador de mis montañas, porque él me trajo el fondo del paisaje y comprendí que detrás de la muerte estaba él, más viejo que la historia; y me lo dijo él mismo, que era un reto lanzado al viento, al cielo, al transcurrir de América.

Dos guardas alargados lo tienen prisionero —no importa el tiempo— tras retamas y manchas de sillar. Lo quise al Misti, hijo, desde el primer encuentro. Y él lo sabe. Era como un abuelo. Era el Señor ante Moisés, la zarza en llamas y la espada del ángel en ningún paraíso. Era el cacique de mi vieja tribu que aún se mantenía sobre la sangre helada. Para él había oraciones y exorcismos. Yo los recuerdo a puro subconsciente

¿Te acuerdas cómo vimos, hace poco, el Cotopaxi sentado entre las nubes del valle de los Chillos? ¿Qué sombras más azules cubrieron nuestro viaje! Yo te sabía al lado, continuador de mí; y ante la frente este nevado enorme que pesa en las pupilas, este gigante que habla cada tarde con todas las

colinas y las aguilas preguntando si acaso el Chimborazo es más alto que él.

Y es el propio Bolívar quien contesta: **"Yo venía envuelto en manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las Aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir a la atalaya del Universo"...** **"he subido al hombro gigantesco de los Andes"...** **"empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo"...** **"vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio".**

El Cotopaxi se cubre ante la voz por un halo de escarchas y de nubes y ya nadie desdora el clamoroso silencio. Más allá están Cayamba y Pichincha; y ¿no recuerdas que balanceamos el norte con el sur como si fuéramos dadores del meridiano de nuestro propio Ser? Hacia el sur fuimos y se quedaron algunos cóndores atrás.

En mil seiscientos el Omate, llamado también Huaynaputina, encenizó lagares y vendimias allá en el valle de nuestros abuelos, Moquegua la del pisco y de la fruta, la del olor a durazno maduro. Por quince días la tierra estuvo oscura y el aire vacilante, la lava cubrió la escoria amontonada, el ganado indefenso, los pastores sin bucólicas que cantar, sino gritando: ¡Mierda! Y el Omate, Putina Huayna, cubriendo yertos a mis antepasados, a los animalitos; a sus casas, donde los techos se levantan en aguja o en trapecio o sabe Dios en qué alarido de barro. Los ríos vaciaban en su curso, las aguas tormentosas borran los cultivos, los dedos alcanzaban a hacer signos siniestros. Y allá el Omate, lanzando fuego y humo; y

centenas de años hacia atrás contestóle el Ubinas y el Tutupaca —pájaros con cuerpo de dinosauro y alas blancas—; y todos en los hilos de la telegrafía lanzándose mensajes de terror subterráneo, como supremos engendrados de la violencia. Después, la paz, el mosto en los toneles, las casas con patios, con azules, con celosías, con puertas de madera tallada, con fierros ornamentosos, con dinteles rehechos, y las plazas con sombra de árboles retorcidos de temor, esperando el clamor de las montañas. Un día...

Pero no, más abajo nacen otros volcanes, hijo mío, en la más larga cadena de eslabones de gris y perla, de norte a sur, enrojecida en cada amanecer, hasta besar el agua congelada en un austral poniente de montañas. Desfilan Callaqui, Calluco y Caulle, como si fueran Tucapel, Caupolicán y Colocolo, con Copiapó y Guallatirí, Lanín y Lonquimay. Lonquimán y Chillán, Chillán y Lonquimay, acento de ternura vieja que oculta tanta muerte cuando de tarde en tarde se enfurecen los gigantones rojos de la nieve y cubren de terror, cogidos de la mano en una extraña danza donde la muerte corre de pecho a pecho entusiasmada. Solitaria de pólvora.

Los volcanes han puesto sus largas piernas en las lagunas y en las orillas. Los pies desnudos, fríos, adoloridos, remueven las aguas estancadas y se escapan imágenes. Cierzos doblados en un cielo claro, enormes vasos de vainilla, botes que se levantan contra la arena, pueblan los ojos de Lautaro y del soldado García y vuelven a poblar los del señor Müller, de la señora Müller y de los niños Müller.

El Osorno emerge con su cabeza coronada de pámpanos blancos. Boticelli en el nacimiento del otoño. Y Llanquihue como una hija sumisa se acurruca a los pies. Llanquihue, princesa y planta, campesina entregada a trigales. Fresia cansada de buscar a su amado entre los muertos rompió los velos enlutados y los dejó en el fondo de las aguas como a su hijo roto contra el suelo. Y desposó muchas veces, con soldado andaluz, con trabajador cantábrico, con capitán de barco —holandés y pirata—, con gitano de circo, con labrador germano. Llanquihue... Llanquihue... Llanquihue... princesa planta y laguna

No importa la belleza de sus nombres —Puyehue— o de su estatura, ni la laxitud de sus lagos de esperanza para saber que miran con receloso odio a los mortales y convierten las lomas en desiertos, esparcidos pedruscos y granadas, inundación de cieno en los cultivos y en la pipa de anochecer, feliz silvestre. Las muchedumbres gimen en las alcobas de placer y bailan felices ante los fuegos artificiales para después morir convulsionadas entre lava hirviente o inmensas sepulturas sísmicas. El mar, en tanto, las escucha cerca y enciende los celajes

"La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento. Y se diría que ha pasado la muerte ante la impasibilidad del firmamento".

Y a renglón de Darío, Motombo sagrado revive en nuestra mente al redactarte esta carta, hijo del alma que tan lejos siento a través de tantísimo volcán y que tan

cerca siento al pulsar el termómetro de la común tierra americana que es una que está colgada en nuestra frente, sin otro denominador, raíz cuadrada, que eso: América, la nuestra, la que espera.

Momotombo cartel para una oda —igual a la de Olmedo aquél del “trueno horrendo”, del “rayo de Junín” de Dios y de Bolívar—. Momotombo que anunciara a Rubén con una conmoción —sesenticinco de pasada centuria— en ese rinconcito lugareño el pánida naciera, olimpo, apolo, siringa, canto, laurel, cisne, anciano gris, lago, barba en la mano, ergos, volcán; aún están bramando estrofas de Momotombo sobre León y todo nuestro cuerpo, y aún están silabeando las selvas su nombre que “en ecos mil discurre”.

Y solamente humilde, sin volcán a su lado sino los cerros puros, los que tienen que ver con el dolor constante, con la huaca, con el signo de la cruz cubierto de ropajes indígenas, con la rodilla hinchada de tanto desmayarse, con pan repartido en desayuno final, podemos poner con tanto golpe y desazón, con hambre y con fatiga, con sufrimiento abortito, con Menocucho y París, a la distancia, con asnos florecidos con dedo meñique para el venir que ansiamos, el nombre de Vallejo para colmar el ámbito con sólo dos poetas.

Argentina y el Ojo del Salado; Colombia y su Tolima; Acastenango en Guatemala y Quesaltepec allá en El Salvador; y otros asoladores del hombre, su habitación y su camino; Antisana, ecuatorial nomenclatura; en pleno Panamá, tan lleno de bosques y de ma-

res, el Chiriquí se eleva; tantos picos nevados con sus lagunas, nidos verdes, azules, tornasoles, rompen las punas del Perú; y en Chile podrías recordar cómo el Nilahue y el Riñinahue esparcieron la muerte en nombre de los Andes entre tanto pequeño parcelero de viñedos, entre tanto guardián de los ganados, entre los guardagujas de los trenes, entre escombros de niños y de muebles.

Y hacia la punta norte, antes de tropezar el Río Grande, con lengua nahuatl, el Popocatepetl va haciendo corro con Colima, Orizaba, Toluca, Taxpla, mientras se alzan los pueblos con sombrero, con fábricas, maizales y bulldózers, con palas y fusiles, con silencioso galope de caballos en la noche, con la palabra revolución sonando en las marimbas, en los cláxones, en la reunión de ejidos sobre la tierra parida; y creciendo ese niño que fue cultivo labrador hecho cono y altura: Paracutín, ejemplo de este siglo, donde la flor atómica creciendo en hongo ha reemplazado el numen del volcán en muerte y en vorágine, en huesos calcinados, en memorias perdidas, en desintegración de las raíces, en los ojos siempre abiertos a la nada, en la explosión íntica que “las madres y esposas vituperan”. Esta es la geografía de tu tierra. Lucha ciclópea del mar y cordillera con una espalda verde, adentro, corazón de río, pulmón herido que se abre como mares en horridas mansiones de la selva. En su perfil y mientras cambia su corpachón la vida: canta. Está cantando el hombre o maldiciendo. Hay gigantesca sombra del guanacaste para dormir con sólo un ojo; del guanábano para comer su

blanca pulpa con sólo una mejilla; del molle eterno —pirú de muchos mundos— para contar la historia hasta el presente y confiar en alguna otra en el futuro. Un huarango, una

cantuta, un volcán, un mar delante, te basten hoy por hoy. Yo te lo digo, hijo, soñemos con sólo un pie en la marcha hacia adelante.

Academia de Historia de Venezuela convoca a concurso literario

El concurso

La Academia de Historia de Venezuela convoca al concurso literario de composición científica que tendrá lugar durante el mes de mayo de 1964.

Temas de concurso

Los temas de concurso serán: "El comercio exterior de Venezuela en el siglo XVIII", "El comercio exterior de Venezuela en el siglo XIX", "El comercio exterior de Venezuela en el siglo XX".

Condiciones de concurso

El concurso será abierto a todos los venezolanos que estén en posesión de un título de grado en alguna de las ramas de la ciencia o de la literatura. Los trabajos deben ser enviados a la Academia de Historia de Venezuela, en la ciudad de Caracas, antes del día 15 de mayo de 1964.

Premios

El primer premio será de 100.000 bolívares, el segundo de 50.000 bolívares y el tercero de 25.000 bolívares. Los ganadores serán designados por el jurado de la Academia de Historia de Venezuela.

Los trabajos ganadores serán publicados en la revista "Revista de Historia de Venezuela", que edita la Academia de Historia de Venezuela.

El concurso será organizado por la Academia de Historia de Venezuela, en la ciudad de Caracas, y tendrá lugar durante el mes de mayo de 1964.

Los interesados en participar en el concurso deben enviar sus trabajos a la Academia de Historia de Venezuela, en la ciudad de Caracas, antes del día 15 de mayo de 1964.

Academia de Historia de Venezuela convoca a concurso biográfico

Considerando:

Que el 9 de octubre de 1970 se cumple el Sesquicentenario del movimiento revolucionario que dio la independencia política a Guayaquil;

Considerando:

Que en dicho movimiento tuvieron actuación destacada, los venezolanos León de Febres Cordero, Luis de Urdaneta y Miguel de Letamendi;

Considerando:

Que dicha efemérides constituye ocasión propicia para honrar a los citados próceres venezolanos y a la vez rendir un homenaje a la ciudad de Guayaquil que prestó tan importantes servicios a la causa de la Independencia suramericana;

ACUERDA:

1º— Abrese un certamen destinado a premiar la mejor biografía que se escriba sobre cada uno de los próceres ya señalados;

2º— Dichas biografías no podrán ser menores de ciento cincuenta cuartillas escritas a máquina, a doble espacio, tamaño oficio;

3º— En la elaboración de los trabajos se recomienda especialmente la utilización de material documental inédito, sin prescindir del material édito que se considere necesario y útil;

4º— Se recomienda hacer las correspondientes citas a pie de página o al final de los capítulos, con los debidos detalles y especificaciones, haciendo énfasis en la obra, página, edición, etc.,

y cuando se trate de documentos, hacer la referencia que permita su fácil cotejo;

5º— Se recomienda no hacer en el texto inserciones de documentos sino referirse a la parte fundamental de los mismos, o hacer el resumen del caso;

6º— No se tomarán en cuenta para calificar la extensión de los trabajos, los apéndices documentales, si es que los concurrentes resuelven acompañarlos;

7º— Los trabajos deben ser enviados a la Secretaría de la Academia (Palacio de las Academias, Caracas) antes del 31 de mayo de 1970 y el veredicto será dictado en la última Junta ordinaria de junio de dicho año;

8º— Los trabajos deben ser firmados con un seudónimo, y en sobre cerrado y lacrado, se señalará el nombre del autor, indicando el seudónimo a quien corresponde. La apertura de las plizas se hará en acto público, y se levantará el acta de rigor;

9º— Las biografías que resulten seleccionadas por el Jurado, serán premiadas de la siguiente manera:

a) Un premio de seis mil bolívares (Bs. 6.000.00) para la mejor biografía de Don Luis de Urdeneta, el cual ha sido donado por la Gobernación del Estado Zulia;

b) Un premio de seis mil bolívares (Bs. 6.000.00) para la mejor biografía de Don Miguel Letamendi, donado por la Gobernación del Estado Nueva Esparta;

c) Un premio de seis mil bolívares (Bs. 6.000.00) para la mejor biografía de Don León de Febres Cordero, donado por el Concejo Municipal del Distrito de Maracaibo;

10º— La Academia otorgará, además una Medalla de oro y el Diploma correspondiente a cada uno de los triunfadores;

11º— Oportunamente la Corporación designará los Jurados que habrán de examinar los trabajos que concurren al certamen;

12º— En acto público y solemne se hará la proclamación de los triunfadores.

Caracas, ocho de mayo de mil novecientos sesenta y nueve.

El Director,

Cristóbal L. Mendoza

El Secretario,

Carlos Felice Cardot

Librería de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Jirón Unión (Belén) 1088

OBRAS EDITADAS POR EL PROGRAMA ACADEMICO DE DERECHO

El Derecho de los Contratos. Tomo 1. Teoría General de los Contratos, por el Dr. Jorge Eugenio Castañeda. 352 págs. Imp. de la UNMSM. Lima, 1966	S/.	150.00
Derecho Rural, (1ª Parte), por el Dr. Luis A. Gazzolo. 205 págs. Imp. de la UNMSM. Lima, 1966	,,	100.00
El daño aquiliano en la legislación del Perú, por el Dr. Jorge Eugenio Castañeda, 1962	,,	30.00
Comentarios al Código de Procedimientos Penales (Re-cusación), por el Dr. Domingo García Rada, 1962	,,	20.00
Comentarios al Código de Procedimientos Penales (Competencia), por el Dr. Domingo García Rada	,,	8.00
Los Derechos Reales, por el Dr. Jorge Eugenio Castañeda. Tomo II. 3ª edición. 259 págs. Tip. y Offset Peruanas S. A. Lima, 1966	,,	100.00
Derecho de Minería (Curso Universitario), por el Dr. Guillermo García Montúfar. Primera Parte. 246 págs. Imp. de la Universidad de San Marcos. Lima, 1965	,,	60.00
Ley Orgánica del Poder Judicial (D-Ley Nº 14605) seguido del informe de la Comisión para el estudio del anteproyecto de Reforma; de la Conferencia: "La nueva Ley Orgánica del P. J.", por el Dr. Mario Alzamora Valdez; y de las recientes leyes que la modifican o aclaran y la Ley Nº 14046 que modifica el Cód. de Proc. Civiles. 125 págs. Tipografía El Ferrocarril. Lima, 1965	,,	30.00
Instituciones de Derecho Procesal Penal, por el Dr. Domingo García Rada. 486 págs. Imp. El Cóndor. Lima, 1965	,,	220.00
Contratos en el Derecho civil peruano (Compra-venta, cesión de créditos, permuta, locación-conducción, locación de servicios, locación de obra), por el Dr. José León Barandiarán. 566 págs. Tipografía El Ferrocarril. Lima, 1966	,,	200.00
El Derecho Económico, por el Dr. Ulises Montoya Alberti. 119 págs. Imp. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1966	,,	50.00
Ley O. de la J. Militar y Cód. de Justicia Militar. 144 págs. Imp. Tipografía Rávago. Fondo Edit. Universitaria Lima, 1966	,,	40.00
Código Penal Anotado, por el Dr. Luis A. Bramont Arias. 596 págs. Edit. El Ferrocarril. Fond. Edit. Universitaria Lima, 1966	,,	300.00

Derecho Notarial (Ley del Notariado y Apéndice), por el Dr. Alfredo Carpio Aguirre. 248 págs. Edit. Imprenta Amauta. Lima, 1967	„ 120.00
El contrato de Donación , por el Dr. Jorge Eugenio Castañeda, 106 págs. Imp. de la UNMSM. Lima, 1967	„ 60.00
Constitución de la República del Perú. Declaración Universal de Derechos Humanos. Declaración de Principios de las Facultades Latinoamericanas de Derecho. (Ciencias Jurídicas y Sociales). Formato 1/32-C. 82 págs. Imp. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1967	„ 15.00
Reglamento de concurso de Cátedra , 1969	10.00
Historia de la Facultad de Derecho , por J. Vicente Ugarte del Pino. 152 págs. Imp. de la UNMSM. Lima, 1968	„ 80.00
HABEAS CORPUS in the Peruvian Legal System , por el Prof. H. H. A. Cooper. Lima, 1967	„ 30.00
Título de crédito , por el Dr. Ulises Montoya Manfredi. Lima, 1967	„ 35.00
El Derecho de Sucesiones , por el Dr. R. E. Lanatta, Tomo I, 426 págs. Lima, 1969	„ 300.00
El Derecho, la radiodifusión, la radio, la TV , por el Dr. Ulises Montoya Manfredi, 96 págs. Lima, 1968	„ 50.00
El Derecho Procesal Civil (Teoría del proc. ordinario), por el Dr. Mario Alzamora V., 296 págs. Lima, 1968	„ 200.00
La compra-venta y las obligaciones que produce , por el Dr. J. E. Castañeda, 59 págs. Lima, 1968	„ 60.00
A short history of peruvian criminal procedure and institutions , por el Prof. H. H. A. Cooper, 60 págs. Lima, 1968	„ 40.00
La declaración americana de los derechos y deberes del hombre y los organismos interamericanos , por el Dr. Mario Alzamora V., 34 págs. Lima, 1968	„ 20.00
Las sentencias extranjeras, etc. , por el Dr. Roberto MacLean, 132 págs. Lima, 1969	„ 90.00
Revista de Derecho y Ciencias Políticas , Vol. XXXII 1968 (Nos. I, II y III). (De próxima aparición)	„ 70.00

EN PRENSA:

Derecho Internacional Privado, por el Dr. Manuel García Calderón.

DE PROXIMA APARICION:

Derecho Constitucional, (Teoría General), por el Dr. Dario Herrera Paulsen.

Derecho de Sucesiones, Tomo II, por el Dr. Rómulo E. Lanatta.

LA REVISTA
"SAN MARCOS"

*La Revista "SAN MARCOS"
fue impresa en los talleres
de la Imprenta de la Uni-
versidad Nacional Mayors
de San Marcos
Jirón Paruro 119 — Lima*

LAS RIVALIDADES ANGLO-AMERICANAS Y LA EMANCIPACIÓN
HISPANOAMERICANA

R. A. Humphreys

ASPECTOS DE LA CIENCIA EN LA ÉPOCA DE PERALTA Y BARNUEVO
Enrique Silgado F.

UNA MISIÓN CIENTÍFICA ESPAÑOLA EN TIERRA DE LOS INCAS
Manuel Ballesteros Goibrois

RAFAEL ALBERTI: GRAN DESTERRADO

Pedro Ruiz Mortínez

DATACIÓN DE LARGO ALCANCE EN LA ARQUEOLOGÍA

Robert F. Heizer

POESIA

POEMAS DE ANTONIO CASTAÑEDA

BIBLIOGRAFIA

EL CASO DE LUIS LOAYZA: UNA PIEL DE SERPIENTE

Wolfgong Luchting

LA POESÍA DE EFRAÍN HUERTA

Manuel Mejía Valera

PUBLICACIONES DE LA DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICAS
Y CENSOS

Alberto Tauro del Pino

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

NOTAS

CARTA SOBRE VOLCANES

Augusto Tomoyo Vargas

DOCUMENTOS



Imprenta de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.

UNMSM-CEDOC